

13032

ANDRÉ MAUROÏS



Siempre
ocurre lo
inesperado

Lectulandia

«*Siempre ocurre lo inesperado*», publicado en 1945, reúne una serie de cuentos y relatos breves cuyo denominador común es la amabilidad y de los que el propio Maurois comenta: «Muchos de estos cuentos son inéditos. Otros fueron publicados en revistas o en ediciones de tirada limitadísima. Todos fueron escritos en días de vida fácil y feliz. Esto explica su tono, más sorprendente hoy para mí que para nadie. Si en este momento dispusiera del tiempo preciso para componer cuentos, los haría muy distintos. Pero el lector, acaso, halle, en el curso de un viaje o de una velada, cierta complacencia en esta evocación de un mundo que tuvo su hora...»

Lectulandia

André Maurois

Siempre ocurre lo inesperado

ePUB r1.0

BobMol 06.03.14

Título original: *Toujours l'inattendu arrive*

André Maurois, 1945

Diseño de portada: BobMol

Editor digital: BobMol

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO DEL AUTOR



MUCHOS DE ESTOS CUENTOS SON INÉDITOS. Otros fueron publicados en revistas o en ediciones de tirada limitadísima. Todos fueron escritos en días de vida fácil y feliz. Esto explica su tono, más sorprendente hoy para mí que para nadie. Si en este momento dispusiera del tiempo preciso para componer cuentos, los haría muy distintos. Pero el lector, acaso, halle, en el curso de un viaje o de una velada, cierta complacencia en esta evocación de un mundo que tuvo su hora.

Nueva York, 1945.

EL PÓRTICO CORINTIO



A André Morize

DURANTE LOS CUARENTA AÑOS DE SU VIDA CONYUGAL, lord y lady Barchester vivieron siempre en la misma casa de Park Lane. Pero después de la guerra se encontraron en apuros. Habían hecho inversiones desafortunadas; uno de sus hijos fué muerto, dejando mujer y descendientes a cargo de sus padres, y el impuesto sobre las rentas era de cinco chelines por libra. Lord Barchester se vio obligado a reconocer que no podían conservar, a un tiempo, su casa solariega en Sussex y la de Park Lane. Tras mucho vacilar, finalmente se decidió a hablar de estos apuros con su mujer. Por mucho tiempo temió apenarla. Treinta años antes, su vida conyugal había sido tormentosa, pero la vejez trajo consigo el apaciguamiento, la indulgencia y la ternura.

—Querida —le dijo—, estoy desolado, porque no veo sino una manera de terminar nuestra vida sin caer en la ruina, y esta manera te ha de ser penosa. Te dejo en libertad de aceptarla o rechazarla. Es ésta: los terrenos que lindan con Park han alcanzado un gran valor. Hay un contratista que necesita nuestro rincón, porque penetra en cuña en su propiedad. Me ofrece por él un precio con el cual no sólo podríamos comprar una casa en el mismo barrio, sino asegurarnos, gracias al margen que queda, la tranquilidad de nuestros últimos años. Sin embargo, sé que quieres mucho esta casa, y no haré nada si te ha de entristecer.

Lady Barchester consintió en el cambio y, pocos meses después, la anciana pareja se instaló en una antigua casa a escasos metros de la abandonada, que los albañiles habían comenzado ya a derribar. Lord y lady Barchester, al salir de su residencia actual, pasaban todos los días por delante de la anterior y experimentaban una extraña impresión al ver desaparecer lentamente una silueta que, para ellos, había sido el rasgo más estable y más necesario del universo. Al hallar sin tejado la casa, les pareció hallarse expuestos a la lluvia y

a los vientos. Lady Barchester sufrió mucho, sobre todo, cuando el muro de la fachada quedó abierto y descubrió, cual en un escenario ofrecido a los espectadores, el cuarto de Patrick, el hijo muerto, y las propias habitaciones, en las que ella había pasado casi todas las horas de cuarenta años. Desde la calle contemplaba el damasco negro mate que servía de testero a su cuarto. Lo había mirado tantas veces, en horas de luto, de enfermedad y también de dicha, que el dibujo de la tela se le antojaba el telón sobre el cual había sido dibujada su vida. Días más tarde tuvo una gran sorpresa.

Los obreros arrancaron la tela y apareció un papel blanco y negro, que ella tenía olvidado, pero que evocó al momento, con una fuerza difícil de comprender, su larga relación con Harry Webb. ¡Cuántas veces, por las mañanas, había soñado sin término, mirando aquellas casitas japonesas, después de leer las bellas cartas que Harry le escribía desde el Extremo Oriente! Lo amó mucho. Ahora era sir Henry Webb, embajador de Su Majestad en España.

Pronto la lluvia despegó el papel blanco y negro y dejó al descubierto otro.

Esta vez era con dibujos de flores, bastante feo, mas lady Barchester recordó haberlo escogido con devoción en la época de su boda, en 1890. En aquel tiempo llevaba vestidos de sarga azul y cuellos amarillo ámbar; se esforzaba en parecerse a mistress Burne Jones, y los domingos iba a tomar el té en casa del anciano William Morris. Mientras fué posible ver algunos fragmentos de ese papel rosa y verde, pasó varias veces al día por delante de la casa, porque le recordaba su juventud y el período de su gran amor por lord Barchester. Finalmente desaparecieron los propios muros y, cierto día, lord y lady Barchester, yendo a pasear a pie por el parque, vieron que de la casa no quedaba sino el pequeño pórtico corintio, cuya misión había sido proteger la entrada del edificio. Constituía un espectáculo extraño y triste, porque aquel pórtico, en lo alto de la escalera, se abría sobre la perspectiva desolada del cascate apilado bajo un cielo invernal. Lady Barchester miró largo rato las nubes que corrían entre las blancas columnas y luego dijo a su marido:

—Ese pórtico está ligado, en mis recuerdos, al día más triste de mi vida.

Nunca me he atrevido a hablarte de eso, pero ahora somos tan viejos que ya no tiene importancia. Era en la época en que yo quería a Harry y tú a Sybil. Una noche fuí a un baile para encontrar a Harry, recién llegado de Tokio. Esperaba ese encuentro desde hacía semanas, pero Harry sólo había pedido permiso para prometerse, y durante toda la noche bailó con una misma muchacha, fingiendo no verme. Lloré en el coche, al regresar. Llegué a casa. Adiviné que las lágrimas me habían desfigurado tanto, que no tuve valor para aparecer ante ti en aquel estado. Fingí llamar, dejé irse al cochero y me apoyé en una de esas columnas. Así estuve mucho rato. Yo sollozaba. Llovía con fuerza. Sabía que tú también pensabas en otra persona, en otra mujer, y mi vida

me parecía acabada. Eso es lo que me recuerda ese pequeño pórtico a punto de desaparecer. Lord Barchester, que había escuchado este relato con mucha simpatía e interés, cogió afectuosamente a su mujer por el brazo.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —dijo.

Antes de que derriben ese pórtico, que es la tumba de tus recuerdos, compraremos algunas flores y las pondremos en lo alto de la escalera.

La pareja de ancianos se dirigió a la florista, trajo rosas y las colocó al pie de una de las columnas corintias. Al día siguiente, el pórtico había desaparecido.

TRANSCURRIDOS DIEZ AÑOS



A John Erskine

¿SABES QUIÉN ME HA TELEFONEADO esta mañana, Bertrand?

—¿Cómo puedo saberlo?

—El instinto hubiera debido advertirte... Ha sido una mujer a la que amaste mucho.

—¿Existe en el mundo una mujer que haya querido mucho, descontándote a ti?

—¿Qué ingrato eres, Bertrand!... ¿Y Beatriz?

—¿Qué Beatriz?

—¿Qué Beatriz?... Representas maravillosamente bien... ¿No te acuerdas ya de Beatriz de Saulges?

—¡Ah! Esa Beatriz... La creía en la China, en el Japón, Dios sabe dónde... ¿No estaba dando la vuelta al mundo?

—La ha dado. Anoche llegó al Havre.

—¿Y para qué diantre te ha telefoneado esta mañana?

—Para volver a tomar contacto. Después de tan larga ausencia, desea ver de nuevo a sus amigos. Es natural.

—No sabía que fuésemos amigos suyos.

—¡Bertrand! ¡Y pensar que estuve a punto de dejarte por esa mujer!... ¡Sí, claro que sí!... Me decía: «Si ya no le intereso, si necesita a otra, ¿para qué aferrarme a él? No tenemos hijos. Mi deber, supongo, sería el desaparecer...» Incluso visité a mi amigo Lancret a fin de preguntarle cómo se puede una divorciar sin escándalo, sin espectáculo... Lancret escuchó el relato de mis desgracias y me aconsejó paciencia. Estuve mucho tiempo vacilando, consultando... Y luego el sacrificio me pareció demasiado duro... Me quedé.

—Afortunadamente.

—Sí, afortunadamente... Quién iba a prever, querido, que amarías tan

rápidamente... ¿Has olvidado que hace diez años no podías vivir una hora entera lejos de Beatriz, que acechabas todos los días su llamada al teléfono, que a una palabra suya abandonabas las citas más importantes y no cumplías las promesas más solemnes?... ¡Ah, ese repiqueteo matinal del teléfono!... Todavía lo oigo... Siempre me bacía latir precipitadamente el corazón... Y Amelia, si por casualidad te hallabas en mi dormitorio, sabía encontrar un acento cómplice y torpe para decirte: «Llaman al señor». Y entonces tú adoptabas un aire turbado, ingenuamente audaz... ¡Era terrible!

—Debía de ser, sobre todo, ridículo.

—Sin duda... Pero me sentía demasiado desgraciada para ver el lado cómico de la situación... Recuerda, Bertrand... Nadie te interesaba en el mundo, salvo Beatriz... Si su nombre surgía en el curso de una conversación, tu rostro se transformaba inmediatamente... Resultaba, a la par, conmovedor y doloroso, observarlo... Apreciabas a las personas si la conocían y las cosas si a ella le gustaban... Tú, el más razonable y menos supersticioso de los hombres, te volviste de repente apasionado por los fakires, las pistolas, los taumaturgos... Recorrías con ella extraños lugares... Tú, que siempre me prohibiste tener animales, te pasabas horas enteras eligiendo un gato persa que ella deseaba... En fin, es muy sencillo: estabas a sus órdenes... Podía llamarte como a un perrito.

—Exageras.

—No exagero, no... Cambiabas de proyectos tres veces al día, porque ella era caprichosa... Nuestras vacaciones dependían de sus antojos... Un verano me arrancaste hasta el Cabo Norte, a mí, que temo al frío más que a la muerte, porque Beatriz había ido a Noruega en el yate de James y esperabas, al azar de una escala, entreverla en algún puerto. ¡Cuánto lloré yo en aquel viaje...! Estaba helada, enferma, desesperada... Ni te diste cuenta... ¿En qué pensabas? —Intento recordar mis sentimientos de aquella época... Es cierto, estaba loco por esa mujer. Y me pregunto, realmente, por qué.

—No seas bruto, Bertrand. Era encantadora, todavía lo es.

—Hay en París mil mujeres más bonitas que ella.

—Tal vez... Pero poseía una gracia grave, casi infantil, exclusivamente suya... Y tenía mucho ingenio.

—¿Tú crees?

—Así lo asegurabas, Bertrand.

—¿Era buen juez, yo, entonces?... Cuando la veo, ahora, no sé qué decirle...

Me parece que vive a base de diez clichés míos y algunas anécdotas de Salviati... Resulta irritante.

—¿Recuerdas el día que Gaulin la operó? Estabas lívido, ansioso... Me dabas lástima... Aquella mañana intenté ser sublime: telefoneé tres veces a la

calle Piccini para pedir noticias... Fueron buenas y te las comuniqué diciéndote:

«No temas, querido, no es nada grave».

—Lo he olvidado.

—¡Qué lástima!... De la acción más noble de mi vida no quedará siquiera un recuerdo... Dime, querido..., ¿has olvidado también que cuando ella se marchó con Salviati quisiste matarte?

—No lo quise muy de verdad, puesto que no lo hice.

—Lo pensaste... Empezaste incluso una carta anunciando tu decisión... Un día, clasificando papeles, me la diste... ¿Quieres verla?

—No, ni pensarlo.

—Sí, sí... Mírala... Escucha:

«Querida chiquilla: Sé que voy a causarte una pena terrible; te pido perdón. No tengo valor para seguir viviendo. Pero antes de bajar el telón quiero explicarte muchas cosas que no has podido comprender. Me parece que atenuaré tu dolor al demostrarte que nuestro matrimonio fué diferente de lo que tú imaginaste.»

—Isabel, eso me es penoso.

—¿Crees que a mí me resultó agradable?... «el secreto de una actitud que tan a menudo debió parecerte extraña está en el hecho de que, en el momento de encontrarnos, yo ya quería a Beatriz de Saulges. ¿Por qué, entonces, te hice el amor, te cortejé y me casé contigo? Porque Beatriz acababa de casarse, porque esperaba olvidarla, porque encontraba en ti una ternura que ella nunca me dio, porque el hombre no es un ser simple y yo creía muy sinceramente...»

—¡Basta, Isabel! Quema esa carta.

—Nunca quemo nada... Además, es una lectura muy conveniente..., conveniente a los dos. Vamos, saltaré dos hojas, para contentarte... Ahora escucha esto: «Tu gran falta, Isabel (pues tú también has tenido culpa, en esta triste aventura), tu error más grave, fué aquella extraña visita tuya a Beatriz para suplicarla que me rechazase, que te devolviese tu marido. Aquel día, pobre Isabel mía, tuviste demasiado éxito. Inspiraste remordimientos a una mujer cuyo fondo es, a la postre, muy bueno. La apartaste de mí, pero me apartas también de ti... Después de tu visita, Isabel (visita que ignoré durante mucho tiempo, pero que adiviné en mil signos), empecé a sentir cómo Beatriz me huía y se desligaba hacia Salviati. Y es a causa de esa visita por lo que voy a morir...»

—¡Qué tono más teatral y desagradable!

—¡Oh, es sólo un borrador, Bertrand!... Escucha todavía el último párrafo; «No lamentos nada. Mi vida, de todos modos, estaba terminada, y nunca he deseado llegar a la vejez. Acoge este acontecimiento como lo hago yo: con serenidad. Todavía te amarán, Isabel: lo mereces. Perdóname, si no he sabido hacerte feliz. No soy hombre hecho para el matrimonio, pero he sentido por ti

un cariño verdadero. Si las circunstancias me permitieran vivir, sin duda acabaría amándote. Una palabra aún: cuando Beatriz regrese, con Salviati o sin él, ponle buena cara. Y si...»

—Déjame ver. ¿He escrito realmente esas locuras?

—Sí, Bertrand. Lee tú mismo.

—Es extraño... Te juro que no logro encontrar siquiera el recuerdo del hombre que pensó esas cosas. «Nunca he deseado llegar a la vejez»... Y heme aquí, querida Isabel, en los linderos de esa vejez.

—¿Descontento de la vida?

—No. Feliz de envejecer a tu lado.

—Lo cual demuestra, Bertrand, que no se ha de morir de amor ni desesperar de una conquista.

—¿Crees que en el dominio de los sentimientos los ejemplos constituyen pruebas, Isabel? Todo era posible. Tu visita a Beatriz tuvo éxito; habría podido fracasar; habría podido matarme.

—Es menester correr el riesgo. Estás vivo, ya lo ves... Pero aún no me has dicho la respuesta que he de dar a nuestra hermosa amiga...

—¿Qué pide?

—Vernos... Comer o cenar con nosotros... En fin, lo que quieras.

—Nos explicará su vuelta al mundo... Bali, Angkor..., Honolulu... Sería de un aburrimiento mortal. Busca una excusa.

—Imposible, Bertrand. Me creería rencorosa... Por otra parte, todo eso más bien me divierte.

—¿Qué placer encuentras en volver a ver a una mujer de la cual me dices que te hizo sufrir mucho?

—El placer de hallarse en tierra firme, después de una travesía difícil. La visita de Beatriz, al recordarme mis angustias pasadas, me hará disfrutar mejor de mi seguridad presente... Y, además, encuentro muy agradable a tu amiga, ¿sabes?

—La detestabas.

—La detestaba cuando te perseguía, cuando perturbaba tu vida, cuando me reemplazaba... Pero hoy reconozco en ella a una mujer deliciosa y en ti a un hombre de buen gusto... Y eso me satisface.

—Estoy cansado estos días, bien lo sabes, Isabel. Temo, por encima de todo, las conversaciones inútiles. No me las impongas.

—Te evitaré todas las restantes, con tal de que me concedas ésa.

—¡No vas a decirme, Isabel, que he de recibir a la señora de Saulges para complacerte a ti!

—¡Claro está que sí, Bertrand!

ARIANA, HERMANA MIA...



A Simone A. M.

I. Teresa a Jerónimo

Evreux, 7 de octubre de 1932.

He leído tu libro... Sí, yo también, como todo el mundo... Tranquilízate, me ha gustado... Me parece que, en tu lugar, me preguntaría: «¿Lo ha encontrado justo ella? ¿Ha sufrido al leerlo?» Pero tú ni siquiera te haces estas preguntas. ¿No estás seguro de haber sido más que equitativo, magnánimo?... ¡Qué tono, al hablar de nuestro matrimonio!

«En mi ardor de perseguir a una mujer imaginaria, compañera de trabajo tanto como enamorada, me olvidé de observar en Teresa, a la mujer real. Los primeros años de vida común debían revelarme su ser, a la par previsible y sorprendente: Yo era un hombre de pueblo y artista; encontré en Teresa a una mujer de la alta burguesía. Tenía las virtudes y las flaquezas de su clase. Mi esposa era fiel, modesta, incluso inteligente a su manera. Pero no se puede imaginar a persona alguna menos apta para compartir una vida de lucha y de apostolado espiritual...»

¿Estás seguro de esto, Jerónimo? ¿Fué a una vida de «apostolado espiritual» a la que me asociaste cuando, cediendo a tus súplicas y pese a los consejos de mis padres, me casé contigo? De todos modos, Jerónimo, lo que hice entonces fué dar una prueba de bastante valor. Para el público eras un desconocido. Tus ideas políticas asustaban y exasperaban a los míos. Abandoné una casa rica, una familia unida, para llevar a tu lado una vida difícil. ¿Protesté, acaso, cuando un año después declaraste que no podías trabajar en París y me llevaste a tu casa de provincias, en una región desierta y dura, con una criadita aterrorizada, la única criatura más desvalida que yo, de cuantas conocí en aquella época? Lo soporté todo. Lo acepté todo. Durante mucho tiempo, hasta fingí ser feliz. Pero ¿qué mujer podría ser feliz contigo? A veces río amargamente cuando los periódicos hablan de tu fuerza, de tu valor moral. ¡Tu fuerza!... Nunca he hallado, Jerónimo, un ser más débil que tú. Nunca. Ninguno. Lo escribo sin odio. Ha pasado ya el tiempo del rencor y desde que no te veo he recobrado la

serenidad. Pero conviene hacértelo saber. Tu perpetua inquietud, tu temor nervioso del mundo, tu morbosa necesidad de elogios, tu ingenuo temor ante la enfermedad y la muerte..., no, todo esto no constituye una fuerza, aunque las reacciones provocadas por esas angustias (tus novelas) den a tus discípulos la ilusión de tal.

¿Fuerte? ¿Cómo podías serlo, tú, tan vulnerable, que el fracaso de un libro te pone enfermo, y tan vanidoso, que el menor elogio de un necio te hace dudar de su necesidad? Es cierto que en dos o tres ocasiones de tu vida has luchado por tus ideas. Pero era después de pacientes cálculos y porque no dudabas de su triunfo. En uno de tus raros momentos de confianza, me hiciste, antaño, una confesión que tu prudencia debió lamentar en seguida, pero que mi rencor atesoró cuidadosamente. «Cuanto más envejece un escritor —me dijiste—, tanto más avanzadas deben ser sus opiniones. Es la única manera de conservar a su lado a los adolescentes.»

¡Pobres muchachos! Al embriagarse con tan ingenua pasión con tus Mensajes, poco imaginaban el fervor artificial y el meticuloso maquiavelismo con que los habías compuesto. Ni fuerte ni viril... Sí, es necesario decir esto también, por cruel que pueda parecer. Nunca fuiste un amante, querido Jerónimo. Después de nuestro divorcio, he encontrado el amor físico; he aprendido a gozar de su paz, de su plenitud y de las hermosas noches en que una mujer se duerme, satisfecha, en brazos de un hombre vigoroso. Mientras viví contigo, del amor sólo conocí tristes simulacros, lamentables parodias. No sospechaba mi desgracia: era joven y bastante ignorante; cuando me decías que un artista ha de saber administrar sus impulsos, te creía. Por lo menos, hubiera deseado dormir a tu lado; anhelaba la tibieza de un cuerpo, un poco de ternura, un poco de piedad. Pero tú huías de mis brazos, de mi lecho, hasta de mi cuarto. Ni siquiera sospechabas mi angustia. No vivías sino para ti, para ese ruido alrededor de tu nombre, para esa curiosa emoción que suscita en tus lectoras un personaje que, bien lo sabías, no eras tú. Tres líneas hostiles en un periódico te inquietaban mucho más que los sufrimientos de una mujer que te amaba. Si algunas veces te vi interesarte por mí, era cuando los políticos y los escritores cuya opinión te convenía habían prometido cenar en nuestra casa.

Entonces deseabas verme brillante. La víspera de esas visitas hablabas largo rato conmigo, no me oponías ya el trabajo sagrado, me explicabas lo que precisaba decir y lo que precisaba no decir, las manías venerables de tal crítico poderoso y la glotonería de cual tribuno. En esos días querías que nuestra casa apareciese pobre, porque tal era tu doctrina, y que nuestra mesa fuera sabrosa, porque los grandes hombres son hombres. ¿Recuerdas la época en que comenzaste a ganar dinero, mucho dinero? Te sentías feliz, pues en el fondo del corazón eres un pequeño labriego francés hambriento de tierras, y a la par algo cohibido, pues tus ideas no concordaban muy bien con la riqueza. ¡Cómo me

divertían, entonces, las transparentes picardías a las cuales apelaba tu codicia para tranquilizar a tu conciencia! «Casi todo se lo doy al partido», decías. Yo, que veía las cuentas, sabía cuánto dabas y sabía, también, cuánto te quedabas. A veces deslizaba una frase de aparente candor: «¡Te estás volviendo rico, Jerónimo!»

Tú suspirabas:

«Detesto este régimen... Pero mientras exista es menester adaptarme a él.» Desgraciadamente, como estaba de moda combatirlo, cuanto más lo atacabas, más te enriquecías. Era un destino muy cruel. ¡Pobre Jerónimo! Por otra parte, he de reconocer que tu ortodoxia resultaba impecable en lo tocante a mí. Cuando te vi millonario, me sucedió lo que a todas las mujeres privadas de amor: deseé lujo, joyas, pieles. Confieso que siempre me opusiste la más virtuosa resistencia. «¡Un abrigo de visón! —exclamabas—. ¡Un collar de perlas! ¡Tú! ¡Ni pensarlo! ¿No adivinas cuánto dirían mis enemigos si mi mujer se volvía como esas burguesas de los baños elegantes, cuyos retratos satíricos me han hecho célebre?»

Sí, lo adivinaba. Comprendía que la mujer de Jerónimo Vence no debía ser sospechosa. Calibraba la indecencia de mis deseos. Cierto que tú tenías por juguetes tierras y acciones. Pero las cuentas corrientes son invisibles, en tanto que los diamantes brillan al sol. Tenías razón, Jerónimo, como siempre. Una vez más lo he aceptado todo, todo, incluso este último libro. Oigo a mi alrededor alabar la audacia de tus opiniones, tu bondad (y eres uno de los seres más auténticamente malos que he conocido), tu generosidad en cuanto a mí. No contesto. A veces apruebo. «Sí —digo—, me trató bien, no conservo motivos de queja». ¿Tengo razón al concederte tan buen papel? ¿Es prudente dejar crecer y extenderse esa halagüeña leyenda cuyo héroe eres tú? ¿Es preciso tolerar que los jóvenes acepten por macabro a un hombre que conozco y que no es un hombre? En ocasiones me lo pregunto. Mas no hago nada. No escribiré, siquiera, a mi vez, unas memorias de justificación. ¿Para qué? Me has hecho sentir asco por las palabras.

Adiós, Jerónimo.

II. Jerónimo a Teresa

París, 15 de octubre de 1932.

Has querido hacerme daño, como en la época que vivías conmigo... Date por satisfecha: lo has logrado... No te conoces, Teresa. Te crees una víctima y eres un verdugo... También a mí me llevó mucho tiempo alcanzar a comprenderte. Te aceptaba por lo que pretendías ser; una mujer dulce y siempre sacrificada. Sólo poco a poco descubrí tu avidez por los dramas, tu crueldad, tu perfidia. Porque en tu juventud unos padres torpes te humillaron, le exiges a la vida el desquite. Y te desquitas con quienes tienen la desgracia de amarte. Cuando te conocí, creía en mí; quisiste desposeerme de esta confianza. Te metiste con mi doctrina, con mi alma, con mi cuerpo. Me pusiste en ridículo a mis propios ojos. Todavía hoy, libre de ti, no puedo recordar sin vergüenza las heridas secretas que me infligió tu franqueza.

¡Con qué ojos implacables me mirabas! «Eres pequeño —me decías—, muy pequeño.» Cierto. Corto de talla y, como la mayoría de los sedentarios, con más grasa que músculo. ¿Constituía esto un crimen? ¿Un defecto siquiera? En todo caso, yo veía claramente que a tus ojos resultaba un motivo de ridículo. El amor exige abandono, confianza. Dos seres dejan caer, con sus ropas, sus temores, sus susceptibilidades, su pudor. Tendido junto a ti, me sentía juzgado por una enemiga que, sin perder jamás el dominio de sus sentidos, me observaba con fría lucidez. ¿Cómo habría podido ser un buen amante para una mujer a la cual temía? ¿Cómo podía ser a tu lado lo que en el amor ha de ser el hombre: un ser de instinto y de audacia, si no encontraba en mi pareja otra cosa que sujeción y gazmoñería? Me reprochas haber huido de tu lecho. ¿Estás segura de no haberme echado de él?

«*De todos modos* —escribes—, *casarme contigo fué dar una prueba de valor.*»... ¿No supiste que triunfaría rápidamente? Me escogiste, Teresa, porque hallaste en mí algo real, vivo, algo no común, entre los tuyos. Acaso también porque me adivinaste vulnerable y el herir es tu placer más vivo, tu único placer... Me cuesta mucho recordar el hombre que yo era cuando te conocí. Un hombre raro, según veo, que tenía fe en sus ideas, en su genio... Tú hiciste

todo lo posible para matar a aquel hombre. Cuando me consideraba feliz, me asesinabas con tu piedad. ¡Qué cosa más extraña! Te casaste conmigo por mi fuerza y te encaminaste luego contra esa misma fuerza. Pero no debe buscarse en tus acciones nada lógico ni consciente. Eres, como tantas otras mujeres, una desgraciada esclava de tus órganos y de tus nervios, desafinada por un drama de adolescencia y furiosa por tu fracaso. Mientras viviste con tus padres, contra ellos se encarnizó ese odio difuso que hay en ti; desde el día en que me convertí en tu único compañero, yo fui el objeto de tu persecución.

«Furor recién acuñado —dirás—. Discurso improvisado para contestar a mi carta...» Y enseñarás triunfalmente el libro, sobre todo, ese fragmento tan cuidadosamente señalado: «*Mi mujer era fiel, modesta, inteligente...*» Guárdate, Teresa, de creer sin reservas este testimonio demasiado benévolo. Puesto que me acosas hasta mis últimas defensas, puesto que me fuerzas a recurrir a todas las armas, confesaré que esa frase es una mentira. Una mentira consciente. He querido parecer generoso. Me equivoqué. Cualquier hipocresía echa a perder una obra de arte. Hubiera debido describir con despiadada dureza el monstruo que eres, el mal que me has hecho...

¿«*Fiel*»?... Mucho antes de dejarte supe que habías cesado de serlo. Pero ¿a qué escribirlo en un texto público? ¿Para qué darte, a mi costa, el prestigio de la inconstancia? ¿«*Modesta*»? Posees un orgullo infernal y el deseo de dominar, de deslumbrar, explica la mayor parte de tus actos. ¿«*Inteligente*»? Sí, mucha gente cree, ahora, que eres inteligente. Y, en efecto, has llegado a serlo. Pero ¿sabes por qué? Porque yo te he modelado.

Porque durante veinte años recibiste de mí cuanto te faltaba: ideas, conocimientos, un vocabulario. Hoy mismo, después de nuestra larga separación, vives del aliento que me robaste, y esa carta con la cual esperabas abatirme me debe su vigor.

¿Vanidad? No. Orgullo. Necesito repetirme que creo en mí para librarme de tus maleficios. No quiero repasar tu carta punto por punto. Sería hacerte el juego, infligirme a mí mismo ese sufrimiento inútil. Cuatro palabras todavía, sin embargo: *Río amargamente* —dices— *cuando los periódicos hablan de tu fuerza. Nunca he encontrado un hombre más débil que tú.* Sabes muy bien, Teresa, que, fingiendo confundirlos, me atacas aquí en dos puntos distintos. No tienes derecho a hacerlo. Lo que fué mi carácter en nuestras relaciones sólo a nosotros importa. Hoy creo, como tú, que en esa lucha me mostré demasiado débil. Era por piedad, mas la piedad no está siempre limpia de cobardía. Solamente que tú simulas no saber que un hombre puede ser débil en su vida temporal y crear, no obstante, una obra fuerte. E incluso que, a menudo, gracias a haber sido débil en la vida, es robusta su obra. Lo que los jóvenes ven en esta obra, Teresa, ten la certidumbre de que está en ella. Bien pensado, si me has hecho padecer mucho, acaso debiera darte gracias por ese sufrimiento, una vez

sosegado. Debo a tu fiel odio una parte inmensa de lo que puedo ser.

Tú eres, ante todo, una destructora. Esta es la forma que ha adoptado en ti el rencor. Como no te sientes feliz, odias la felicidad. Como no eres sensual, menosprecias la voluptuosidad. El despecho hace de ti una observadora penetrante y apasionada, cual esos rayos que descubren, en una enorme pieza de hierro, la falla cuya presencia amenaza su solidez; vas derechamente, en un ser humano, a su punto flaco. Ves la falla en todas las virtudes. Es un don notable, Teresa, pero es asimismo un don maldito. Porque olvidas que las virtudes son realidades y que las vigas de hierro resisten los embates del tiempo. Esas flaquezas que me muestras en mí con tanta crueldad, existen, bien lo sé; has visto claro, con singular agudeza. Pero existen sumergidas en una masa tan maciza y resistente, que nada podrá romperlas.

Tú misma has fracasado, y mi obra y mi alma sobrevivieron a tu reinado nefasto. «¿Qué mujer podría ser feliz contigo?», escribes. Has de saber que yo también, después de nuestro divorcio, he encontrado el amor. Con una mujer sencilla y buena, gozo por fin de paz. Adivino tu sonrisa: «Sí, pero ¿y ella?» Si vieras un solo instante a Nadine, no dudarías de su dicha. No todas las mujeres necesitan, como tú, matar para vivir.

¿A quién aniquilas, ahora?

III. Nadine a Teresa

Paris, 2 de febrero de 1937.

Tal vez quede usted sorprendida, señora, al recibir una carta mía. La leyenda nos tiene por enemigas. Ignoro cuáles son sus sentimientos, tocante a esto. En cuanto a mí, no sólo no la odio, sino que más bien experimento por usted una involuntaria simpatía. Si antaño, en el momento de su divorcio, fué usted la Adversaria, aquella que precisaba a toda costa expulsar del corazón del hombre que yo había elegido, se convirtió muy pronto, después de mi matrimonio, en una compañera indivisible. Las mujeres de Barba Azul se encontraban, sin duda, medio muertas, en la memoria de su esposo común. A pesar suyo, Jerónimo me hablaba de usted. Yo procuraba imaginarme la actitud de usted ante ese carácter extraño, tan difícil, y con frecuencia pensé que la dureza de usted fué más hábil que mi paciencia.

Después de la muerte de Jerónimo he tenido que clasificar sus papeles. He encontrado muchas cartas de usted. Una, sobre todo, me ha emocionado. Es la que le escribió hace cinco años, después de la publicación de su Diario. A menudo le dije que aquella página la ofendería a usted. Le rogué que la suprimiera. Pero él, tan débil, poseía una obstinación y un valor singular cuando se trataba de su obra. La respuesta de usted fué brutal. Tal vez se asombre si le digo que la encuentro bastante justa. No crea que traiciono a Jerónimo muerto. Lo amé. Le sigo fiel. Pero le juzgo y no sé mentir. El escritor, en él, era admirable tanto por su talento como por su conciencia. Usted ha dicho la verdad en cuanto al hombre. No, Jerónimo no fué un apóstol o, por lo menos, si pudo parecerles tal a sus discípulos, no nos engañó nunca a nosotras, sus mujeres. Necesitaba rodear sus actos, la elección de sus opiniones políticas, todo, en fin, de un halo de santidad, pero los motivos que le hacían obrar eran, bien lo sabemos, muy chicos. Convertía en virtud su odio hacia la «sociedad», y la causa profunda de eso era su enfermiza timidez.

Se portaba con las mujeres como un amigo atento y respetuoso, pero esto radicaba, según se lo escribió usted, en la falta de vigor en vez de en ternura verdadera.

Huía de los honores públicos, pero por orgullo y por cálculo antes que por humildad.

En fin, nunca hizo un sacrificio que no fuera un beneficio, y de esa débil tosquedad estuvimos a punto de ser nosotras las víctimas. Realmente, creo, señora, que él nunca conoció su verdadera naturaleza, y aquel hombre, tan penetrante y tan severo cuando analizaba las almas ajenas, murió creyéndose una persona sensata.

¿He sido feliz con él? Sí, pese a muchas decepciones, porque él constituía un espectáculo siempre nuevo y era un ser prodigiosamente interesante. Esta misma duplicidad que acabo de describir hacía de él un enigma viviente. No me cansaba de escucharle, de interrogarle, de observarle. Su flaqueza, sobre todo, me conmovía. Mis sentimientos hacia él, en los últimos años, fueron más bien los de una madre indulgente que los de una mujer enamorada. Pero ¿qué importa la manera de amar, con tal de amar? Cuando estaba sola le maldecía; apenas se presentaba, volvía a conquistarme. Por otra parte, jamás supo nada de mis angustias. ¿Para qué? Me parecía que una mujer que le hubiese desenmascarado y puesto delante de un espejo fiel se habría hecho odiar por él sin convencerle. ¡Usted misma no se atrevió a hablar hasta que ya no debía volver a verle!

¡Y, sin embargo, cuántas huellas suyas en él! Desde su separación, Jerónimo no hizo otra cosa, a mi lado, sino escribir todos los años la historia de esa ruptura. Usted era su única heroína, el personaje central de todos sus libros. En todos, bajo nombres distintos, encontré su peinado de paje florentino, la dignidad de sus gestos, su ardor agresivo, su pureza desdeñosa y el duro fulgor de sus ojos. Nunca supo escribir mis sentimientos ni mis rasgos. Muchas veces lo intentó, para complacerme. ¡Si supiera cómo sufría yo, al ver que aquel personaje modelado delante de mí evolucionaba, a pesar del escultor, hacia una mujer que se parecía a usted! Uno de sus cuentos lleva mi nombre por título, Nadine, pero la doncella prudente e inaccesible del relato, ¿cómo no ver que sigue siendo usted? ¡Cuántas veces he llorado copiando los capítulos en los cuales usted desempeña ora el papel de novia misteriosa, ora el de esposa infiel y adorada, ora el de adversaria odiosa, injusta y deseada, no obstante! Sí, desde su marcha, vivió de los recuerdos, de los muchos recuerdos dejados por usted.

Intenté proporcionarle una vida tranquila, sana, consagrada al trabajo. Me pregunto, hoy, si acerté. Acaso un gran artista tenga necesidad de sufrir.

Acaso la monotonía es para él un mal peor que los celos, el odio, el dolor. Es un hecho indudable que, cuando era usted su mujer, Jerónimo escribió sus libros más humanos; es un hecho que, desposeído de usted, rumió sin cesar en los últimos meses de su vida común. La crueldad de la carta que tengo ante mí no le curó. Dedicó sus años postreros, a intentar contestar a ella, en sus obras y en su corazón. Su último libro, sin terminar, cuyo manuscrito tengo aquí, es una

especie de implacable confesión en la cual se desgarrá excusándose. ¡Cómo he envidiado a usted ese pavoroso poder de inquietarle que radicaba en su frialdad!

¿Por qué le escribo estas cosas? Porque hace tiempo que necesitaba decirlas. Porque usted es, a mi parecer, la única persona capaz de comprenderlas, y también porque esta sinceridad me ayudará, según espero, a obtener mucho sobre él. No encuentro muy exacto lo dicho de su obra, ni muy profundo, pero en esto me guardaré de intervenir. Los críticos tienen derecho a equivocarse; la posteridad juzgará, y creo que la obra de Jerónimo cuenta entre las que han de sobrevivir. Pero no puedo conservar idéntica calma cuando los biógrafos deforman su figura y mi vida. Los detalles de la existencia de Jerónimo, los rasgos íntimos de su carácter, sólo usted, señora, y yo, los hemos conocido bien. Tras largas vacilaciones he pensado que era deber mío, antes de desaparecer, fijar esos recuerdos.

Me propongo, pues, escribir un libro sobre Jerónimo. Ya sé que no tengo talento. Pero aquí es la materia y no la forma lo importante. Por lo menos dejaré un testimonio; tal vez un día algún biógrafo de genio lo aproveche para un retrato definitivo. Desde hace varios meses me afano en reunir los documentos necesarios. Hay un período, sin embargo, con muy escaso material: el de su noviazgo y su boda. Me ha parecido que sería un gesto osado, poco convencional, más honrado y leal, el de dirigirme directamente a usted y pedirle su ayuda. No me habría probablemente atrevido si no sintiera por usted esa extraña pero verdadera simpatía de que le hablaba al principio. Es como si, sin haberla visto jamás, la conociera a usted mejor que nadie. El instinto me dice que acierto al tratarla con esta confianza casi temeraria. Escribame, se lo ruego, dónde y cuándo podré verla para explicarle mis proyectos. Imagino que precisará cierto tiempo para encontrar y clasificar, si los ha conservado, esos papeles ya viejos, pero de todos modos me gustaría tener, lo antes posible, una conversación con usted. Quisiera explicarle cómo concibo el libro.

Entonces verá que no debe temer, de mi parte, un trato severo, ni tan sólo parcial.

Muy al contrario, le prometo poner todo mi interés en hacerle a usted justicia.

Naturalmente, sé que ha rehecho su vida, y pondré mucho cuidado en no citar ni relatar nada susceptible de perturbarla. Le agradezco por adelantado lo que estoy segura que hará, para facilitarme la tarea.

Nadine-Jerónimo Vence.

P. S. —El próximo verano iré a Uriage, donde Jerónimo le fué presentado a usted, a fin de describir mejor el decorado de su encuentro en la terraza del

«Hotel Stendhal». Me convendría, asimismo, visitar la finca de sus padres.

2.º P. S. —Estoy mal informada acerca de las relaciones de Jerónimo con la señora de Verniez. ¿Posee usted más datos que yo? Hablaba sin cesar de usted, pero sobre esta aventura de juventud se mostró siempre discreto, cerrado, reticente. ¿Es cierto que la señora de V. se le unió en Modano, en 1907, e hizo con él el viaje a Italia?

¿La abuela paterna de Jerónimo se llamaba Hortensia o Melania?

IV. Teresa a nadine

Evreux, 4 de febrero de 1937.

Señora:

Con gran pesar, no podré serle de ninguna ayuda. En efecto, yo también me propongo publicar una Vida de Jerónimo Vence. Sin duda usted es su viuda, lleva su nombre y por esta razón será bien acogido un breve volumen de recuerdos firmado por usted. Pero entre nosotras se impone la franqueza: confesemos, pues, que ha conocido usted muy poco a Jerónimo. Se casó con él en una época en que ya era famoso y en que su vida pública invadía su vida privada. Yo, en cambio, he asistido a la formación del escritor y al nacimiento de la leyenda, y usted misma reconoce que lo mejor de su obra fué compuesto a mi lado o en recuerdo mío.

En verdad, sin mis documentos no se puede escribir ninguna biografía seria de Jerónimo. Poseo dos mil cartas suyas, dos mil cartas de amor y de odio. Eso, sin contar mis respuestas, cuyos borradores conservo. Durante veinte años recorté todos los artículos publicados sobre él y sobre sus libros, clasifiqué las cartas de sus amigos y la de sus admiradores desconocidos. Poseo todos los discursos de Jerónimo, sus conferencias, sus artículos. El administrador de la Biblioteca Nacional, que acaba de hacer inventario de todas esas riquezas, pues me propongo legarlas al Estado, me ha dicho: «Es una colección incomparable.» Me pregunta usted el nombre de una abuela bordelesa; pues bien, poseo una carpeta entera de datos acerca de esa Hortensia Paulina Melania Vence, así como sobre cada uno de los antepasados de Jerónimo.

A él le gustaba llamarse a sí mismo «un hombre del pueblo». No es exacto.

A finales del siglo XVIII los Vence eran propietarios de viñedos en Graves, modestos pero excelentes, y los abuelos maternos de Jerónimo poseían un centenar de hectáreas de terreno en la región de Mérignac. Su abuelo fué alcalde del pueblo, bajo Luis Felipe, y uno de sus tíos-abuelos, jesuita. Los Vence, labriegos ricos, eran a su modo unos burgueses. Me propongo demostrarlo. No es que quiera recalcar el esnobismo al revés, que fué una de las flaquezas del pobre Jerónimo. Espero mostrarme imparcial y hasta

indulgente. Pero deseo, también, ser exacta. Este era el menor defecto del gran hombre al que ambas amamos y juzgamos.

En lo referente a usted, no seré, ciertamente, menos generosa que se propone serlo respecto a mí. ¿Para qué despedazarnos una a otra? Tengo en mi poder cartas que demuestran que fué usted la amante de Jerónimo antes de casarse con él; me guardaré muy bien de citarlas. Siento horror al escándalo, tanto para mí como para los demás. Por otra parte, sean cuales fuesen mis agravios contra Jerónimo, continúo siendo una fiel admiradora de su obra y la serviré cuanto pueda con total abnegación. Acaso sería deseable, pues nuestros libros aparecerán más o menos al mismo tiempo, que nos enviáramos mutuamente las pruebas. Así evitaríamos contradicciones que a los críticos podrían parecerles sospechosas.

Sobre la vejez de Jerónimo, sobre su decadencia después del primer ataque de apoplejía, está usted más enterada que yo. Es éste un aspecto de su vida que le cedo. Tengo la intención de terminar mi libro en el momento de separarnos. ¿De qué serviría evocar las disputas subsiguientes? Pero en un epílogo relataré muy brevemente su matrimonio, luego el mío, y diré cómo me enteré de la muerte de Jerónimo estando en América con mi segundo marido. Inesperadamente, en un Newsreel, vi en la pantalla el luto nacional, las últimas fotografías de Jerónimo y usted, señora, descendiendo de una tribuna del brazo del presidente del Consejo. Esto puede resultar un final muy bonito. Pero usted también escribirá, no lo dudo, un librito encantador.

V. Nadine a las «Ediciones de los Pórticos»

Paris, 7 de febrero de 1937.

Acabo de enterarme de que la señora Teresa Berger (que fué, según saben ustedes, la primera esposa de mi marido) prepara un volumen de recuerdos. Será preciso, para adelantarnos, publicar el mío al comienzo de temporada. Tendrán ustedes mi manuscrito el 15 de julio. Me satisface saber que han sido solicitadas opciones del Brasil y de los Estados Unidos.

VI. Teresa a nadine

Evreux, 9 de diciembre de 1937.

Señora:

A consecuencia del éxito de mi libro en Norteamérica (ha sido elegido por el *Book of the Month Club*), acabo de recibir de Hollywood dos largos cables sobre los cuales tengo el deber de consultarla. Un agente me propone, en nombre de uno de los mayores productores, llevar a la pantalla una *Vida de Jerónimo Vence*. No ignora usted que Jerónimo es muy popular en Estados Unidos, entre los intelectuales liberales, y que en aquel país sus Mensajes son clásicos. Esta popularidad y el carácter casi apostólico que ha tomado allí la figura de nuestro marido hacen que el productor desee dar a su película un carácter conmovedor y noble. Algunas de sus exigencias me han rebelado, al principio. Reflexionándolo mejor, me ha parecido que ningún sacrificio sería excesivo si podíamos asegurar a Jerónimo, entre las masas, la consagración universal que en nuestra época solamente el cine confiere. Le conocemos bastante las dos para saber que ésta habría sido su reacción y que la verdad histórica fué siempre la menor de sus preocupaciones cuando de su gloria trataba.

He aquí los tres puntos más espinosos:

a) Hollywood exige que Jerónimo sea un hombre del pueblo, de suma pobreza, y desea presentar bajo una luz trágica sus primeras luchas contra la miseria. Es falso, lo sabemos, pero a la postre es la versión que más agradaba al propio Jerónimo, y no hay razón para mostrarnos más exigentes que el mismo héroe.

b) Hollywood quiere que, en el momento del asunto Dreyfus, Jerónimo tome partido con violencia y ponga en riesgo toda su carrera. Esto es históricamente inexacto y cronológicamente imposible, mas no puede perjudicar en nada su memoria, bien al contrario.

c) Finalmente, y esto es lo más difícil, Hollywood considera muy inhábil poner dos mujeres en la vida de Jerónimo. Como su primer matrimonio fué una boda por amor (convertida en particularmente novelesca por el conflicto con mi

familia), la estética peculiar del cinema exige que este matrimonio sea feliz. El productor pide, pues, autorización para «fundir» las dos mujeres, es decir, usted y yo, en una sola. Utilizaría, para el final del film, los datos facilitados por usted en su libro, pero atribuyéndome su actitud en la época de la enfermedad y la muerte.

Imagino fácilmente su repugnancia, y en este último punto me negué desde el principio. Pero el agente cablegrafía otra vez dándome un argumento perentorio. El papel de la señora Vence debe ser representado, naturalmente, por una estrella. Ahora bien, ninguna gran actriz aceptaría actuar en una película si había de desaparecer después de la primera parte. Me cita un ejemplo: en *María Estuardo*, para obtener que un actor ilustre quisiera representar el personaje de Bothwell, fué preciso mezclar a éste, por medio de un idilio puramente imaginario, con la juventud de la reina. Confiese que si la historia, en los acontecimientos más conocidos, se somete así a las necesidades de la pantalla, sería poco elegante, de nuestra parte, dar pruebas de una pedantería algo ridícula tratándose de nuestras modestas existencias.

Agrego: *a)* Esta esposa única no tendría ni sus rasgos ni los míos, pues la actriz que nos representaría sería la que en este momento tiene contrato firmado con el productor y no se parece ni a usted ni a mí. *b)* La suma ofrecida es muy elevada (60000 dólares, que al cambio actual del franco hacen más de un millón), y, naturalmente, si acepta usted los cambios impuestos, retribuiré con largueza la parte de colaboración aportada por su libro.

Le ruego me conteste por telegrama, pues he de cablegrafiar en seguida a Hollywood.

VII. Nadine a teresa

(por telegrama)

10-XII-37.

TEMA DEMASIADO IMPORTANTE PARA SER TRATADO POR CORRESPONDENCIA *Stop*. SALDRE
PARIS TREN 14 HORAS 23 LLEGARE EVREUX 18 HORAS *Stop* SALUDOS AFECTUOSOS. NADINE.

VIII. Teresa a nadine

Evreux, 1.º de agosto de 1938.

Querida Nadine:

Heme aquí otra vez en esta casa de campo que usted conoce y que incluso le gusta.

Estoy sola, pues mi marido se halla de viaje por tres semanas. Me sentiría muy contenta si aceptase acompañarme durante tanto tiempo como pueda y quiera.

Si desea leer, escribir, trabajar, la dejaré hacerlo en paz, porque mi nuevo libro me trae muy ocupada. Si prefiere visitar la región, que es encantadora, mi auto será suyo. Pero, por la noche, si experimenta deseos de descansar en el jardín, conmigo, hablaremos de nuestros recuerdos, de nuestros «malos recuerdos»... y de nuestros negocios. Crea en mi muy afectuosa simpatía.

Teresa Berger

DE REBOTE



A André Rouchaud

DANIEL MIRÓ A SU MUJER CON SORPRESA. Era raro que entrara de mañana en sus habitaciones.

—¿Deseas hablarme? —preguntó.

—Daniel —repuso ella—. ¿Quieres darme una alegría? Acompáñame esta noche al concierto... Rubinstein toca los Preludios de Chopin y yo sería muy feliz si pudiera escucharlos a tu lado... Hace tres meses que no has salido conmigo ni una sola noche.

—Hace tres meses —refirió Daniel fastidiado— que no me lo has pedido.

—No te lo he pedido porque tus negativas me resultaban ya humillantes... Me había prometido no volver a ofrecerte mi compañía, Daniel, y esperar a que tú mismo manifestaras el deseo de tenerla, pero esta mañana, Ana, para la cual tomé una butaca contigua a la mía, me ha telefoneado que se encuentra mal. Intento en vano reemplazarla, de dos horas a esta parte. Te confieso que encuentro ridículo y triste esto de pasar toda una velada al lado de una butaca vacía.

—Pídeselo a un hombre —dijo Daniel.

—Sabes que me he jurado no salir con ningún hombre sino tú.

—¡Cuántos juramentos! —comentó él.

Reflexionó un instante y dijo vacilando:

—Escucha. Quisiera complacerte, pero tengo otros compromisos. Procuraré librarme de ellos. Si lo consigo, iré contigo al concierto.

—¡Eres encantador!

—¿Oh? No prometo nada —advirtió Daniel en tono áspero—. Te he dicho solamente que probaría...

Entró en su despacho y llamó por teléfono al número «Gobelins, 43-14», que era el de Beatriz de Saulges, su amiga desde hacía unas semanas, a la cual

amaba con una recia pasión de hombre ya maduro.

—¿Eres tú?... —dijo Daniel a media voz—. Dime, está entendido que salimos juntos esta noche, ¿no?... ¿No me plantarás en el último momento, como el otro día?

—¡Oh, qué fastidioso eres! —contestó ella—. ¡Y qué poco hábil! ¿No sabes que las cosas no me divierten si no puedo decidirme en el último momento? Quieres echar a perder todo mi placer.

—Te pido perdón —repuso Daniel—. Ya has visto, desde que nos conocemos, cómo respeto todos tus caprichos... Pero esta noche necesito saber lo que harás, porque yo mismo he de dar una respuesta.

—Eres terrible... —dijo ella—. No sé qué voy a hacer... Oye, llámame dentro de una hora... Haré lo posible para tener algo decidido, entontes.

Durante la comida, la mujer de Daniel preguntó a éste si podía contar con él. Contestó, de mal humor, que no lo sabía y que no había tenido aún tiempo de telefonar. A la misma hora, Beatriz de Saulges llamaba a Pedro Pradier, joven diputado que conoció en Ginebra, y al que empezaba a querer.

—¿Es usted, Pradier? —dijo—. ¡Ah, no! ¿Es la señorita Drouet?... Hubiera querido hablar con el señor Pradier. No, si prefiere que no le molesten, déjelo...

No, no, comprendo... Claro, se enojaría y... Deseaba saber, solamente, si estamos de acuerdo en que vendrá a buscarme esta noche para ir a la sesión nocturna... ¿Sí?... ¿Dice que lo tiene anotado en su carnet?... ¿Está segura de que no cambiará de parecer, como anoche?... ¿No sabe?... Sí... Naturalmente... En fin, no le ha dicho nada, ¿verdad?... Gracias, señorita Drouet... Adiós. Cuando, algo más tarde, Daniel telefoneó, la doncella le dijo que la señora de Saulges estaba desolada, pero que no se hallaría libre; se veía obligada a asistir a una cena de familia. Daniel miró si su mujer se hallaba aún en casa. La encontró tendida en un diván. Leía.

—Querida —le dijo—. Estoy muy contento, porque he podido romper los compromisos. Esta noche me será posible acompañarte, como deseabas.

—¡Qué bueno eres! —contestó ella—. Estoy encantada.

—Y yo tanto como tú.

Una vez él se hubo marchado, ella permaneció largo rato ensimismada. Se dirigía severos reproches por haber juzgado mal a Daniel.

LA ESCLAVINA



A Jenny de Margerie

¿C ONOCE USTED —PREGUNTÓ ÉL— AL MARAVILLOSO poeta austríaco Riesenthal?

—No lo he encontrado sino una vez —dije—. Recuerdo que habló de Rusia con una mezcla encantadora de sencillez y de misterio... Alrededor de sus relatos flotaba una bruma ligera que daba a los personajes descritos por él contornos imprecisos y formas más que humanas... Su voz misma era extraña y como velada... Sí, realmente, no lo he visto sino una vez y, sin embargo, en seguida le aprecié más profundamente que a muchos hombres conocidos de toda la vida... Poco después de ese breve encuentro me enteré con pena de su muerte... con pena, pero sin sorpresa, porque casi no tenía el aspecto de un vivo: Luego, muy a menudo, viajando por los países más diversos, por Francia, por Alemania, por Italia, por todas partes he tropezado con amigos de Riesenthal... Ora era un hombre, ora una mujer, cuya vida había llenado él, cuyo espíritu formó, y que gracias a él son hoy más delicados y más sensibles que el resto de los hombres.

—Me alegra de oírle hablar así —respondió él—, porque fui amigo de Riesenthal. Como usted, le vi un día durante una hora y ya no pude olvidarle. Hace tres años, cuando viajaba por mi país, se acordó de mí, me escribió y se detuvo un día en mi casa. Era a comienzos de otoño y el tiempo comenzaba a refrescar. Habito al pie de altas montañas. Riesenthal, friolero y frágil, sufría por no haber traído ropas bastante recias. «¿Podría prestarme un abrigo?», me dijo sonriendo. Ya ve que soy mucho más grueso y alto que nuestro amigo. Fui a buscarle una esclavina marrón que solía llevar en invierno, para ir de caza. Riesenthal, divertido, me demostró que le era posible doblarla dos veces alrededor de su cuerpo, y envuelto de este modo en la esclavina se paseó largo rato conmigo bajo los árboles.

»Aquel día, mi casa, mi jardín, los árboles cubiertos de hojas parduzcas, las

altas montañas que nos rodeaban y, por la noche, el fuego de leña de mi chimenea, todo le agradó tanto que decidió quedarse otras veinticuatro horas... Durante la noche, extendió sobre la cama la esclavina marrón y a la mañana siguiente se la puso como una bata para trabajar. Por la tarde me dijo que no sentía deseos de partir; por mi parte, no deseaba otra cosa sino conservar en casa todo el tiempo posible a aquel ser único y delicioso. Así, días tras días, permaneció con nosotros dos semanas, durante las cuales vivió acurrucado dentro de mi esclavina. Por fin partió, dejándome en recuerdo un poema. Meses después supe su muerte.

»En el otoño que siguió a esta muerte recibí otra visita, la de un escritor francés cuyo estilo transparente y terso me gusta y al cual conocía entonces muy poco. Él también se había detenido por un solo día en mi pequeña ciudad, camino de Viena. En el curso de la comida, la conversación fué difícil. Me parecía que la amistad esperada se alejaba, que éramos demasiado distintos uno de otro, y comprendí con pena que íbamos a separarnos sin haber dicho nada sincero ni profundo. Después de comer nos paseamos bajo los árboles ya amarillentos. Se quejó de la humedad y fui a buscarle la esclavina de Riesenthal.

»Es un hecho extraño, pero apenas se puso sobre los hombros aquella prenda, mi escritor pareció transformarse. Su espíritu de natural preciso y a veces amargo, velóse súbitamente de melancolía. Se puso confidencial, casi tierno. Al caer la noche, habíamos entablado amistad y, como antes Riesenthal, aquel visitante de otoño, venido para un día, pasó en mi casa dos semanas enteras.

»Después de eso, fácil es imaginar que la esclavina marrón fué para mí un objeto muy apreciado, la cual asociaba, sin creer mucho en él, un poder simbólico y bienhechor.

»En el curso del invierno siguiente me enamoré de una vienesa admirablemente hermosa: Ingeborg de Dietrich. Pertenecía a una familia noble y arruinada y se ganaba la vida trabajando con un editor. Le pedí que se casara conmigo; pero, como la mayoría de las muchachas educadas después de la guerra, era fanática de su independencia y, si bien dejándome comprender que no le desagradaba, me dijo que no podía soportar la idea de dejarse ligar por el matrimonio. No me era posible, sin sufrir, verla libre en una gran ciudad rodeada de hombres sin escrúpulos. Así transcurrieron muchos y penosos meses.

»En primavera, Ingeborg accedió a visitarme en mi finca del Wienerwald.

La primera noche de su estancia en casa salimos al jardín, después de cenar, y le dije: «¿Quiere darme una satisfacción? Permítame que, en vez de su abrigo, ponga sobre sus hombros una esclavina mía... Ya sé que no es usted sentimental... Este deseo debe parecerle absurdo... ¿Qué le importa?... Es la

primera velada que pasa aquí... Concédame esto, se lo ruego».

»Rió y, burlándose de mí con mucha gracia, aceptó. Mi interlocutor interrumpióse porque, en la bruma del atardecer, por el fondo del paseo se deslizaba hacia nosotros una figura deliciosa, envuelta en una esclavina marrón.

—¿Conocía usted a mi mujer? —me dijo.

LA CASA



Para Anne y Julien Green

HACE DOS AÑOS —DIJO ELLA—, CUANDO ESTUVE TAN ENFERMA, observé que todas las noches soñaba lo mismo. Me paseaba por el campo y percibía a lo lejos una casa blanca, baja, ancha, rodeada de un bosquecillo de tilos. A la izquierda de la casa, un prado poblado de álamos quebraba agradablemente la simetría del paisaje, y las copas de esos árboles, que se veían desde lejos, se balanceaban por encima de los tilos.

En mi sueño me sentía atraída por tal casa e iba hacia ella. Una valla pintada de blanco cerraba la entrada. Luego se seguía por un paseo de graciosa curva. Este paseo aparecía bordeado de árboles bajo los cuales se encontraban flores de primavera, pervincas, anémonas, vellositas, que se mustiaban apenas las cogía. Cuando se salía de ese paseo, la casa se hallaba a pocos pasos. Delante de ella extendíase un ancho terreno cubierto de césped, cegado como los prados ingleses y casi desnudo. Únicamente ostentaba una franja de flores violeta. La casa, construida con piedras blancas, tenía el tejado de pizarra. La puerta, una puerta de roble claro con los paneles esculpidos, se hallaba en lo alto de una pequeña gradería. Deseaba visitar la casa, mas nadie contestaba a mis llamadas. Profundamente desilusionada, gritaba, golpeaba y despertaba al fin.

Tal era mi sueño. Se repitió durante largos meses con una fidelidad y una precisión que acabaron haciéndome pensar que en mi infancia habría, sin duda, visto aquel parque y aquella mansión. No obstante, me era imposible, una vez despierta, encontrar el recuerdo de la escena; su búsqueda se convirtió para mí en una obsesión tan fuerte, que un verano, después de aprender a conducir un pequeño automóvil, decidí pasar las vacaciones por las carreteras de Francia, para ver si descubría la casa de mi sueño. No le contaré mis viajes. Exploré Normandía, la Turena, el Poitou, sin encontrar nada, aunque no por

esto quedé muy sorprendida. En octubre regresé a París y todo el invierno soñé con la casa blanca. La primavera pasada recomencé mis paseos por los alrededores de París. Un día, atravesando un valle contiguo a l'Isle-Adam, sentí de súbito una sacudida agradable, esa emoción curiosa que se experimenta cuando se reconocen, tras larga ausencia, unas personas o unos sitios que nos han sido amados. Aunque no hubiese ido jamás a aquella región, reconocí perfectamente el paisaje que se extendía a mi derecha. Las copas de los álamos dominaban una masa de tilos. A través del follaje todavía poco tupido de los últimos, se adivinaba una casa. Entonces supe que había encontrado el castillo de mis sueños. No ignoraba que, cien metros más allá, un camino estrecho cortaría la carretera. El camino estaba allí, en efecto. Lo seguí. Me condujo delante de una valla blanca.

Desde ella partía el paseo tantas veces recorrido por mí. Bajo los árboles admiré el tapiz de suaves colores formado por las pervincas, las anémonas y las vellositas. Cuando salí del túnel de tilos, vi el césped y la pequeña gradería en cuya cima se hallaba la puerta de roble claro. Salté del coche, subí rápidamente las escaleras y llamé.

Tenía mucho miedo de que no me contestase nadie, pero casi en seguida apareció un criado. Era un hombre de rostro triste, muy viejo y vestido con chaqueta negra. Al verme, pareció sumamente sorprendido y me miró con atención, sin hablar.

—Voy a pedirle un favor algo raro —le dije—. No conozco a los propietarios de esta casa, pero me alegraría si pudiesen autorizarme a visitarla. —La casa está por alquilar, señora— respondió como de mal grado —y estoy aquí para enseñarla.

—¿Por alquilar? ¡Qué suerte tan inesperada! ¿Cómo es que los propietarios no habitan en una casa tan hermosa?

—Los propietarios habitaban aquí, señora. Han abandonado la casa desde que está embrujada.

—¿Embrujada? —dije—. No me importa. Ignoraba que en las provincias francesas todavía creyeran en los aparecidos...

—No creería en ellos, señora —replicó con seriedad—, si yo mismo no hubiese encontrado muy a menudo, en el parque, el fantasma que ha puesto a mis amos en fuga.

—¡Qué historia! —dije intentando sonreír.

—Una historia —repuso el viejo con aire de reproche— de la cual usted por lo menos no debería reírse, señora, puesto que el fantasma era usted.

IRENE



Para Madeleine y Darius Milhaud

ESTOY CONTENTA DE SALIR CONTIGO esta noche —dijo ella—. La semana ha sido dura... Pero ahora estás aquí y ya no pienso en ello... Oye... Iremos a ver un film maravilloso...

—No te hagas la ilusión de llevarme al cine esta noche —respondió él, mohíno.

—Es lástima, me hubiera gustado ver contigo esa película. Pero no importa... He descubierto, en Montparnasse, un rincón nuevo donde bailan espléndidos ejemplares de Martinica...

—¡Oh, no! —contestó él con energía—. Nada de música negra, Irene... Estoy saturado...

—¿Qué quieres hacer, entonces? —preguntó ella.

—Lo sabes de sobra... Cenar en un pequeño restaurante pacífico, hablar, volver a tu casa, tumbarme en un diván y soñar...

—Eso sí que no —negó ella a su vez—. Eres realmente demasiado egoísta, querido... ¿Te sorprende? Es que nadie te dice nunca la verdad... Nadie... Te has acostumbrado a ver a las mujeres aceptando tus deseos como leyes... Eres una especie de sultán moderno... Tienes el harén abierto... Se extiende por diez países... Pero es un harén... Las mujeres son tus esclavas... Y la tuya más que las restantes. Si sientes deseos de soñar, han de contemplarte soñar. Si tienes deseos de bailar, han de moverse. Si has escrito cuatro líneas, han de escucharlas. Si estás ganoso de que te diviertan, han de convertirse en Scheherazade. Pues no, querido, te lo repito... Por lo menos habrá una mujer en el mundo que no se doblegará ante tus caprichos...

Se detuvo y prosiguió en tono más grave:

—¡Qué tristeza, Bernard!... Me alegraba tanto verte... Esperé que me ayudarías a olvidar mis preocupaciones... Y tú llegas sin pensar más que en ti...

Vete... Ya volverás cuando hayas aprendido a tener en cuenta la existencia de los demás. Durante toda la noche, tumbado sin dormir, Bernard meditó tristemente. Irene tenía razón. Era un hombre odioso. No sólo engañaba y abandonaba a Alicia, dulce, fiel y resignada, sino que la engañaba sin amor. ¿Por qué estaba hecho así? ¿Por qué esta necesidad de conquista y de dominación? ¿Por qué esta impotencia para tener en cuenta la existencia de los demás? Meditando sobre su pasado, se remontó a una juventud difícil, a mujeres inaccesibles. Había algo de desquite en su egoísmo, de timidez en su cinismo. No constituía esto un sentimiento muy noble.

«¿Noble? —pensó—. Estoy cayendo en los lugares comunes.»

Era menester mostrarse duro. En amor, quien no devora es devorado. Sin embargo, a veces debía ser como una liberación el ceder, el ocupar por fin el lugar más débil, el buscar su dicha en la dicha de otra persona. Aislados, separados por silencios más largos, los últimos automóviles se dirigían a sus garajes... ¿Buscar la dicha en la dicha de otra persona? ¿No podía hacerlo? ¿Quién le había condenado a la crueldad? ¿No tiene derecho todo hombre, en cualquier momento, a recomenzar su vida? Irene, tan conmovedora con su único vestido de noche, sus medias sencillas, su abrigo raído. Irene, tan hermosa y tan pobre. Tan generosa en su pobreza. Diez veces la había sorprendido socorriendo a estudiantes rusos más pobres que ella, que sin ella habrían muerto de hambre. Trabajaba seis días a la semana en un almacén, ella, educada antes de la Revolución como una hija de príncipes. Nunca hablaba de eso... Irene... ¿Cómo había podido regatearle los ingenuos placeres de una noche de libertad?

Ruidoso, haciendo temblar los cristales, pasó el último autobús. Ahora ya ningún sonido cortarían la línea continua de la noche. Hastiado de sí mismo, Bernard buscó el sueño. De súbito le bañó una gran paz. Acababa de tomar una decisión. Se consagraría a la felicidad de Irene. Sería para ella un amigo tierno, solícito, sumiso. Sí, sumiso. Esta resolución le calmó y se durmió casi en seguida.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se sentía aún dichoso. Levantóse y se vistió cantando, cosa que no le había ocurrido desde su adolescencia.

«Esta noche pensé —iré a ver a Irene, a pedirle perdón.»

Mientras se anudaba la corbata repiqueteó el teléfono. —¡Hola!— dijo la voz musical de Irene. —¿Eres tú, Bernard? Escucha... No he podido dormir. El remordimiento, ¿sabes?... ¡Cómo te traté anoche! Tienes que perdonarme... No sé que me sucedía... —Al contrario, fui yo, Irene —dijo él. —Toda la noche me he estado prometiendo cambiar. —¡Qué locura!— replicó ella. —Sobre todo, no cambies. ¡Ah, no! Lo que me agrada de ti, Bernard, son justamente esos caprichos, esas exigencias, ese carácter de niño mimado... ¡Es tan agradable un

hombre que obliga a hacer sacrificios...! Quería decirte que esta noche estoy libre y que no te impondré ningún programa... Dispón de mí.

Bernard, al colgar el receptor, agitó la cabeza con amargura.

MYRRHINE



LOS MEJORES ESCRITORES DE NUESTRA GENERACIÓN han admirado a Christian Ménétrier. Ha tenido numerosos enemigos, porque el éxito los suscita siempre, y también porque este éxito, para Ménétrier, vino tarde, en un momento en que críticos y cofrades, se habían acostumbrado a considerarlo como un poeta hermético, digno de respeto, pero incapaz de gustar, lo cual hacía de la admiración por su obra un sentimiento honroso e inofensivo. Su mujer, Claire Ménétrier, persona ambiciosa, ardiente y activa, lo había «lanzado», por el año 1927, decidiendo al músico Jean-François Montel a escribir un drama lírico sobre su *Merlin el Viviane*; pero es el actor Léon Laurent a quien debemos la metamorfosis de Christian en autor representable y representado. Esta historia es poco conocida y me parece interesante recordarla, porque ilumina ciertos aspectos, bastante mal estudiados, de la imaginación creadora.

Léon Laurent, que tan feliz papel desempeñó en el renacimiento del teatro en Francia entre las dos guerras, parecía al primer encuentro tan poco «cómico» como fuese posible. Sin estar en absoluto poseído de sí mismo, dispuesto siempre a ponerse de la manera más desinteresada al servicio de una obra maestra, practicaba, al pie de la letra, la religión del teatro. Su cultura sorprendía. No sólo consideraba bueno todo lo que amaba, sino que comprendía y conocía lo más difícil y más raro. En cuanto dirigió su propia compañía, tuvo el valor de montar *Prometeo*, de *Esquilo*; *Las Bacantes*, de *Eurípides*, y *La Tempestad*, de Shakespeare. Su *Próspero*, y el *Ariel* de Hélène Messière, siguen siendo los más puros recuerdos para muchos de nosotros. Había rejuvenecido Molière, Musset, Marivaux, tanto por la interpretación como por la parte escénica, en los tiempos en que la Comedía Francesa, aletargada, esperaba todavía que Edouard Bourdet la despertase. Finalmente ha sabido descubrir entre los escritores de nuestros tiempos los que son dignos de continuar la bella tradición del teatro poético.

La literatura francesa le debe una escuela, y un equipo.

He dicho ya que al primer encuentro no se le tomaba nunca por un actor. Es exacto; el tono, su manera de hablar, el vocabulario evocaban más bien los de un joven profesor o, acaso, de un médico. Pero esta impresión era breve. Bastaba verlo representar cinco minutos para reconocer en él a un gran comediante, de una increíble variedad de registros, tan capaz de componer con dignidad un Augusto de *Ginna* como dar vida perfectamente agradable al abate *Il ne faut jurer de rien*, o hacer un Basilio, de *El Barbero de Sevilla*, trágicamente bufón.

Christian Ménétrier, lo admiraba, iba a verlo en cada una de sus creaciones, pero, probablemente, no hubiera entrado jamás en contacto directo con él, ya que los dos eran tímidos, si Claire Ménétrier no hubiese intervenido. Claire compartía el entusiasmo de su marido por el talento de Léon Laurent; deseaba que Christian escribiese para el teatro; pensaba, y con razón, que sólo un actor de verdadera cultura sería capaz de decidirlo a ello. Emprendió, pues, deliberadamente la tarea de hacer entrar a Léon Laurent en su intimidad, y lo consiguió. Claire, con su tez pálida y sus ojos de aguamarina, se conservaba muy bella, y la belleza femenina había impresionado siempre a Léon Laurent. Por otra parte, en cuanto los dos hombres se conocieron, hallaron un constante placer en «hablar en teatro». Christian tenía sobre este punto muchas ideas, y la mayoría de ellas coincidían con las del actor-director.

—El gran error de los realistas —decía Christian—, es haber querido imitar en escena el lenguaje cotidiano... Es exactamente lo que el espectador no busca en el teatro. No hay que olvidar que el drama, en sus orígenes, fué una ceremonia, que los cortejos, las entradas, los coros tomaban una parte importante... Incluso en la comedia... Nos dicen que Molière observaba el lenguaje de los faquines del Pont au Change. Es posible; es, incluso, cierto; pero lo observaba para esterilizarlo.

—De acuerdo —respondía Léon Laurent—. Completamente de acuerdo. Y es la razón por la cual quisiera, Ménétrier, que hicieras teatro. Tus couplets líricos, tus imágenes raras... Todo esto, a pesar de las apariencias, es para el actor, una excelente materia... Esculpe estatuas; nosotros las animaremos. Léon Laurent hablaba con frases breves a las que su bella voz prestaba largas resonancias.

—Yo hago teatro —dijo Christian.

—¡No, no, querido! ¡No!... Escribes poemas dialogados; teatro en un sillón; pero no afrontas al público.

—Porque no me representan.

—Di más bien que no has tratado nunca de ser representado. No has tenido nunca en cuenta, hasta ahora, las necesidades de la escena. Y esto es lo que hace el teatro... Escribe algo para mí. Sí, querido, para mí, tal como soy... Verás, entonces, lo que son los ensayos... ¡He aquí una escuela! Mira, subsiste

en ti, y es, a mi juicio, tu único defecto... algo de afectación del simbolismo... Pues bien, en cuanto tus textos sean *dichos*, oirás tú mismo las disonancias. La escena es para el autor lo que el disco para el orador, que le hace oír su propia voz. Se da cuenta de sus defectos y los corrige.

—Es lo que le repito a Christian de la mañana a la noche —dijo Claire.

Ha nacido para el teatro.

—No sé... —dijo Christian.

—Prueba, por lo menos, una vez... Te lo repito; escribe una obra para mí.

—Pero ¿sobre qué tema?

—Tienes cien —dijo Léon Laurent—. ¿Cómo? Cada vez que paso una hora contigo me cuentas un primer acto, casi siempre excelente. ¡Un tema! Te basta sentarte a la mesa y escribir todo lo que me has contado... Por otra parte, es bien sencillo. Me comprometo, con los ojos cerrados, a estrenar lo que me traigas. Christian se quedó un momento pensativo.

—Sí... quizá tenga una idea —dijo—. Ya sabes lo inquieto que estoy en estos momentos por la amenaza de la guerra, cuánto me esfuerzo, por otra parte en vano, en llamar la atención de los franceses sobre las evidentes intenciones de los locos que gobiernan a Alemania...

—Leo tus artículos en el *Figaro* —dijo Léon Laurent—. Los encuentros bellos y útiles... Sólo que el teatro demasiado actual, sabes...

—¡Oh, no te propongo una obra de actualidad! No; pensaba en una transposición. Recuerda la actitud de los atenienses en el momento en que Filipo, rey de Macedonia, reclamaba su espacio vital y ocupaba, una tras otra, las pequeñas ciudades de Grecia. «¡Atención! ¡Si no acudís en auxilio de Checoslovaquia seréis devorados a vuestra vez!» Pero los atenienses eran confiados, frívolos, y Filipo contaba con una Quinta Columna... Demóstenes fracasó... Después un día le tocó el turno a Atenas... Esto sería el segundo acto. —¡Admirable!— dijo Léon Laurent con entusiasmo. —¡Pues bien! Ya tienes el tema... Ponte al trabajo. ¡En seguida!

—Espera —dijo Christian—. Tengo que volver a leer cierto número de cosas. Pero te veo admirablemente declamando a Demóstenes. Porque harías el «Demóstenes», ¿verdad?

—¡Naturalmente!

Claire, encantada, los oyó hasta las cinco de la mañana discutir la obra. Cuando se separaron, las principales escenas estaban hilvanadas. Christian había encontrado incluso la última réplica. Después de muchas peripecias parecía, de repente, que la muerte de Filipo salvaba, como por milagro, a Atenas. Pero Demóstenes no creía en los milagros verdaderos, ni en que Atenas pudiese ser salvada de otra manera que por la juventud, el valor y la constancia de los atenienses. «Sí... —decía—, lo sé... *Filipo ha muerto... Pero... ¿cómo se llama el hijo de Filipo?*» Y alguien respondía: «*Alejandro...*»

—¡Perfecto! —exclamó Léon Laurent—. ¡Perfecto! Ya veo cómo diré esta frase; Ménétrier, si no has escrito esta obra dentro de un mes no eres digno del teatro. Un mes más tarde la obra estaba terminada. Hoy sabemos que justificaba todas las esperanzas de Claire y de Laurent. Sin embargo, cuando, después de una lectura triunfal, éste fué a ver a Ménétrier para ponerse de acuerdo con él respecto a la cuestión del reparto de las fechas y del comienzo de los ensayos, parecía preocupado y reticente. Christian, muy sensible como lo son todos los artistas en cuanto se trata de su obra, tuvo la impresión de que el actor no se sentía ya demasiado satisfecho.

—No —le dijo a Claire después de la marcha de Laurent—, no, no está contento... ¿Por qué? No me lo ha dicho. En realidad, no me ha dicho nada... Son imponderables... No es que no le guste la obra; me ha hablado de su papel y de la escena de la Asamblea con un entusiasmo que no engaña... Pero lleva en la cabeza alguna otra idea... ¿Qué es? No lo veo. Claire sonrió.

—Christian —dijo—, eres un genio y te admiro con todo mi corazón. Pero sigues siendo deliciosamente cándido cuando se trata de las relaciones elementales entre seres humanos... Yo, sin haber visto siquiera a Laurent, te aseguro que sé perfectamente lo que hay.

—¿Y qué hay?

—Sería mejor decir: «¿Qué es lo que no hay? ¿Qué le falta?» Lo que no hay en tu comedia, cariño, es un papel para Hélène Messière... Hazme por lo menos la justicia de confesar que te había prevenido.

—¿Y cómo quieres que haya un papel para Hélène Messière? —exclamó Christian con impaciencia—. Es una actriz encantadora para Musset o Marivaux, pero ¿qué quieres que haga en una tragedia política?

—¡Amor mío, cómo tergiversas las cosas! No se trata en absoluto de saber lo que puede hacer en una tragedia política sino simplemente de saber en qué forma podrá Léon Laurent vivir en paz con su amante.

—¿Hélène Messière es la amante de Léon Laurent?

—¿De dónde sales, cariño? Hace cuatro años que viven juntos.

—Y ¿cómo quieres que lo sepa? ¿Qué relación tiene esto con mi comedia?

¿Crees que Laurent desearía...?

—No lo creo, Christian. Tengo la seguridad de que Laurent desea y, si es necesario, exigirá, un papel para Messière, y añadido que no me parece muy difícil satisfacerlo... Si añadías un personaje que...

—¡Jamás en mi vida!... Destruiría todo el equilibrio de mi drama.

—Bien, Christian. Ya volveremos a hablar de eso.

Volvieron a hablar, en efecto; cuando Laurent fué mostrándose más y más reticente y sombrío, suscitó dificultades de interpretación, habló de compromisos anteriormente contraídos, de tournée... Christian que, ya escrita su obra, ardía en deseos de verla representada, comenzó a sentirse, a su vez,

ansioso e irritable.

—Escucha, cariño —le dijo Claire—, ¿quieres dejarme un día a solas con Laurent? A mí se atreverá a decirme lo que le atormenta, y te prometo arreglar la cosa... Con una condición, naturalmente, y es que escribirás el papel.

—Pero ¿cómo? No voy a transformar una tragedia que aspira a ser una obra de arte sólo porque...

—¡Oh, Christian! ¡Es tan fácil y tienes tanta imaginación!... Por ejemplo, en el segundo acto, cuando muestras a los macedonios que estás organizando en Atenas una Quinta Columna, ¿por qué no pueden servirse para ello de cortesana inteligente, amiga de poderosos atenienses, banqueros y hombres políticos?... He aquí a tu personaje; será completamente verosímil.

—Sí, quizá... Incluso se podría... Sí, tienes razón; sería interesante mostrar estos métodos secretos de propaganda que son tan viejos como las sociedades humanas... Claire sabía muy bien que toda semilla sembrada en el espíritu de Christian germinaba. Cogió a Laurent por su cuenta y la conversación fué un éxito.

—¡Ah, qué excelente idea! —dijo con satisfacción—. No quería hablar de ello con su marido, ¿sabe usted?, porque es intransigente en cuanto se trata de su obra; pero una comedia sin mujeres es difícil que el público la acepte... El mismo Shakespeare, en su *Julio César*... Corneille añadió el papel de Sabina al drama de los Horacios y Racine el de Aricia al mito de Fedra... Y además, madame, para ser sincero, no me gustaría montar una obra en la que no tomase parte Hélène... No... Es muy joven, siente mucho afecto por mí; pero le gusta brillar siente horror a la soledad. Si la abandonase todas las noches, saldría con otros hombres, y le confieso que esto me inquietaría... Pero si su marido puede escribir un papelito para ella, todo cambia... La obra estará en ensayo ocho días después.

Así nació el personaje de Myrrhine. Christian, al crearlo, pensaba, a la vez, en ciertas mujeres de Aristófanes, cónicas y espirituales, y en aquellas enamoradas de Marivaux que fueron el triunfo de Hélène en sus comienzos. El producto de esta mezcla paradójica fué, con gran sorpresa para el mismo autor, un personaje original y seductor. «¡Un papel de oro!», dijo Laurent. Hélène Messière fué invitada a cenar por Claire, para que Ménétrier pudiese leerle la nueva versión. Era una muchacha seductora, con sus grandes pestañas, menuda, con la hábil prudencia de una gata, poco habladora, y sin decir nunca nada desagradable. A Christian le gustó.

—Sí —dijo—; esta ingenua tan poco ingenua será una peligrosa y verosímil Quinta Columna.

—¿No te gustará *demasiado*, Christian?

—¡Oh, no! Además, ¿no está enamorada acaso de Laurent? Es no solamente su amante, sino su creador; él la ha formado. Sin él no sería nada.

—¿Crees, Christian, que la conciencia de esta deuda puede inspirarle mucha ternura? Yo, que soy misógina, esperaría más bien una especie de rencor inconsciente... Pero ¿qué nos importa? A la Messière le gusta el papel; todo va bien.

En efecto; todo fué bien durante ocho días. Después Laurent volvió a mostrarse taciturno.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó Christian.

—Esta vez no lo sé —dijo Claire—; pero lo sabré.

Laurent, en efecto, no se hizo de rogar para explicar la nueva dificultad.

—Pues verá usted; el papel es un encanto y Hélène se encuentra en los cielos. Sólo que..., ¿comprende usted?..., vivimos juntos y tomamos el mismo taxi para venir; lo contrario sería absurdo... Pero si Hélène no entra hasta el segundo acto, ¿qué quiere usted que haga en su camerino durante una hora?... O se aburrirá, cosa que no soporta nunca durante mucho tiempo, o provocará visiteos, y entonces, yo ya me conozco... Mi trabajo se resentirá... Sin contar mi corazón... Pero mi corazón no le interesa a Ménétrier, mientras mi trabajo...

—En una palabra —dijo Claire—, que quisiera usted que Myrrhine estuviese en escena el primer acto.

—No se le puede ocultar a usted nada, madame.

Cuando transmitió a su marido esta nueva petición, éste gritó desesperadamente.

—¡Jamás se ha obligado a un escritor a que trabaje de esta forma! Claire conocía el mecanismo intelectual de su esposo; era necesario, ante todo, tranquilizar su conciencia.

—¡Pero, Christian, todos los autores dramáticos han trabajado de esta forma! ... Sabes muy bien que Shakespeare tenía en cuenta el aspecto físico de sus intérpretes, y que Racine escribía para la Champmeslé. Es madame de Sevigné quien nos lo dice.

—Detestaba a Racine.

—Lo conocía muy bien.

Myrrhine tomó parte en el primer acto. Parece innecesario decir que el problema del taxi, importante para la llegada de la pareja al teatro, no lo fué menos cuando se trató de regresar a casa y que Myrrhine, en la versión definitiva, tuvo que aparecer también en el tercer acto. También entonces tuvo Claire que intervenir.

—¿Y por qué, Christian, no se convierte Myrrhine, después de la derrota, en madame virtuosa y patriota? Métela en las guerrillas. Haz de ella la amante de Demóstenes.

—¡Verdaderamente, Claire, si te escuchase, caería en los sentimentalismos de Hollywood... ¡No, basta ya, no añadiré una sola línea!

—¿Por qué quieres que sea banal e inverosímil que una mujer fácil sea

también patriota? Ha ocurrido muchas veces en la vida. La Castiglione conquistó a Napoleón III por su amor a la unidad italiana... no hay más que preparar la conversión de Myrrhine de una forma sutil e inesperada... Tú sabrás describirlo mejor que nadie... Naturalmente, la idea de hacer de ella la amante de Demóstenes era una broma.

—¿Por qué una broma?... Fíjate en ciertos hombres de la revolución francesa... Claire, completamente tranquilizada, acabó de apaciguar a Laurent, y el papel de Myrrhine, hinchado, enriquecido, se convirtió en uno de los más importantes de la obra. Llegó el día de la générale. Fué un triunfo. Todo París tuvo para la Messière los ojos de Laurent. El público, que compartía, sin expresarlas, las angustias políticas de Ménétrier, y que anhelaba, sin saberlo, un teatro nacional en el sentido en que lo había sido Los Persas de Esquilo, tributó una ovación al autor. Los técnicos ensalzaron la destreza con que un tema antiguo había sido transformado en un argumento moderno, sin caer ni por un momento en la parodia. El propio Fabert, duro siempre con sus cofrades, tuvo para Claire unas amables palabras en el escenario.

—Debe usted haberle metido un poco la mano a esta Myrrhine, ¿verdad, bella tenebrosa?... Porque, no hay que negarlo: es una mujer, una verdadera mujer... y su austero marido, abandonado a sí mismo, no la hubiera concebido jamás... Sea usted franca... Su Christian no entiende gran cosa en mujeres.

—Celebro que le guste a usted el personaje —dijo Claire—, pero no tengo nada que ver con él.

Al día siguiente, Robert Kemp, en su reseña, no habló más que de Myrrhine: «*A partir de ahora —decía— se dirá una Myrrhine como se decía una Agnès o una Celimene...*» Claire, que leía con una felicidad infinita por encima del hombro de su marido, no pudo evitar un murmullo...

—¡Y pensar que, sin la historia del taxi, Myrrhine no hubiera existido!... Todo lo demás pertenece a la historia literaria. Sabido es que Philippe ha sido traducido a todas las lenguas y ha servido como prototipo de un nuevo teatro francés. Lo que el público ignora, es que el año pasado, Hélène Messière, habiendo abandonado a Léon Laurent para casarse con un director de escena de Hollywood, Laurent propuso a Claire, que, desde su viudedad vela por los intereses de Ménétrier, suprimir el papel de Myrrhine.

—Al fin y al cabo —decía—, usted y yo sabemos que no era esencial para la obra; no figuraba en la primera versión; ¿por qué no volver a ella?... Esto daría al papel de Demóstenes una dureza ascética que me gustaba mucho más. También me dispensaría de buscar una nueva Myrrhine... Y, además de ahorrarnos una primera actriz, nos ahorraríamos su sueldo.

Pero Claire, con dulce obstinación, aguantó firme:

—¡Vamos, Laurent! Usted podrá formar una nueva Myrrhine sin dificultad alguna... Sabe usted hacer tan bien estas cosas... En cuanto a mí, no permitiré

que nadie toque la obra de mi marido... No hay que separar lo que Christian ha unido. Y Myrrhine, hija del genio y de la necesidad, prosiguió su triunfal existencia.

LUISA, LADY WHITNEY



Para Gertrude y John Stirling

NO HAGO JAMÁS EN INGLATERRA UNA ESTANCIA de cierta duración sin visitar a mis amigos Parker en su casa del Wiltshire. A un francés no le resulta fácil imaginar lo que es la vida feliz y cerrada de los condados rurales de Inglaterra. El Wiltshire, hermosa región de dunas, alfombra de hierba tendida sobre las suaves ondulaciones de las riberas gredosas, está sembrado de pequeñas quintas en las que viven oficiales retirados y diplomáticos en descanso. La vigilancia de una pequeña finca, la lectura, el caballo, el cuidado de la casa y del jardín y las visitas a los anticuarios de Bath bastan para ocupar a esos hombres sin ambición, que desdeñan la vida más llena y más loca. Quizá sea difícil creerme si afirmo —y sin embargo es verdad— que Parker y su mujer, con vivir a dos horas de Londres, no han ido a la capital ni una sola vez desde el armisticio.

¿Cuál es el fin, cuáles son las secretas dichas de esas existencias tranquilas? Debe buscarse la respuesta, creo yo, en los placeres de orden estético. Para los Parker las grandes alegrías del año las constituyen algunas piezas de cristal de Waterford (ese cristal algo tosco con reflejos azulinos) que puedan añadir a su colección, un artesonado bien restaurado, un cuadro que represente algún rincón de esa campiña tan querida por ellos. Se hacen visitas de casa a casa a fin de admirar un nuevo decorado del salón, un paseo replantado, un tapiz recompuesto. Es un placer enseñar el resultado de tantos esfuerzos a jueces severos, capaces de notar y apreciar la moldura de tres centímetros de espesor gracias a la cual tal ventana recién abierta será exactamente digna de las restantes. El visitante se siente, entonces, tan satisfecho del éxito como el mismo propietario. Y propaga la noticia por todo el Wiltshire: —Reggie ha terminado su biblioteca. Es perfecta... La señora Parker ha acabado su *needlework* para los nuevos sillones de la sala; la combinación de colores es excelente.

Confieso que encuentro placentero este candor y que después del tráfago del continente, la noble frivolidad de este país me ofrece siempre un descanso agradable.

Una mañana, durante el desayuno, oí a la señora Parker anunciar al coronel que Ted Grove vendría después de la comida.

—¿Dé veras? —dijo—. Me alegro... He ahí un hombre que le interesará —agregó, dirigiéndose a mí. Conozco bastante al coronel Parker para saber que la única manera de obtener de él un relato es no pidiéndoselo. Me guardé muy bien, pues, de interrogarle. A la hora de la comida, cuando me uní a mis huéspedes en la terraza, encontré con ellos a un anciano vigoroso, de ojos jóvenes y joviales, notable, como todo inglés viejo, por el contraste entre su tez curtida y la blancura nívea de sus cabellos. Le atribuí sesenta años y quedé sorprendido cuando luego supe por la señora Parker que contaba cerca de ochenta. Me lo presentó.

—Sir Eduardo Grove, nuestro vecino. Después reemprendieron animadamente la conversación iniciada antes de mi llegada, acerca de la manera cómo podaban el boj en tiempos de la reina Isabel.

La señora Parker pertenece a la especie numerosa y activa de las inglesas jardineras. Conoce los nombres de las flores en latín, sus costumbres, las tierras que necesitan. Nadie sabe combinar como ella un seto de plantas de tonos vivos que con su floración sucesiva asegurará a lo largo de un camino una cambiante continuidad de colores. Cuando entra en el jardín tiene el ojo profesional de un médico que observa a un paciente o del oficial que, penetrando en el local de su compañía, adivina al primer vistazo las faltas cometidas. En todo el Wiltshire se la considera una experta en rosas. Responde incluso a consultas por escrito y se pasa la mañana con un catálogo de semillas frente a ella, componiendo para sus amigos macizos y arriates personales, en los cuales, a su parecer, se expresarán los gustos y el carácter de los solicitantes. Se habló, pues, de peonías, de tulipanes, y, como me esforcé en poner interés en aquellas cosas, según creía mi deber, sir Eduardo dijo a media voz a la señora Parker:

—¿Cree usted que a su amigo le agradaría ver el jardín de lady Whitney? Había observado que los Parker le interrogaban sobre la salud de esa dama de un modo tal como se pregunta a un marido por su mujer, y, sabedor de la extraña complejidad de los nombres británicos, me pregunté si sería su madre, su hermana o alguna parienta. La señora Parker contestó inmediatamente, con oficiosidad, que nada podría serme más agradable.

—Muy bien —dijo Grove—. Entonces, si me lo permiten, partiré en seguida y les precederé en algunos minutos, porque la pobre lady Whitney es tan anciana que la menor sorpresa constituye para ella un trastorno. Le acompañamos a través de los prados hasta una puertecilla que se abría sobre un

campo de golf, y bajo el sol, destocado, el anciano partió con paso largo hacia una vasta mansión visible en medio de los árboles, a mil quinientos metros aproximadamente de la casa de los Parker.

—Es preciso —dijo la señora Parker mientras regresábamos lentamente a la terraza—, es preciso que le explique quién es lady Whitney...

—Es una larga historia —indicó el coronel.

—Cuando lleguemos a lo del Sudán me ayudarás, Jack —dijo la dama—. Pero, para empezar —agregó, volviéndose hacia mí—, debe usted saber que lady Whitney ha cumplido este año sus noventa. ¿Puede imaginar a una mujer que nació cuando la coronación de la reina Victoria?... Luisa Cooper era hija de un hidalgo campesino, la más joven de tres hermanas famosas por su belleza... Por su madre tenía algo de sangre escocesa... Algunos encontraban de una belleza más regular a su hermana Diana, que luego fué duquesa de Surrey, y es cierto que Luisa Cooper poseía una nariz ligeramente aguileña, pero sus claros ojos azules, la frescura de su tez, la perfección de su talle, la dignidad natural de sus movimientos, la hicieron célebre entre todas las mujeres de su generación tan pronto como apareció en la Corte.

»Londres se asombró y hasta creo que se apenó cuando, a los diecinueve años, se casó con lord Whitney, viudo y cincuentón. Este matrimonio fué exigido por el padre de Luisa, hombre duro, deslumbrado por una alianza con los Whitney, que, gracias a su inmensa fortuna y a la antigüedad de su familia, reinaban sobre este condado. Muchas de sus amigas (mi madre me lo contó a menudo) pensaron entonces que lady Whitney buscaría quienes la consolasen. Se engañaron y, sin embargo, no ha habido mujer más pretendida. En la Corte de la reina Victoria, que la trataba con esa solicitud activa y maternal que demostraba, a la par, a sus parientes, a sus criados y a los Estados de su Imperio, lady Whitney ocupaba un lugar único. En Compiègne, a donde el Emperador la invitaba todos los años, era conocida por “la hermosa inglesa”. En Viena, ciudad repleta entonces de bellezas ilustres, los transeúntes se detenían para admirarla.

»Lord Whitney, hombre extraño y despótico, la hacía vivir en el lujo y en la esclavitud. Exigíale estar siempre con él, incluso cuando se entregaba a deportes que a ella le desagradaban. Hasta en las chozas de caza de las Tierras Altas le rogaba que se presentase a la mesa, por la noche, con vestido de corte y cargada con las joyas admirables con que él se complacía en cubrirla. La colmaba de regalos. A ella le gustaba la pintura, y bastaba que admirase a un gran pintor para que su marido pusiera en movimiento a los tratantes del mundo entero. Dentro de poco verá en Whitney House sus admirables y primitivos italianos. En fin, salvo libertad, amor y trato con jóvenes, le daba cuanto una mujer puede desear.

»Lo asombroso es que ella no parecía sufrir ni por la edad, ni por los celos,

ni por las exigencias de su marido. Tenía sangre escocesa, según le he dicho. Acaso debía a esto sus escrúpulos religiosos y su protestantismo militante. Vivía, por obediencia a su marido, en lo que los ingleses llamaban entonces en francés *le beau monde*, pero no pertenecía en absoluto a ese mundo. No sé si sabe usted quién era el doctor Cumming.

—Ni idea, señora.

Era un clérigo, célebre en aquella época, que predicaba en Londres sobre el Apocalipsis, cuyas profecías pretendía interpretar, anunciando para el 1867 la Nueva Jerusalén... Lady Whitney seguía fielmente sus sermones, y se contaba que, así como otras mujeres invitan a sus amigos a encontrarlas en los palcos de la Opera, ella les pedía que compartiesen su banco en la pequeña capilla de Crown Court... ¿Recuerda en el Apocalipsis un pasaje sobre una mujer “brillante con la claridad de Dios”?... Cuando el doctor Cumming citó esta frase los oyentes, tal vez a su pesar, se volvieron hacia lady Whitney. Tendría unos treinta y cinco años cuando su marido tuvo un ataque de apoplejía y quedó imposibilitado. Una mujer tan hermosa, dueña ya de sus actos, fué perseguida por los hombres más notables de su época. Eso es fácil de imaginar. Ella los apartó suavemente, sin explicaciones de gazmoñerías, diciéndoles sólo que el estado de su marido le imponía más reserva que nunca y que se proponía consagrarse a la educación de sus hijos. Tenía cuatro, tres de ellos muchachos.

»Lady Whitney solamente recibía en su casa a algunos amigos en los cuales tenía toda la confianza. Uno era Disraeli, que iba a verla casi cotidianamente al salir del Parlamento y que le escribía, como a lady Bradford, cartas tiernas, extravagantes y melancólicas. Cuando lord Whitney murió, se creyó que ella no tardaría en volver a casarse. Nada de eso. ¿Pensaba que sus hijos serían menos felices si les daba un padrastro? ¿Vióse animada, en la aceptación de la viudez, por el ejemplo y los consejos de la reina? Imposible saberlo. En todo caso, rehusó los nombres más sonoros y los hombres más brillantes.

»Lady Whitney no iba lejos de los cuarenta cuando sus íntimos comenzaron a notar las asiduidades de un joven teniente, gran deportista, querido por todos porque era un fusil maravilloso y un jinete espléndido; se llamaba Ted Grove. Tenía quince años menos que ella, y cualquier otra mujer, en aquellos tiempos Victorianos, habría sido criticada por semejante elección, pero lady Whitney había adquirido con su conducta derecho a todas las audacias. Se creyó que su interés por el joven era puramente maternal. Una vez más la gente se engañó. La verdad es que aquellas dos personas se querían con pasión.

»Sí, Eduardo me ha contado a menudo cómo, al recibir del War Office la oferta de un puesto en el Sudán, lady Whitney le suplicó aceptase.

«¿Para qué quedarse? —le dijo—. No me casaré contigo porque mis hijos me reprocharían pronto haberles dado un padrastro de su edad... Tú mismo, dentro de unos años, lamentarías haber atado tu vida a la de una vieja... Que te

quiero, no puedo dudarlo, pero es precisamente porque te quiero por lo que deseo librarte de mí... Ese puesto es uno de los más brillantes que pueda obtener un oficial de tu graduación. No te perdonaría si lo rechazaras... Cuando vuelvas, sin duda habré perdido el último destello de esa falsa juventud que te ilusiona... Tú mismo habrás sido transformado por los peligros y por las responsabilidades... Entonces podremos volver a vernos impunemente... Pero debes partir en seguida.»

En ese punto el coronel Parker consultó el reloj e, interrumpiendo a su mujer, dijo riendo:

—Sí, hemos de partir... Teníamos que dar a Grove un cuarto de hora y se marchó hace ya veinte minutos... Vamos... Continuarás tu narración por el camino. Seguimos otra vez los senderos hasta el terreno de golf. Era un día entre semana y el campo estaba desierto. En el horizonte, Whitney House brillaba entre los grandes árboles cual un castillo de cuento de hadas. Mientras andábamos bajo un sol bastante vivo, la señora Parker continuó:

—Jack le explicaría mejor que yo cuál era la situación de las tropas inglesas en el Sudán, antes de la victoria de Kitchener, pero los detalles importan poco para nuestra historia... Lo que debe saberse, y usted ciertamente se acuerda de ello, es que toda la región al oeste del Nilo y más allá de Khartum ofrecía entonces serios peligros, se hallaba recorrida por agitadores fanáticos y era, además, mal conocida... Corría la época en que las grandes potencias europeas se disputaban los fragmentos de África como niños egoístas y ávidos. Las tierras del Sudán eran codiciadas, a la vez, por su país, por el nuestro y hasta por Bélgica, a la cual creo cedimos por tratado una provincia que, por otra parte, no nos pertenecía.

»Grove, con un puñado de hombres, fué encargado de ocupar un reino casi tan vasto como Escocia, misión tanto más difícil cuanto que sólo era semioficial. Gladstone gobernaba Inglaterra y Gladstone se sintió sinceramente hostil a la política imperialista. Pero un gobierno no es siempre homogéneo. Algunos ministros consideraban necesario evitar un avance francés que habría cortado las comunicaciones de Egipto con el África del Sur. (Y poco después, realmente, la misión de Marchand demostró el acierto de esos ministros.) Uno de tales disidentes había hecho confiar al joven Grove una misión voluntariamente mal definida, y acaso lady Whitney no fuese ajena a la elección del encargado de cumplirla, pues se la tenía por influyente, tanto por su amistad con la reina como por el número y calidad de sus admiradores en las dos Cámaras.» Las instrucciones de Grove fueron verbales y dadas personalmente por el ministro... Ya verá cómo este punto no carece de importancia...

Hemos de desviarnos algo a la derecha, Jack, para evitar el césped del séptimo hoyo... Transcurrieron dos años... Al comienzo, lady Whitney recibía

una tierna carta de Grove a la semana... Luego él se internó en tierras desconocidas y las cartas se hicieron raras...

»Un día el *Times* publicó una breve noticia de diez líneas, según la cual la columna del capitán Grove había sido víctima de una emboscada, cerca de Tawaisha, emboscada en la cual resultaron muertos cuatro soldados y el teniente Winkler, mientras los supervivientes, refugiados en el poblado de Fogo, que habían fortificado a toda prisa, se hallaban asediados por las bandas del rebelde Zobeir. Estas noticias habían sido llevadas a Khartum por un soldado disfrazado de indígena, y el cual, gracias a su conocimiento del árabe, pudo llegar a aquella ciudad. El mensaje de Grove anunciaba poseer víveres y municiones para dos meses, pero este mensaje tenía ya tres semanas... La situación de aquellos hombres parecía desesperada.

»A fin de comprender la continuación de la historia, debe recordar lo que le he dicho acerca del gobierno de Gladstone. El propio Gladstone, hostil a toda conquista, hablaba de los fanáticos sudaneses como si fueran pacíficos electores del partido liberal, pero a su lado había, ligados a él por el matiz político, mas en el fondo de su corazón enemigos de su doctrina, otros ministros más imperialistas que nunca lo fuera lord Beaconsfield.

»Jack dirá que hago mal criticando delante de un francés la política de mi país. Lo que quiero expresar no es una crítica... Al contrario, es un rasgo que admiro en ciertos de nuestros hombres de Estado, pero que, de todos modos, es un rasgo cruel... Helo aquí... Más de una vez, en el curso del siglo diecinueve, los gobiernos ingleses han lanzado a peligrosas aventuras a individuos sacrificados de antemano. Si el asunto salía bien, se les recompensaba y se anexionaban los territorios conquistados por su locura. Si salía mal y hacía gritar demasiado alto a Europa, les desautorizaban y abandonaban a su suerte... Esto puede parecer duro, repito, pero el bien del Imperio constituía entonces la Ley suprema. Y las demás naciones, la suya, también, estaban contra Inglaterra... Y es un honor que Inglaterra encontrará siempre hombres prontos a jugar a ese juego terrible.

»A los ojos del ministro que concibió la expedición... prefiero no nombrarle... el joven Grove era uno de esos peones avanzados, sin gran esperanza en el tablero africano... Tan pronto como el Jugador, al hablar ante el Gobierno de una expedición de socorro, vió que Gladstone se enfurecía y oyó caer sobre la mesa aquella mano vigorosa bajo la cual se derrumbaban los árboles de Hawarden y proclamar que no enviaría ni un solo pelotón contra honrados ciudadanos sudaneses que defendían la libertad de su país, supo que la partida estaba perdida y se resignó a abandonar al capitán Grove, sus tres suboficiales y algunos soldados.» Lo malo para el Jugador fué que una mujer había leído la noticia del Times, una mujer muy enterada de los secretos de Estado, que no ignoraba el horrible resultado de un cautiverio en manos de los

derviches y que estaba decidida a salvar de todo suplicio al capitán Grove...

No sé si puede usted imaginar hasta qué punto resultaba difícil y peligroso, para una dama tan conocida y tan irreprochable como lady Whitney, en plena mojigatería victoriana, el intervenir en favor de un hombre joven conocido por ser íntimo suyo.

»Entre ustedes, en Francia, es raro que un drama sentimental ponga fin bruscamente y sin remedio a la vida social de una persona. Aquí, incluso hoy, en estos días de postguerra en que se atreven a escribirlo todo y decirlo casi todo, no creo que un hombre de Estado gravemente comprometido en un proceso de divorcio pudiera continuar en el poder. Imagine, pues, cuál debía de ser la severidad de los Victorianos. Hubo jefes de partido como Dilke o Parnell, que no sobrevivieron socialmente a un escándalo. En cuanto a las mujeres, un escándalo las transformaba en muertas en vida... No creo, por otra parte, que la vida de los Victorianos fuera más moral. Pero sus actos eran más secretos y ¡ay de quien dejaba descubrirlos!...

»Le digo todo esto para hacerle comprender que lady Whitney al intervenir se arriesgaba a perderse a los ojos de la reina, de la Corte y de sus propios hijos. Mas, apenas conoció la decisión recaída, hizo pedir una entrevista al Jugador.

»La recibió. Nadie sabe lo que ocurrió ese día entre aquellos dos seres... El ministro, político de gran clase, frío, cortés... (pero le he dicho que no lo nombraría y por lo tanto no debo describirlo)... Lady Whitney, muy firme, mirando al hombre con sus ojos azules, que sabían ser duros. Grove cuenta que se habló de la razón de Estado, de cierta conversación sostenida en Whitney House, de la cual existía un acta, de una soberana que deseaba ver su nombre respetado hasta más allá de los veinte grados de latitud norte, del poderoso director de un periódico, hombre muy afecto a lady Whitney, y, por fin, de un documento que sería hecho público si no salvaban la expedición... Sin duda cada uno de los interlocutores midió la fuerza del otro. El ministro, orador consumado, debió pintar el escándalo público y sus consecuencias. La mujer debió ponerse rígida, para no dejarle ninguna esperanza y hacerle comprender claramente su decisión de ir hasta el final.

—Debe añadirse, para ser completo —interrumpió el coronel Parker— que el ministro, en el fondo de su corazón, no era hostil, pues él mismo, el día antes, intentó obtener la expedición de socorro y no cedió sino ante la oposición del Gobierno. Sin duda al escucharla pesaba el valor de aquella nueva aliada y se preguntaba si sería bastante poderosa para doblegar un gobierno.

—En fin —prosiguió la señora Parker—, fuese cual fuese el tema exacto, esta conversación pareció bastante interesante al Jugador para ir, apenas marchó su visitante, a ver al Primer Ministro y amenazarle con una ruidosa dimisión si no se daban órdenes inmediatas a El Cairo de socorrer a Grove. Era uno de esos

momentos en los cuales el equilibrio de los partidos es inestable y una sola dimisión puede hacer necesarias elecciones en circunstancias muy desfavorables... Me reprocharía a mí misma insinuar que la política de un gobierno pueda obedecer a móviles tan vilmente utilitarios... Sin embargo, unos días después partían de Khartum varias lanchas bien armadas, lo cual, entre otras consecuencias, trajo la liberación de Grove, el furor del Mahdi y, tal vez, más tarde, la muerte de Gordon.

»Grove regresó a Londres hecho un héroe. El Gran Jugador, que era asimismo un jugador limpio, le hizo dar la medalla de la Orden de Servicios Distinguidos, condecoración extraordinaria para un capitán de treinta años. La sociedad buscó, entre las muchachas presentadas aquella temporada, cuál tomara el nombre del valeroso oficial. Las chicas le asediaban. El *War Office* y el Gobierno de la India se lo disputaron... Fué... Pero hele ahí... Mírale, Jack, ha abierto la puertecilla del vergel...

—Entonces termina pronto... Quiero saber el final de la historia... ¿Se casó, en efecto, con una de las muchachas presentadas aquella temporada? ¿Permaneció fiel a lady Whitney?

—Le es fiel desde hace cuarenta y cinco años, aunque ella no ha querido casarse con él.

Iba a hacerle otra pregunta, mas sir Eduardo Grove estaba demasiado cerca de nosotros.

—¡Por fin! —dijo—. Han andado ustedes más despacio que yo... ¿Es que la pierna de Parker vuelve a dolerle?... Lady Whitney les espera en el parque... Ya verá —prosiguió hablando hacia mí—, ya verá qué hermosa es. Admiré el entusiasmo juvenil de su voz. Tenía el aire tímido y encantado de un adolescente que presenta a su novia a unos amigos. La señora Parker me miró sonriente. Traspusimos la puertecilla y, después de haber atravesado lentamente el vergel, recorrimos una admirable avenida de tilos. A la mitad encontramos a una anciana dama muy erguida, fina y grácil, con uno de esos anchos sombreros de paja que se veían en los cuadros de Winterhalter.

Apoyábase en un bastón muy bajo. Su vestido negro estaba sembrado de florecillas blancas. Andaba lentamente, pero con un aire de autoridad y nobleza que la habrían hecho notar entre todas. Su voz era clara. Al decirle que yo era francés, me habló del emperador Napoleón III, de Galliffet, muy amigo suyo, y luego de Guillermo II. —Era— me dijo —un chiquillo insoportable... ¡Cómo fastidiaba al pobre rey Eduardo!

—¿Conoció usted mucho al rey Eduardo? —pregunté.

—¿Si le conocí mucho? —repitió con sorpresa—. Le conocí desde siempre... Le enseñé a bailar... Era muy aplicado... Contaba: uno, dos, tres... Uno, dos, tres... en voz alta.

Luego, aprovechando que el general Grove se alejó algo de nuestro grupo

para enseñar un árbol a la señora Parker, se inclinó un momento hacia mí.

—¿Ha hablado con Ted? —me dijo—. ¿Verdad que es inteligente?... ¡Ah! Hoy ya no hay hombres como él. Ella, a su vez, profirió esta frase con entusiasmo juvenil. Mirando con mayor osadía su rostro enmarcado de blanco, vi que su belleza no había muerto y que sus ojos azules, algo duros, fulguraban.

—Lady Whitney —dijo la señora Parker—, a mi parecer debería usted podar sus tilos.

EL ANGEL DE LA GUARDA



Para Marion y Pierre Claudel

CUANDO JUANA BERTAUT MURIÓ, a los treinta años, todos creímos que la carrera de Víctor Bertaut había llegado a su fin. Muchacho trabajador, imperioso y uno de los mejores oradores de su generación, Víctor, por muchos motivos, parecía hecho para triunfar en la vida política. Pero quienes, como yo, habían estado con él en el Instituto y en el cuartel, conocían demasiado bien sus defectos para pensar que tuviera madera de hombre de Estado. Hacerse elegir diputado, asombrar a la Cámara por su desparpajo, de eso sí le creíamos ciertamente capaz. Pero no podíamos imaginarle dirigiendo un ministerio, colaborando con sus colegas, haciéndose respetar por el país. Sus errores no eran menos brillantes que sus éxitos. Le gustaban demasiado las mujeres y tenía en su poder de seducción una confianza tan ingenua, que no dudaba jamás de los sentimientos que les inspiraba. En un debate, siempre seguro de poseer la razón, mostrábase incapaz de tomar en cuenta el argumento y las probabilidades del adversario.

Sufría, además, accesos de cólera, en el curso de los cuales la violencia de sus frases ultrapasaba la de sus ideas, y esto le enemistó más de una vez con hombres que le eran necesarios.

Por todas estas razones le creí, a pesar de su maravillosa inteligencia, destinado al fracaso, hasta el día en que, con gran sorpresa mía, se casó con Juana. ¿Cómo la conoció? Nunca lo he sabido. Lo asombroso no es que la encontrase, sino que supiera apreciarla. En verdad, debió de ser ella quien, mucho antes que él, comprendió cuánto podía aportarle; y la fuerza que representaría su unión. Entonces se: dedicó primero a conquistarlo, luego a asegurárselo, y en ambas tareas triunfó. Era tan diferente de él como cabía; tan serena como él brutal, tan moderada como él fanático, tan indulgente como él severo, tan reservada como él hablador. Mucho menos hermosa que otras

mujeres amadas por Víctor, poseía un encanto innegable, nacido de su frescor, de su aire de salud rústica, de la rectitud de su mirada y del júbilo de su sonrisa. Era prodigiosamente francesa.

Conocí antaño a un norteamericano deseoso de casarse con una francesa por amor a la Enriqueta de *Las mujeres sabias*. Hubiera debido casarse con Juana Bertaut, encarnación exacta de la Enriqueta de Molière, con su sana y fresca sensualidad, su simplicidad, su fuerza.

Confieso que nunca hubiera supuesto a Víctor capaz de descubrir tantas virtudes, y sobre todo capaz de encariñarse con ellas de modo duradero y apasionado. Pero yo erré, pues nunca ha habido pareja más constantemente unida. Tan pronto Juana hubo atado a su gran hombre y luego de casarse con él, no se separaron ya. Trabajaba con él, iba todos los días a la Cámara, le seguía a su circunscripción y muy hábilmente, sin que pudiera considerarse herido, le aconsejaba. Viéndola vivir y obrar, comprendí por qué las mujeres francesas se han esforzado tan poco en obtener el voto. De hecho, Juana Bertaut disponía de un escaño en el Parlamento, y empecé a pensar que pronto entraría en el Gobierno, bajo el nombre de su marido.

La situación de Bertaut dentro de su partido cambió, en efecto, a causa de su matrimonio. Los viejos poderosos, los personajes consulares, ya no decían: «¿Bertaut?... Muy inteligente, muy buen orador, pero una cabeza llena de pájaros...» Ahora, al oír el nombre de Víctor, meneaban la cabeza con aprobación: «¿Bertaut?... Sí... Algo joven, pero una de nuestras esperanzas... Está ya maduro para una subsecretaría de Estado...». Lo notable es que este resultado fué obtenido sin perder la simpatía del ala izquierda del partido, más agresiva. De vez en cuando un impulso de cólera hacía brotar de los labios de Bertaut alguna injusta y peligrosa invectiva contra un amigo, mas Juana intervenía para obtener unas frases de excusa, una mano tendida, y todo se arreglaba.

En cuanto a las aventuras amorosas, los propios salones de París no sabían hallar trazas de ellas en la vida de Bertaut, o por lo menos no estaba enamorado, sino de una mujer, la suya, enamorado como un colegial, y no se sonrojaba al confesarlo.

Estos eran los éxitos y la dicha tronchados por la muerte de Juana Bertaut.

Recuerdo que al regresar del cementerio de Montmartre con Bertrand Schmitt, el novelista, uno de los mejores amigos de la pareja, le dije:

—¡Pobre Víctor!... Su desesperación resulta más patética todavía que la de cualquier otro... De ordinario está tan seguro de sí mismo, tan naturalmente triunfante y activo, que verle deshecho de este modo, llorando, sorprende y conmueve.

—Sí —repuso Bertrand—. Ella lo había reconstruido de pies a cabeza... Lo defendía contra sí mismo... Sin ella, volverá a su primera naturaleza, no muy

apacible que digamos... Me lo imagino cayendo en el desenfreno. El Recurso del Abismo... Isabel y yo le hemos ofrecido venir a ocultarse en el campo, en nuestro Périgord, pero se halla aún en ese periodo en que uno se niega a dejar la casa donde se ha sido feliz... Es menester esperar.

Me abstuve, durante unos meses, de turbar el dolor de Bertaut y me limité a escribirle que, cuando deseara volver a ver a los amigos, estaría a su disposición. Su secretaria me contestó con unas frases corteses y vagas. En octubre reapareció en el Palais-Bourbon. Fué acogido con la natural simpatía por su luto, mas pronto sus colegas le encontraron tan difícil de tratar como en el pasado. Más difícil todavía, pues a sus cóleras se mezclaba ahora una glacial acritud que era en él nueva y penosa. Por mi parte no tenía queja alguna; me trataba con una amistad brusca nada desagradable. Cenábamos juntos una o dos veces al mes. Pero no hablaba nunca de su mujer y fingía en las cuestiones sentimentales un cinismo que me parecía ser una reacción de defensa contra la emoción.

Hacia finales de diciembre cayó el gobierno como sucedía entonces tres o cuatro veces al año, y la prensa anunció que Briand, encargado de formar el siguiente, había ofrecido el Ministerio de Comunicaciones a Víctor Bertaut, diputado por el departamento del Drôme. Poco después fué publicada la lista oficial: Bertaut figuraba en ella, y acudí a felicitarle. Lo encontré en uno de sus días negros.

—¡Oh! ¡Por favor! Nada de felicitaciones —me dijo—. ¡Si supieras lo que eso es!... No he asistido sino a dos reuniones del Consejo y probablemente dimitiré... Me he peleado violentamente con la Hacienda y con Obras Públicas... Además, ese Ministerio de Comunicaciones es una casa de locos... Todo el mundo manda excepto el ministro... El sindicato de correos es todopoderoso... No, verdaderamente, no vale la pena felicitar me. Durante varios días, al abrir el periódico por la mañana, esperaba encontrar la dimisión de Bertaut. No apareció. La semana siguiente, encontré a Bertrand Schmitt a la puerta de mi casa. De camino, hablamos, como es natural, de nuestro amigo.

—¿Te has enterado —requirió Bertrand Schmitt— de su curiosa aventura?

—¿Te refieres a su cartera?

—No precisamente a eso. Me refiero a la carta.

—¿Qué carta?... No sé nada de ninguna carta.

—Sería un tema espléndido para un cuento —dijo Schmitt con esa glotonería del novelista que olfatea un tema—. No sé si te han dicho que Bertaut, apenas llegado al poder, hizo de las suyas, rompió algunos cristales y se puso insoportable con sus colegas.

—Sí —afirmé—. Él mismo me lo confesó.

—Briand es indulgente y buen hombre, pero de todos modos su paciencia tiene un límite... Después de una escena en pleno Consejo de Ministros, en la

cual Bertaut rebasó la medida e insultó al pobre Chéron, el Presidente iba a pedirle a nuestro amigo la dimisión cuando se produjo un efecto teatral... Con gran sorpresa de todos, Víctor, nuestro intransigente Víctor, se presentó espontáneamente en el Ministerio de Hacienda, para presentar sus excusas a Chéron, y en su visita se mostró tan amable, tan arrepentido y tan franco, que el propio Chéron fué a defender su causa delante de Briand... De manera que todo quedó arreglado y Víctor sigue en Comunicaciones.

—¿Y cómo explicas esa mudanza? —preguntó—. No resulta nada de acuerdo con el carácter de Bertaut.

—No es ningún mérito explicarlo —dijo Schmitt—. Víctor mismo me dió la llave del misterio... Es ahí donde empieza la aventura... Al día siguiente de su pelotera con Chéron, cuando iba a salir de su casa, su secretario le entregó una carta que llevaba la mención de *Personal* y acababa de llegar. Sorprendido, emocionado, luego atemorizado, creyó reconocer la escritura de Juana. Rasgó el sobre. La carta era de su mujer, de eso no cabía dudar. Me ha leído algunos fragmentos: Naturalmente, no los sé de memoria, pero forma parte de mi oficio de novelista el reconstruir esta clase de documentos... En resumen, Juana escribía: Te inquietarás, querido, al recibir una carta mía. Tranquilízate, no es una carta de ultratumba y este mensaje no tiene nada de infernal.

Antes de salir para la clínica, sintiéndome muy débil y sin saber si la operación tendría éxito, he pensado sobre todo en ti, como es natural. He intentado imaginar lo que sería de ti si yo no saliera viva de esa prueba... Te conozco bien, querido, mejor de lo que te conoces tú mismo, y tengo miedo de ti, por ti... Disto de valer tanto como tú, querido, pero a tu lado te servía de freno. Un freno es muy útil en un coche de carreras. ¿Acaso no voy a faltarte? No puedo evitar el creerlo, el esperarlo... Entonces me he dicho que nada me vedaba seguir a tu lado en espíritu y te he escrito esta carta. La confiaré a un amigo discreto y le pediré que no te la envíe sino en el caso de que ciertos acontecimientos, que preveo, sucedan realmente algún día.

En esta ocasión, y si no me he equivocado, encontrarás aquí las cosas que te hubiera dicho de poder estar presente...

Puesto que hoy la carta se halla entre tus manos, eso prueba que mis profecías han sido exactas. Tiéndete a mi lado, querido, coge mi mano, pon la cabeza sobre mi hombro y escucha como solías escuchar...

—¿Inventas o citas, Bertrand?

—Hago lo posible por citar, y si las palabras tal vez no son las mismas, la idea es exactamente la de Juana Bertaut.

—¿Estás seguro que tú no eres el amigo discreto?

—¡No digas eso, por favor! —exclamó vivamente Schmitt—. En suma, Juana había previsto para su marido tanto los honores como los tropiezos. Le aconsejaba generosidad, moderación, franqueza.

—De ahí la visita a Chéron, ¿no?

—En efecto, de ahí viene la visita de excusas, que ha sido para la pobre Juana un éxito póstumo.

—¡Qué historia, Bertrand! Espero que la escribirás.

—Tal vez un día... Ahora no tengo derecho a hacerlo.

Cuando vi a Bertaut, la semana siguiente, me confirmó el relato de Bertrand Schmitt. Aquel ángel de la guarda, rozándole con su ala, le había conmovido profundamente y me pareció que el duro cinismo demostrado de un año a aquella parte tendía a disiparse. No me equivoqué. Muchos de sus colegas me confirmaron el feliz efecto producido en nuestro amigo por el mensaje de la muerta.

Todo marchó bien para Bertaut durante unos meses. Ponía orden en la administración de Comunicaciones. Francia entera le alababa. Su estrella subía. Luego cayó el gobierno Briand, según era de esperar, y Bertaut partió de vacaciones a Marruecos, so pretexto de un viaje de estudios. Allí se enamoró de esa extraña figura, Dora Bergmann, exploradora y poetisa, que viajaba entre las tribus del Atlas disfrazada de guerrero árabe y de la cual entonces se hablaba mucho. Todos estábamos prontos a alegrarnos de que nuestro amigo fuera capaz de volver a amar, de olvidar su pena y acaso de casarse otra vez. Nunca deseamos para aquel hombre joven una imposible fidelidad a una sombra. Sin embargo, su elección nos inquietó. Dora Bergmann era hermosa, a su extraña manera; tenía talento (sus versos se parecían a los de Madame de Noailles, si se sustituyen por paisajes africanos los de la Isla de Francia); pero su pasado, su reputación, no inspiraban confianza alguna. Había tenido múltiples relaciones y, detalle sospechoso, siempre con oficiales y altos funcionarios coloniales; algunos la creían agente del extranjero. Tal vez fuese falso, pues no poseo sobre esto ninguna información seria; pero, en todo caso, nada más a propósito para destruir las posibilidades y el prestigio de un político que una intimidad con aquella aventurera.

Cuando Bertaut regresó a París, trayendo consigo a Dora Bergmann, algunos de nosotros intentamos hacerle ver claro. No nos forjamos ilusiones sobre el efecto de nuestros consejos. Esta regla, desgraciadamente, no tiene excepciones: quien pone en guardia a un amigo contra la mujer que ama, pierde el amigo sin perjudicar a la mujer. Víctor acogió nuestras objeciones con furor y apartó de su vida sucesivamente a Bertrand Schmitt, a mí y a varios más. En los círculos parlamentarios comenzaba a hablarse de sus relaciones con Dora, y no precisamente de modo favorable.

—No queda sino una esperanza —le dije una noche a Bertrand—. Que Juana previera este suceso como previó el otro y que un día Bertaut reciba un aviso firmado por ella —Únicamente ella conserva bastante autoridad sobre Víctor para abrirle los ojos.

—Estoy convencido —aseguró Bertrand— de que el aviso llegará.

—Te estás sonriendo... Tú sabes algo.

—Te aseguro que no... Pero confío en las intuiciones de Juana y me parece natural...

—Sin embargo, no vas a creer que previo incluso la existencia de esa Bergmann.

—No claro está... Pero sin mucho esfuerzo pudo adivinar que Víctor, siendo como es y estando solo, resultaría fácil presa de una mujer de cierto tipo poco recomendable, que se apoderara de él halagando su orgullo. Pudo, pues, dejar escrita una carta, destinada a ser enviada en un caso como éste.

—¿Dejársela a quién?

—¿A quién confió la primera? A un amigo, sin duda, capaz de calibrar la urgencia de la intervención y de lanzar el ataque en el momento más oportuno.

—¡Novelista! —comenté—. ¡Cómo inventas novelas! Los hechos demostraron pronto que el novelista había acertado. No supimos en seguida que Víctor acababa de recibir una carta de Juana. Pero una espléndida mañana le vimos con gozo partir bruscamente para su circunscripción. No había avisado a nadie ni dejado ninguna explicación. Fué a enterrarse en su casita campesina próxima a Montélimar. Dora Bergmann le persiguió; él se negó a verla. Ella obstinóse, armó un escándalo, fracasó y renunció. Los periódicos anunciaron un nuevo viaje suyo por Río de Oro. Víctor estaba salvado. Cuando regresó a París, llamé a su puerta. Me recibió bien.

—Sí —me dijo riendo—, sí, imbécil, tenías razón, por una vez, por azar...

—¿Y cómo sabes ahora que tenía razón, si hace tres meses me insultaste al avisarte del peligro?

Entonces me explicó la historia de la segunda carta de ultratumba. La encontró una mañana entre el resto de su correo. Juana le aconsejaba, si alguna imprudente aventura amorosa le ponía en verdadero peligro, que se alejase el mismo día de recibir aquel aviso. «Te conozco, querido —decía—. Si te quedas, si vuelves a ver a esa mujer, entrarán en juego el puntillo, el deseo, el orgullo. A distancia, tu inteligencia, que es infalible, volverá a dominar la situación. Súbitamente verás a plena luz lo que, de cerca, se te ocultaba... No vaciles, no reflexiones. Dobla ahora mismo esta carta, pónela en el bolsillo, haz la maleta, coge el volante antes de una hora, sin ver a nadie, y parte para el Drôme...» Víctor había obedecido.

—¡Tenía tanta confianza en el buen sentido de mi mujer! —me dijo.

Me agradó el tono sumiso de esta confesión.

«¿Se verá siempre así, toda su vida, protegido por esa muerta?», pensé. ¿Toda su vida? No. Pero dos años después, cuando vacilaba antes de volverse a casar, Bertaut recibió una tercera carta que aprobaba el proyecto y le decidió. ¿Dejó otras cartas Juana? ¿O la primera mujer, en esta curiosa prefiguración de

la vida de su marido, había abdicado de antemano frente a la segunda? Nunca lo sabremos. Bertrand Schmitt cuenta que en 1936, cuando Bertaut, ministro, se halló en presencia de un doloroso caso de conciencia, aguardó con esperanza un consejo de su ángel de la guarda. Bertrand le encontró, a él, el ateo, como en oración delante de un retrato de Juana. Esta vez no llegó el mensaje de ultratumba.

Bertaut tomó por su cuenta la decisión y se equivocó. Fué el final de su carrera política.

Pero en su retiro campesino, ocupándose de su pequeña heredad familiar, con su segunda mujer, que todos los años le da un hijo, no parece desgraciado.

Y acaso fuera esta felicidad, en suma, la que le deseara su consejera póstuma.

¡BUENAS NOCHES, QUERIDA!



A François Mauriac

¿ADÓNDE VAS, ANTONIO? —PREGUNTÓ FRANCISCA QUESNAY a su marido.

—Hasta Correos, a certificar esta carta y a pasear un rato a *Mowgli*... Ya no llueve; por el lado de Menton comienza a desencapotarse el cielo. El tiempo se arreglará.

—No vuelvas demasiado tarde. He invitado a cenar a Sabina Lambert-Leclerc y a su marido... Sí, leí en *L'Eclaireur* que estaban en Niza por unos días... He escrito a Sabina.

—¿Por qué lo has hecho? La política de su marido me horripila y ella...

—No refunfuñes, Antonio... No irás a decirme que Sabina te desagrada, ¿eh? Cuando te conocí, casi estaba prometida contigo.

—Precisamente —dijo Antonio—. No creo que me haya perdonado nunca el haberla dejado... Además, no la he visto desde hace quince años. Debe de ser una matrona madura... No hay nada tan triste como ver convertidas en abuelas a las mujeres que uno ha conocido y amado de muchachas.

—Sabina no es abuela —dijo Francisca— ¡Tiene exactamente mi edad... Y, en todo caso, las lamentaciones son inútiles... Sabina y su marido estarán aquí a las ocho.

—Habrías podido consultarme —masculló él.

—¡Buen paseo! —acabó ella alegremente, y salió a toda prisa de la estancia. Antonio se sintió frustrado en su discusión. Su mujer siempre seguía la misma táctica de esquivar las disputas. Paseando por las avenidas del Cabo, entre pinos oblicuos y ampulosos, meditó.

«Francisca se vuelve insoportable —pensó—. Sabía muy bien que yo no deseaba ver a esa pareja... Cada vez recurre más a la táctica del hecho consumado... ¿Y por qué invita a Sabina Lambert-Leclerc? Porque, a solas conmigo y los niños, se aburre. Pero ¿quién quiso venir a vivir aquí? ¿Quién me

forzó a dejar Pont-de-l'Eure, mis negocios, mi familia, y, joven aún, a retirarme en contra de mis deseos?...»

Cuando empezaba a pasar revista a sus agravios, era cosa para largo rato.

Antonio había amado a su mujer con pasión; todavía la amaba sensualmente y, cabía decirse, estéticamente. En la cuarentena, ¡seguía siendo tan hermosa! Podía contemplar sin cansarse durante toda una velada aquella nariz fina, aquellos ojos claros y burlones, aquel rostro de rasgos puros. Pero, a veces, ¡cómo le irritaba! Algunas manías que antes, adorara le irritaban ahora cual estridentes disonancias. Para elegir muebles, flores, vestidos, Francisca tenía un gusto exquisito. Pero carecía de tacto con los seres humanos. Antonio experimentaba sentimientos penosos cuando Francisca hería a uno de sus amigos. Se sentía, a la par, responsable e impotente. Le dirigió por largo tiempo reproches que ella soportaba mal y de los cuales no hacía caso, segura de verse perdonada a la noche, cuando él la deseara. Luego la aceptó tal cual era. Después de veinte años de matrimonio sabía que no cambiaría.

—¡*Mowgli*! Ven acá...

Entró en Correos. De regreso, su meditación acerca de Francisca se hizo más sombría. ¿Le era, siquiera, fiel? Él así lo creía, pero no podía dudar que muchas veces se mostró excesivamente coqueta y hasta imprudente. ¿Habría sido más feliz con Sabina Lambert-Leclerc? Vió en imaginación aquel jardín de Pont-de-l'Eure en el cual Sabina le recibía, adolescente aún. Toda la ciudad les consideraba prometidos y ellos mismos, sin habérselo dicho nunca, estaban convencidos de que la boda se celebraría. «Tenía un temperamento de fuego», pensó, recordando cómo se apretaba contra él en los bailes.

Era la primera muchacha con la cual se sintió audaz, sin duda porque la adivinaba complaciente. La deseó muchísimo. Luego apareció Francisca y, de súbito, las demás chicas dejaron de existir para él... Hoy se hallaba atado a Francisca. Veinte años de vida común. Tres hijos. La carrera estaba terminada.

Cuando volvió a encontrarla en el salón, tan fresca con el vestido de muselina con flores de colores vivos, olvidó su rencor. Su hija, Lina, entonces en los dieciocho, era encantadora, pero no más que su madre. Sin el mechón de cabellos blancos que Francisca, nadie sabía por qué, se negaba a dejarse teñir, apenas se las habría distinguido una de otra. Y, no obstante, fué Francisca quien le obligó a abandonar Pont-de-l'Eure y la fábrica, algunos años antes de la crisis de 1929. Si sopesaba equitativamente todas las cosas, más bien le había traído suerte.

—¿Cenarán con nosotros Lina y Bacot? —preguntó.

Lo deseaba, pues prefería la conversación de sus hijos a la de los forasteros.

—No —repuso ella—. He pensado que sería más delicado cenar nosotros

cuatro solos... Arréglate la corbata, Antonio.

Delicado. Otra palabra detestable.

«No, no será *delicado*», se dijo volviendo a hacerse el nudo de la corbata delante del espejo.

Sabina sería aguda; Francisca, coqueta con Lambert-Leclerc; el ministro autoritario y dogmático; el, silencioso y sombrío.

¡Delicado!

Se oyó el paso del coche, cuyas ruedas, al frenar, patinaron sobre la arena. Los Quesnay adoptaron un aire negligentemente activo. Un minuto después entró la pareja. Sabina tenía el cabello negro, algo crespo, los hombros llenos, los ojos hermosos. Lambert-Leclerc se había vuelto muy calvo; tres cabellos obstruían la superficie de su cráneo como los obstáculos una pista; parecía de mal humor. A él, sin duda, también le habían impuesto aquella cena.

—¡Buenas noches, querida! —dijo Francisca besando a Sabina—. Buenas noches, señor ministro.

—¡Ah, no querida! —atajó Sabina—. No vas a «ministrear» a mi marido, ¿eh!... Me llamas Sabina... Bien puedes llamarle Alfredo... Buenas noches, Antonio.

La noche era tan tibia y límpida que Francisca hizo servir el café en la terraza. La conversación, durante la cena, no había sido fácil. Las mujeres se aburrieron. Antonio, obstinado, descontento de sí mismo, discutió imprudentemente con Lambert-Leclerc, el cual, mejor informado, se apuntaba todos los tantos.

—Es usted optimista porque está en el poder —decía Antonio—. Pero la situación de Francia es trágica...

—¡Qué va, querido amigo, ni mucho menos...! Los asuntos de dinero jamás son trágicos... Los presupuestos de Francia hace seis siglos que están con déficit y es conveniente que así sea... Sin eso, ¿adónde iríamos a parar? Imagine una fortuna colocada a interés compuesto desde la época de Richelieu...

—El presupuesto de Inglaterra está en equilibrio gruñó Antonio. —Incluso ofrece superávit, y los ingleses, que yo sepa, no van peor por ello.

—Querido amigo —replicaba Lambert-Leclerc—, nunca he comprendido esa manía de los franceses en comparar países que no tienen ni la misma historia, ni las mismas costumbres, ni las mismas necesidades... Si Francia deseara realmente un presupuesto nivelado, mañana se lo daríamos... Pero no lo quiere. O, si prefiere esta fórmula, no lo desea con bastante fuerza para desear asimismo los medios de lograrlo... Preparar un presupuesto no es una cuestión política... Dígame con qué mayoría quiere gobernar y yo le diré qué presupuesto puede hacer... Los negociados del Ministerio de Hacienda están

prontos a hacerle un presupuesto socialista, un presupuesto radical, un presupuesto reaccionario... ¡Basta con hablar!... Todo eso es mucho más sencillo de lo que sospechan los profanos.

—¿Tan sencillo, de veras?... ¿Se atrevería a decirles estas cosas a sus electores? —preguntó Antonio brutalmente. Francisca sabía reconocer por signos imperceptibles, por un súbito endurecimiento de los ojos, la marca de las cóleras de su marido. Intervino:

—Antonio —dijo—, deberías bajar con Sabina hasta el claustro, para enseñarle la vista.

—Vamos los cuatro —sugirió Antonio.

—No, no —dijo Sabina—; Francisca tiene razón... Es preciso separar las parejas... Resulta mucho más divertido.

Se puso en pie. Antonio tuvo que imitarla y seguirla, no sin dirigir a Francisca una mirada furiosa que ella no quiso ver.

—¡Lo que me temía! —pensó—. Heme aquí a solas por media hora con esta mujer... ¿La aprovechará para pedirme una explicación esperada durante veinte años?... ¿Sería divertido!... ¿Y Francisca? ¿Desea que ese ministro sesentón la corteje?

—¿De qué es ese aroma divino? —preguntó Sabina Lambert-Leclerc.

—Sencillamente, de los naranjos. La pérgola bajo la cual estábamos sentados está cubierta de naranjos, limoneros, glicinas y rosales... Pero nuestros rosales se vuelven silvestres... Será preciso injertarlos... Sigue por ese sendero que desciende...

—¿Y tú, en tu soledad, no te vuelves también salvaje?

—¿Yo? Siempre lo he sido... ¿Ves algo en esta oscuridad? A los dos lados de esa fuente de porcelana hay macizos de cinerarios... El tema de todo el jardín es la oposición de las flores oscuras, violetas o azules, con las notas vivas del amarillo... Por lo menos tal era la idea de Francisca... Aquí, en este declive, quiso crear una especie de brezal; retama, lentisco, asdofelo.

—Me alegra volverte a ver a solas, Antonio... Quiero mucho a tu mujer; pero, de todos modos, antes de conocerla, tú y yo fuimos grandes amigos... ¿Lo recuerdas todavía?

Prudentemente, Antonio retrasó el paso para no hallarse demasiado cerca de ella.

—Claro está, Sabina... ¿Cómo no iba a recordarlo?... No, pasa adelante... Cruza el puentecillo... He ahí el claustro... ¿Esas flores entre las losas? Son pensamientos, simplemente. —¿Recuerdas aquel baile en el Círculo... mi primer baile? Me llevaste a casa, en el coche de tu abuelo... Mis padres estaban ya acostados; entramos juntos en el saloncito, y tú, sin decir una palabra, me ceñiste y nos pusimos a bailar de nuevo, gravemente.

—¿No te besé algo aquella noche?

—¡Algo! Nos besamos durante una hora. Resultaba delicioso. Tú eras mi héroe.

—¡Cómo debí desilusionarte!

—Al principio de la guerra, al contrario, me deslumbraste... Eras maravilloso... Sabía de memoria tu hoja de servicios. Todavía la sé... podría decírtela... Luego, cuando te hirieron y cuando durante tu convalecencia te prometiste con Francisca Pascal-Bouchet, entonces, sí, francamente, quedé desilusionada... ¿Qué quieres? Te admiraba tanto... Cuando vi que te casabas con aquella muchacha que yo conocía tan bien, que había sido mi camarada de clase en Saint-Jean, que era hechicera, pero algo bobalicona (te pido perdón, Antonio), quedé sorprendida, apenada... Y no yo sola: la ciudad entera...

—Pero ¿por qué?... Francisca y yo éramos del mismo mundo, y perfectamente adecuados el uno para el otro... Mira, Sabina, esa muralla sembrada de luces es el peñón de Mónaco... No te inclines demasiado: la terraza cae a pico sobre el mar... ¡Cuidado, Sabina!

Con un movimiento involuntario la cogió por el talle. Con sorprendente rapidez, ella se volvió y le plantó un beso en los labios.

—¡Ya está, Antonio!... Lo deseaba demasiado... Es muy difícil mantener a distancia de un rostro ya familiar... ¿Te acuerdas de nuestros besos en el tenis? ... ¡Oh, ya veo que te choco! Sigues siendo muy Quesnay... Estoy segura de que has sido un marido fiel.

—Prodigiosamente fiel... Inmaculado...

—¿Durante veinte años? ¡Pobre Antonio!... ¿Y eres feliz?

—Muy feliz.

—Entonces tanto mejor, mi querido Antonio... Lo curioso es que tienes el *aspecto* feliz.

—¿En qué lo ves?

—No lo sé... Hay algo en ti de impaciente, de irritable, de ocio... Tú eras un Quesnay de Pont-de-l'Eure, es decir, un ser activo, un jefe... Y vives aquí, lejos de tu oficio, de tus amigos... Ya comprendo que lo has sacrificado todo a los gustos de tu mujer... Pero sin duda lo lamentas.

—Tal vez al principio sufrí con esta separación de lo mío... Mas aquí encontré otros medios de ocuparme. Siempre me ha gustado mucho la historia... Trabajo... He publicado incluso algunos libros, no sin cierto éxito.

—*¡Cierto éxito!* Han tenido mucho éxito, Antonio, y son notables... Sobre todo tu Luis XI...

—¿Lo has leído?

—¡Que si los he leído! ¡Diez veces!... Primero porque yo también adoro la historia... Luego, porque te buscaba en esos libros. Me quedé con una gran curiosidad por ti, Antonio... Y te considero un excelente escritor... No, no exagero. Es más, durante la cena me ha chocado mucho, lo confieso, el silencio

de Francisca sobre este aspecto de tu vida... Dos o tres veces mi marido ha intentado hablarte de tus libros; todas ellas, Francisca ha desviado la conversación... Parece que debería estar orgullosa...

—¡Oh! No hay motivo para el orgullo. Y Francisca no se interesa en absoluto por esa clase de cosas. Más bien lee novelas... Sobre todo, es artista a su manera: por sus vestidos, por el arreglo de su jardín... Piensa que ella ha sido quien ha ordenado aquí, la distribución de la más ínfima mata... Desde que la crisis ha alcanzado a Pont-de-l'Eure, nuestros ingresos han disminuido. Francisca lo hace todo ella misma.

—*¡Francisca lo hace todo! ¡Francisca tiene mucho gusto!* Lo divertido es que él lo cree... Eres demasiado modesto, Antonio... Conocí a Francisca de chica... Tenía mucho menos gusto que hoy, o más bien tenía ese gusto excesivo de los Pascal-Bouchet por las chucherías, los adornos, lo chillón... Tú la has formado, le has enseñado la belleza de las líneas sencillas, del orden... Y, sobre todo, tú le diste los medios de vivir en ese pie... El vestido que lleva esta noche es bonito, perfectamente escogido, pero no olvides, querido amigo, que es un vestido de Schiaparelli... Así resulta muy fácil tener gusto.

—Te equivocas, Sabina... Lo ha hecho Francisca con ayuda de su doncella.

—¡Eso sí que no! Querido Antonio, esas cosas no se las cuentas a una mujer... Hay una técnica en el sesgo, una perfección en los pliegues... Y, por otra parte, Schiaparelli se reserva la exclusiva de sus estampados; esa mezcla de puntos de oro y de pervincas no existe sino en su casa... Poco importa, por otra parte.

—Importa, desgraciadamente, mucho más de lo que puedes creer... Te he dicho que no tenemos los mismos ingresos que antes... Distamos mucho de ello... Pont-de-l'Eure no me rinde nada y Bernard asegura que eso puede continuar muchos años... Mis libros se venden bastante bien... Escribo algunos artículos... De todos modos, la pobre Francisca no tiene posibilidad de vestirse en las grandes casas.

—Entonces es prodigioso, mi querido Antonio... Increíble, pero prodigioso... He de inclinarme... Además, yo siempre he sentido, también, una especie de debilidad por Francisca... Y nunca he comprendido por qué la gente no la quiere.

—¿De veras la gente no la quiere?

—La detestan... ¿No lo sabías?... Me ha sorprendido encontrar en Niza las mismas opiniones acerca de ella que en Pont-de-l'Eure.

—¿Qué le reprochan?

—¡Oh! Siempre lo mismo... Ser egoísta... coqueta con los hombres, algo pérfida con las mujeres. Muy disimulada... Y la falta de tacto, además... Yo siempre la he defendido. Ya cuando estábamos juntas en el pensionado, decía yo: «Francisca Pascal-Bouchet vale mucho más de lo que parece. Es su tono

fingido y su voz desagradable lo que la hacen antipática».

—¿Encuentras desagradable su voz?

—¡Antonio!... Es verdad... al cabo de veinte años ya no debes oírla... Además, no es culpa suya: no se lo reprocho... No, lo que me cuesta trabajo perdonarle es tener un marido como tú y...

—¿Y qué?

—No, nada...

—No tienes derecho a comenzar una frase que parece llena de doble sentido y luego cortarla, Sabina... Tus informadoras dicen también que Francisca ha tenido amantes, ¿no?

—¿Hablas en serio, Antonio?

—Con una seriedad terrible, te lo aseguro.

—De sobra conoces que esas cosas se dicen de toda mujer bonita... Pero ¿quién sabe? Puede haber humo sin fuego... Francisca es imprudente... Ese viaje con Montel, que tanto asombró, fué acaso perfectamente inofensivo.

—¿Qué viaje?

—Su viaje a Sevilla, la primavera pasada... No irás a decirme que lo ignorabas...

—Sabía que Francisca estuvo en España.

—Le criticaron que se llevara a su hija... Yo, en cambio, dije: «Al contrario, es la prueba de su buena fe». Pero ya sabes cómo son las mujeres... ¡Cuando pienso que en Pont-de-l'Eure llegaron incluso a acusarla de ser la amante de tu hermano!

—¿De Bernard?

—Sí, de Bernard.

—Eso es estúpido... Bernard es la lealtad personificada.

—Eso es lo que no he cesado de repetirles... Francisca ignora qué defensora tiene en mí... ¿Qué es esa masa que brilla al claro de luna?

—Campanillas.

—Delicioso. Son los lirios de los campos de Evangelio, ¿verdad?

—No, creo que no... ¿Quieres que vayamos a reunimos con los demás?

—¿Qué prisa tienes, Antonio!... Me quedaría muy a gusto toda la noche contigo en este jardín.

—Tengo frío.

—Dame la mano... Es verdad... está helada... ¿Quieres la mitad de mi manto? ¡Y decir que estuvimos a punto de vivir así, uno junto al otro!... ¿No lo has lamentado nunca, Antonio?

—¿Qué quieres que te conteste, Sabina?... ¿Y tú? ¿Eres feliz?

—Muy feliz... como tú, pobre Antonio, es decir, con un fondo de desesperación... Sigo el camino que sube, ¿no?... Puedo ser franca contigo... Durante mucho tiempo deseé morirme... Ahora ya va mejor... Me voy

serenando... Tú también.

—¡Qué perspicaz, Sabina! La primera mujer que, en veinte años, ha parecido adivinar lo que era mi hogar.

—No olvides que te amé antaño... Eso da mucha lucidez... Ayúdame, ¿quieres? Este camino es muy inclinado... Dime, Antonio, ¿cuándo descubriste lo que era Francisca?... ¿Cuándo la viste tal cual es?... Porque al casarte estabas loco por ella.

—Me temo que en este momento hay un equívoco entre nosotros, Sabina...

Quisiera hacerte comprender... Siento, todavía hoy, mucho afecto por Francisca... Es más, la palabra afecto es ridícula y débil: amo a Francisca... Pero, como tú dices, los dos primeros años de nuestro matrimonio fueron años de verdadera adoración y, por lo menos entonces, de un amor que tenía motivos para creer mutuo.

—¡Eso...!

—¿Qué eso? No, Sabina. Vas demasiado lejos... No me privarás de mis recuerdos... Francisca me dió en aquella época pruebas de amor ante las cuales el hombre más ciego no puede equivocarse... Vivíamos el uno para el otro... No éramos felices sino en la soledad... ¿No me crees?... Vamos, Sabina, sé lo que me digo: yo estaba presente... y tú no.

—Tanto como tú, pobre amigo mío... Conozco a tu mujer desde la infancia.

Su hermana Elena y ella han sido educadas conmigo... Todavía veo a Francisca en el patio del colegio Saint-Jean con una raqueta de tenis en la mano, diciéndonos a Elena y a mí: «Es preciso que me case con el mayor de los Quesnay y lo he de lograr».

—No es posible, Sabina. La familia Pascal-Bouchet y la mía estuvieron siempre reñidas. Francisca no me conocía... Nos encontramos por azar en 1917, durante mi permiso de convalecencia.

—¿Por azar?... Eso debiste creer, en efecto... Pero aún me parece escuchar a Elena explicándome la situación... La verdad es que, al estallar la guerra, su padre, el señor Pascal-Bouchet, estaba arruinado... Era un juerguista y un coleccionador... dos placeres carísimos... Sus hijas le llamaban el Bajá, y era digno del mote en más de un concepto... La restauración del castillo de Fleuré dejó exhausta su fortuna... «Hijas mías —les dijo a Elena y a Francisca—, sólo hay dos partidos en esta región que puedan salvarnos: el de los Thianges y el de los Quesnay». Las muchachas triunfaron por partida doble.

—¿Quién te ha contado esta historia?

—Ya te lo he dicho: las dos hermanas en persona.

—¿Y no me avisaste?

—No podía denunciar a una amiga... Además, no quería echar a perder a Francisca su única posibilidad. Porque nadie, en el Louviers ni en Pont-del'Eure, salvo un Don Quijote ingenuo como tú, se habría casado con

Francisca... A las familias normandas no les agradan las quiebras.

—Pero el señor Pascal-Bouchet no ha hecho nunca quiebra.

—Cierto... mas, ¿por qué?... Durante la guerra el Gobierno lo sostuvo gracias a su otro yerno, Mauricio de Thianges, que era diputado... Después de la guerra, sabes mejor que nadie que tu abuelo acabó ayudándole... Eso es lo que él había esperado... ¡Ah, otra vez ese aroma divino! Debemos hallarnos ya cerca de la terraza... Espera un momento, Antonio, estoy sin aliento.

—Claro, has hablado subiendo ese camino en cuesta.

—Toca mi corazón, Antonio... Late hasta dolerme... Toma... pásate mi pañuelo por los labios... Las mujeres son terribles, descubren al momento una huella de carmín... No, tu pañuelo no... Se vería... Si fueras un marido menos ejemplar ya sabrías esto tiempo ha... Y sacúdete algo el hombro izquierdo, tal vez he dejado en él un poco de polvos... Bien... Ya estamos en situación de reaparecer a la luz.

Algunos instantes después, los visitantes partieron y las dos mujeres despidiéronse tiernamente.

LA VIDA DE LOS HOMBRES



A William Beebe

Fragmentos de una Historia Universal publicada por la Universidad de Tombuctu en 1922

CAPITULO CXVIII

1954. —Graves incidentes terrestres.

1959. —Publicación uranisna de La Vida de los Hombres.

1982. —Primera edición terrestre.

Desde que, hacia finales de 1970, se establecieron relaciones amistosas entre la Tierra y la mayoría de los grandes planetas, los sabios de la Tierra desearon comparar sus hipótesis y sus doctrinas con las de sus colegas de los demás mundos. Esta comparación resultó a menudo difícil porque, como se sabe, los eminentes físicos de Venus, de Júpiter y de Marte no perciben ni la luz ni el sonido y viven en un mundo de radiaciones que hasta entonces habíamos ignorado. Pero la teoría de los equivalentes sensoriales hizo rápidos progresos, y hoy, en 1922, puede decirse que somos capaces de traducir en lenguaje terrestre todos los idiomas del sistema solar, salvo, sin embargo, el de Saturno. Uno de los descubrimientos más interesantes de nuestra época ha sido el de las obras escritas sobre nosotros, habitantes de la tierra, por los sabios de los planetas extranjeros. Los hombres distaban mucho de imaginar que desde millones de años eran observados, con ayuda de instrumentos mucho más potentes que los suyos, por los naturalistas de Marte, de Venus e incluso de Urano.

La ciencia terrestre se hallaba muy retrasada respecto a la de los astros vecinos, y como nuestros órganos no eran sensibles a las radiaciones utilizadas por los observadores, no nos resultaba posible saber que en los momentos más secretos de nuestra vida, nos encontrábamos, a veces, en el campo de un ultramicroscopio celeste.

Cualquier erudito puede consultar actualmente esos trabajos en la Biblioteca de la Sociedad Planetaria; constituyen una lectura aconsejable para los jóvenes deseosos de consagrarse a las ciencias, ante todo por su interés, que es grande, y también por los sentimientos de humildad que no pueden dejar de despistar. Cuando se constatan los increíbles errores de interpretación cometidos por seres tan inteligentes y tan maravillosamente pertrechados para la investigación, no se puede por menos de revisar alguna de nuestras interpretaciones humanas y de preguntar si no hemos observado los animales y las plantas como nos observaban los marcianos. Un caso, sobre todo, nos ha parecido digno de ser estudiado con suma atención: el de ese sabio uraniano, A. E. 17, que en 1959 publicó *La Vida de los Hombres*¹. Su libro constituía autoridad, hasta la guerra, entre los habitantes de Urano, de Venus y de Marte, que lo habían traducido.

Nos es fácilmente accesible, puesto que los uranianos son los únicos, entre nuestros coplanetarios, que están dotados como nosotros del sentido de la vista, lo cual hace su vocabulario muy parecido al nuestro. Además, los experimentos realizados eran de tal índole que trastornaron la Tierra durante seis meses, de modo que podemos hallar su relato terrestre en los periódicos y en las Memorias de la época.

Nos proponemos: 1.º, describir brevemente algunos de los hechos constatados en nuestro planeta el año 1954; 2.º, explicar cómo el ilustre A. E. 17 había interpretado sus experimentos.

LA PRIMAVERA MISTERIOSA

Desde el mes de marzo de 1954, en todo el hemisferio boreal muchos observadores señalaron que el estado de la atmósfera era sorprendente. Aunque el tiempo podía denominarse bueno y fresco, en zonas muy limitadas estallaban bruscamente tempestades de gran violencia. Muchos capitanes de barco y pilotos de aviación escribieron a la oficina Central de Meteorología que sus brújulas habían oscilado durante varios segundos sin ningún motivo concebible. En muchos lugares se vio pasar por el suelo, con cielo claro, como la sombra de una enorme nube, pero esta nube permanecía invisible. Los periódicos publicaron entrevistas con famosos meteorólogos; éstos explicaban que habían previsto el fenómeno, el cual se debía a las manchas del sol, y cesaría con las mareas equinocciales. Pero llegó el equinoccio y trajo sucesos todavía más extraños.

INCIDENTES LLAMADOS DE LA COLINA DE HYDE PARK

El tercer domingo de abril de 1954, cuando el público, mujeres y hombres, se apresuraba por el paseo que conduce al Marble Arch, apretujándose alrededor de los predicadores al aire libre, vieron pasar de súbito la sombra de un obstáculo invisible, misteriosamente interpuesto entre la Tierra y el Sol. 1 1959 es la fecha de la edición uraniana; primera edición terrestre: 1982. Unos momentos después, a partir de la verja y hasta tres o cuatrocientas yardas en el interior del Parque, el suelo fué bruscamente levantado, los árboles arrancados, los paseantes derribados, enterrados, y los que se hallaban en los linderos de la zona afectada vieron con estupefacción que se había abierto un embudo por lo menos de cien yardas de profundidad, cuya tierra había sido arrojada fuera del hoyo para formar una colina de igual altura.

«Ocurrió —dijo el día siguiente un guardia delante del juez— como si un gigante hubiera clavado la pala en el Parque. Sí, tenía todo el aspecto de una paletada, pues uno de los bordes del embudo era recto y liso, mientras que, al contrario, el lado de la colina estaba formado por bloques de tierra de los cuales salían cabezas y cuerpos destrozados.» Más de trescientos paseantes habían sido enterrados en vida. Los que sólo se hallaban cubiertos por una leve capa de tierra se desprendieron de ella con grandes esfuerzos. Algunos, enloquecidos de súbito, descendieron corriendo la ladera recién formada de la colina, lanzando horribles gritos. En la cima de ese montículo se irguió un predicador del Ejército de Salvación, el capitán R. W. Ward, el cual, con asombrosa presencia de ánimo, se puso a gritar, al tiempo que se sacudía la arena que llenaba sus cabellos y sus ropas: «¡Ya os lo decía, hermanos míos! Como habéis hecho sacrificios ante los falsos dioses, el Señor se ha enojado con su pueblo y ahora su mano cae sobre vosotros...»

Este inexplicable suceso se parecía tanto, en efecto, a ciertos castigos divinos descritos por la Biblia, que muchos escépticos presentes se convirtieron en seguida e iniciaron una vida de prácticas religiosas continuada hasta hoy. La aventura permitió apreciar las virtudes del cuerpo de policía de Londres. Tres guardias figuraban entre las víctimas, pero una docena, que acudieron al

momento, dedicáronse con mucho valor al desescombro. Se telefoneó inmediatamente a las Horse Guards y a los bomberos. El inspector de Policía, Clarkwell, tomó el mando de las fuerzas de socorro y en menos de cuatro horas Hyde Park recuperó su aspecto normal. Desgraciadamente, se contaban doscientas víctimas. Los sabios dieron de este suceso las explicaciones más variadas. La hipótesis de un terremoto, única razonable si no se quería recurrir a lo sobrenatural, no parecía verosímil; los sismógrafos no habían registrado ninguna oscilación. El público se dió por satisfecho al saber que se trataba de un temblor de tierra de naturaleza especial, al cual los sismógrafos dieron el nombre de «seísmo vertical montiforme».

LA CASA DE LA AVENIDA DE VÍCTOR HUGO

El accidente de Hyde Park fué seguido por otros muchos de la misma índole, que atrajeron menos la atención del público, debido a la falta de víctimas. En distintos lugares de nuestro planeta se formaron con la misma rapidez aquellas extrañas colinas bordeando un precipicio de paredes a pico. En ciertos lugares esas colinas todavía existen; citaré en particular la de los llanos de Ayen en el Périgord, la de Rasznov en Valaquia, y la de Itapura en el Brasil. Pero la azada misteriosa, que parecía caer sólo en terrenos desnudos, iba ahora a dejarse sentir contra las construcciones humanas. Sobre el mediodía del 24 de abril un ruido extraño, comparado por cientos de testigos al de una hoja silbante, y por otros al de un chorro de vapor muy fino y muy potente, asombró a los transeúntes del barrio de París delimitado por el Arco de Triunfo, Avenida de La Grande Armée, Avenida Marceau y Avenida Henri Martin.

Los que se hallaban frente al inmueble número 66 de la Avenida Víctor Hugo vieron aparecer en este edificio una enorme hendidura oblicua; la casa sufrió dos o tres sacudidas y de repente el piso superior, en el cual se hallaban las habitaciones de la servidumbre, pareció aplastarse como bajo el efecto de una presión enorme. Los inquilinos, enloquecidos, aparecieron en balcones y ventanas. Afortunadamente, aunque la casa se hallara literalmente partida en dos, no se derrumbó. Los servicios de socorro hallaron a mitad de la escalera la fisura producida por el paso de la invisible herramienta. Hacía exactamente el efecto de que una hoja metálica hubiera atravesado la madera de los peldaños, las alfombras, el hierro de las vigas, siguiendo un trayecto rectilíneo. A su paso todo se hallaba cortado de un solo golpe: muebles, alfombras, libros, cuadros. Por milagro no hubo heridos. Las habitaciones de la servidumbre, únicas destruidas, estaban vacías porque era la hora de comer. Una joven, acostada en el tercer piso, vió su cama cortada oblicuamente: el golpe pasó por su lado. No experimentó dolor alguno, pero sintió una especie de descarga parecida a la producida por una débil pila eléctrica.

Esta vez, también fueron múltiples las explicaciones que se dieron del hecho. De nuevo se pronunció la palabra seísmo. Algunos periódicos nos

acusaron al propietario y al arquitecto de la casa de haberla construido con malos materiales. Un diputado comunista hizo una interpelación a este efecto. El Gobierno prometió tomar medidas a fin de evitar la repetición de semejantes accidentes y pidió un voto de confianza, que fué concedido por aclamación.

LOS TRANSPORTADOS

Lo mismo que el de la colina de Hyde Park, el accidente de la Avenida Víctor Hugo vióse seguido de muchos otros parejos, que no relataremos, pero que habrían debido hacer reconocer a un espíritu observador, según ahora nos parece, la presencia de una voluntad oculta y la realización de un objetivo concreto. En muchos países, numerosos edificios, pequeños y grandes, fueron seccionados por una fuerza invisible. Varias casas de campo, una en Massachusetts, otra en Dinamarca, otra en España, fueron levantadas en vilo y cayeron luego al suelo, aplastándose juntamente con sus ocupantes. En Nueva York, uno de los *buildings* de la Avenida Madison resultó partido en dos. En esos accidentes encontraron la muerte una cincuentena de hombres y mujeres, pero como ocurrían en países muy diferentes, como cada caso aislado hacía pocas víctimas y nadie podía ofrecer una explicación inteligible, se habló de ellos lo menos posible.

No ocurrió lo mismo con la serie de aventuras que siguieron y que mantuvieron el planeta entero en un estado de agitación extraordinaria durante los meses de mayo y junio de 1954. La primera víctima fué una negrita de Hartford (Connecticut). Salía esta negrita de casa de sus patronos cuando un cartero, único testigo del accidente, la vió elevarse repentinamente en el aire, lanzando espantosos gritos. Subió un centenar de metros de altura, desde donde cayó y se estrelló contra el suelo. El cartero afirmó no haber visto encima de la muchacha ningún aparato aéreo.

El segundo «transportado» fué un aduanero de Calais, al cual también se le vió elevarse verticalmente y luego alejarse a gran altura en dirección a la costa inglesa. Minutos después le hallaron en los acantilados de Dover, muerto, mas sin ninguna herida visible. Diríase que había sido depositado suavemente en el suelo; aparecía cárdeno como un ahorcado.

Luego comenzó la época llamada de los «transportes con éxito». El primer «transportado» que llegó vivo al término de su viaje fué un anciano vagabundo, asido por la mano invisible cuando estaba mendigando en la puerta de Nuestra Señora de París y depositado diez minutos después en el centro de Piccadilly

Circus, a los pies de un estupefacto policía. No había padecido y tenía la impresión de haber viajado dentro de una cabina cerrada en la cual no penetraba la luz ni el viento. Los testigos de su partida observaron que, apenas levantado por encima del suelo, se hizo invisible.

Durante varias semanas continuaron los «transportes». Desde que se les supo sin peligro se los encontraba bastante cómicos. La elección de la mano invisible parecía guiada por la mayor fantasía. Ora era una chiquilla de Denver (Colorado) que amanecía en la llanura rusa; ora un dentista de Zaragoza que se encontraba en Estocolmo. El «transporte» que dió más que hablar fué el del venerable presidente del Senado francés, señor Marc Lefaut, raptado en los jardines de Luxemburgo y devuelto a orillas del lago Ontario. Lo aprovechó para hacer un viaje al Canadá, fué recibido en triunfo, a su regreso, en la estación de Bosque de Boulogne y es probable que esta involuntaria publicidad contribuyera mucho a asegurar su elección para la Presidencia de la República en 1956.

Se observó que todos los «transportados» aparecían, después del viaje, embadurnados con un líquido rojizo que manchaba sus ropas; no se pudo descubrir por qué. Constituía el único inconveniente de esas aventuras, por lo demás inofensivas. A los dos meses, aproximadamente, cesaron para dejar sitio a una nueva serie, todavía más extraña, que se inició con el episodio denominado de «las dos parejas».

AVENTURAS DE LAS DOS PAREJAS

La primera de las dos famosas parejas era francesa y residía a las puertas de París, en una casita de Neuilly. El marido, Jaime Martin, era profesor en el Instituto Pasteur, universitario, deportivo, erudito y autor de una notable tesis sobre la vida de Paul Morand. Tenía cuatro hijos. El 3 de julio, sobre la medianoche, la señora Martin acababa de dormirse cuando oyó ese silbido de vapor que se escapa, ya descrito. Luego experimentó una ligera sacudida y tuvo la impresión de elevarse por el aire a gran velocidad. Abrió los ojos y vió con estupor que la pálida luz de la luna penetraba en el cuarto, uno de cuyos muros había desaparecido por entero, que ella se hallaba en un lecho partido y que a su izquierda, allí donde segundos antes se encontraba tendido su esposo, había ahora un precipicio sin fondo, sobre el cual brillaban las estrellas. Aterrorizada, se lanzó hacia el lado aún sólido de la cama y se asomó (y tranquilizó a un tiempo), al constatar que éste no oscilaba, aunque sólo poseyera dos patas. La señora Martin sintió que ya no subía, sino que se desplazaba en línea recta, con suma rapidez, y luego, por un encogimiento del corazón parecido al que se experimenta en los ascensores demasiado veloces, adivinó que bajaba.

Imaginó que la caída terminaría en un aplastamiento, y ya había cerrado los ojos en espera del choque fatal, cuando la toma de contacto con el suelo se produjo con elástica suavidad. La señora Martin miró a su alrededor y no vió nada. La estancia estaba a oscuras. He aquí la continuación de su relato: «El abismo parecía haberse vuelto a cerrar. Llamé a mi marido. Creí haber padecido una pesadilla, estaba aún trastornada y quise contársela. Estiré el brazo, hallé uno de hombre y oí una voz desconocida y recia que decía en inglés:

»—¡Oh, *darling*, qué susto me has dado! «Pegué un salto hacia atrás y quise encender, pero ni encontré el conmutador.

»—¿Qué te ocurre? —dijo el desconocido.

»Dió la luz. Ambos a un tiempo, lanzamos un grito. Tenía frente a mí a un inglés joven, rubio, de nariz corta, algo miope y casi dormido todavía dentro de su pijama azul. En mitad de la cama había una hendidura: las sábanas, el

colchón y la almohada aparecían cortados en dos. Había una diferencia de nivel de cinco a diez centímetros entre las dos mitades de lecho.

»Apenas se hubo serenado, la actitud de mi compañero de cama en aquellas difíciles circunstancias me hizo concebir una gran estima por la raza británica. Tras un corto momento, muy perdonable, de estupefacción, se mostró tan correcto y natural como si hubiéramos estado en un salón. Yo hablaba el inglés y le dije mi nombre. Él se llamaba John Graham. Nos encontrábamos en Richmond. Mirando a mi entorno vi que la mitad de mi dormitorio me había seguido. Reconocí mi ventana, mis cortinas de color cereza, la gran fotografía de mi marido encima de la cómoda, la mesilla cargada de libros al lado de mi cama, mi reloj en lo alto del montón de volúmenes. La otra mitad, la del inglés, me era desconocida. En la mesita de noche vi el retrato de una mujer muy bonita y fotografías de niños, además de revistas y un paquete de cigarrillos. John Graham me observó largo rato, examinó el decorado en el cual yo aparecía y me dijo, por fin, con toda seriedad:

»—¿Qué hace usted aquí *mistress* Martin?

»Le expliqué que lo ignoraba y, tendiendo la mano hacia el gran retrato, le dije:

»—*This is my husband*. —Y, haciendo el mismo gesto, dijo él—: *This is my wife*.

»Era encantadora y se me ocurrió la idea inquietante de que acaso en aquel momento se hallaba en brazos de Jaime.

»—¿Cree usted —dije— que la mitad de su cama haya sido transportada a Francia al tiempo que la mitad de la mía venía para acá?

»—¿Por qué? —inquirió.

»Esto me irritó. ¿Por qué? No lo sabía... Porque en todo el asunto había una especie de simetría natural.

»—Es un caso raro —dijo moviendo la cabeza—. ¿Cómo es posible?

»—No es posible —repuse—. Es...

»En este momento oímos gemidos que parecían venir del piso de arriba y ambos tuvimos la misma idea.

»—¿Los pequeños?

»John Graham saltó de la cama, corrió descalzo hacia una puerta y la abrió.

Oí gritos, toses y luego la voz recia del inglés que mezclaba a los tiernos palabras de consuelo. Me apresuré a levantarme. Me miré al espejo. Tenía mi rostro acostumbrado Arreglé algo el peinado. Constaté que mi camisa de dormir era muy escotada y busqué el quimono con la mirada, pero recordé haberlo colgado en la mitad del cuarto que no me había seguido. Mientras permanecía delante del espejo, oí detrás mío una voz desolada.

»—¡Venga a ayudarme! —dijo John Graham en tono suplicante.

»En el cuarto de los niños redoblaban los gritar entremezclados con

llamadas y llantos.

»—De buena gana... Pero ¿dónde hay una bata de su mujer?... ¿Y zapatillas?

»—Sí, naturalmente.

»Me dió su propia bata y me guió hasta los pequeños. Estos eran soberbios, pero tenían la tos ferina. Sobre todo el más pequeño, un precioso bebé rubio, parecía sufrir de un modo especial. Le cogí la mano y él aceptó mi presencia.

»Pasamos dos horas en aquella estancia, ambos en un estado de mortal inquietud, pensando él en su mujer y yo en mi marido.

»Pregunté si no podíamos telefonar a la policía. Lo intentó y comprobó que el teléfono estaba cortado; igualmente cortada la antena de su radio. Tan

2 Éste es mi marido.

3 Ésta es mi mujer.

Pronto despuntó el alba, John Graham salió. Los niños se habían dormido. Minutos después volvió a buscarme, diciéndome que bajara con él, pues la fachada era realmente digna de ser vista. En efecto; el desconocido autor de aquel milagro había querido, evidentemente, elegir dos casas de la misma altura, divididas más o menos del mismo modo, y lo logró, pero nuestra vivienda de Neuilly era un pabellón de ladrillos muy sencillo, de ventanas altas rodeadas por un borde de piedra, y la casa inglesa era una pequeña quinta negra y blanca, con anchas *bowwindows*. La yuxtaposición de esas dos mitades tan distintas formaban el conjunto más grotesco que pueda imaginarse. Diríase un Arlequín de Picasso.

»Insté a mister Graham a que se vistiera y fuese a telegrafiar a Francia, para saber el paradero de su mujer. Me contestó que el telégrafo no se abría hasta las ocho. Era un ser flemático y que no parecía concebir que en un caso tan particular pudieran infringirse los reglamentos y despertar al telegrafista. Por más que le sacudí con energía, no logré sacarle otra cosa sino:

»—*It only opens at eight.*

»Por fin, hacia las siete y media, cuando iba a salir, vimos llegar a un policía a caballo. Miró la casa con asombro. Traía un telegrama del Prefecto de Policía de París preguntando si yo estaba allí y anunciando que mistress Graham se hallaba sana y salva en Neuilly.»

Es inútil seguir citando in extenso este texto clásico. Basta saber que la señora Graham había cuidado a los niños de la señora Martin con tanto afecto como ésta a los de aquella, que las dos parejas declaráronse encantadas de la cortesía de sus compañeros de aventura y que hasta su muerte las dos familias permanecieron estrechamente unidas.

La señora Martin vivía aún, hace diez años, en Chambourcy (Seine-et-Oise), en la casa de su familia.

Las dimensiones fijadas a este capítulo en el plan general del presente

volumen no nos permiten contar las demás aventuras análogas que asombraron a los hombres durante todo el mes de agosto de 1954. La serie de las «casas partidas» es más larga aún que la de los «transportados». Un centenar de parejas fueron cambiadas de aquel modo, y esos cambios se convirtieron en el tema favorito de novelistas y cineastas. Contenían un elemento sensual y fantástico muy del gusto del público. Por lo demás, resultaba divertido ver (como ocurrió realmente) a una reina despertar en la cama de un guardia y a una bailarina rusa en la del Presidente de los Estados Unidos. Luego la serie se detuvo en seco y dejó sitio a otra. Al parecer, los seres misteriosos que se divertían perturbando la vida de los hombres eran antojadizos y se hastiaban pronto de sus juegos.

Sólo abre a las ocho.

EL ENJAULAMIENTO

A comienzos de septiembre, la mano cuya potencia ya conocía la Tierra entera cayó sobre algunos de los mejores cerebros del globo. Una docena de hombres, casi todos físicos o químicos de gran valía, se vieron en un mismo momento arrancados del conjunto de los países civilizados y trasladados a un calvero del bosque de Fontainebleau. Un grupo de jóvenes que acudían los domingos al bosque para escalar sus peñascales percibieron a unos viejos vagabundos tristemente entre los árboles y las piedras. Suponiéndoles extraviados, quisieron ir en su ayuda, pero se vieron sorprendidos, al acercarse, por una repentina resistencia, transparente pero infranqueable. Intentaron contornear el obstáculo, pero después de dar la vuelta al calvero hubieron de reconocer que éste estaba rodeado de una muralla invisible. Algunos de aquellos jóvenes conocían a uno de los sabios, maestro suyo; lo llamaron, mas él no pareció oírles. Los sonidos no atravesaban aquella barrera.

Los ilustres personajes se hallaban como fieras en la jaula. Pronto sacaron partido de la situación. Tendiéronse al sol, aprestaron papeles y se pusieron a garabatear ecuaciones y a discutir alegremente. Uno de los jóvenes espectadores fué a avisar a las autoridades y hacia el mediodía llegaron innumerables curiosos. Los sabios parecían ahora inquietos, se arrastraban penosamente (pues todos eran muy ancianos) hasta el límite del círculo y, viendo que sus voces no alcanzaban a ser oídas, hacían signos indicando su deseo de recibir comida.

Entre los espectadores había varios oficiales. Uno de ellos ofreció abastecer a los desgraciados por medio de un avión, y la idea pareció excelente. Dos horas más tarde se oyó el roncar de un motor y el aviador, planeando con suma habilidad por encima del calvero, dejó caer en el centro mismo de éste unos paquetes con víveres. Desgraciadamente, a veinte metros del suelo, los paquetes se detuvieron, rebotaron y por fin quedaron suspendidos en el aire. La jaula tenía un tejado formado por las mismas radiaciones invisibles. Al acercarse la noche, los ancianos empezaron a desesperarse. Indicaron con signos su hambre y su temor al frío de la madrugada. Los espectadores,

consternados, no podían hacer nada. ¿Iban a presenciar la muerte de un grupo tan notable de grandes inteligencias?

El día siguiente al amanecer se creyó que nada había cambiado; pero observando con mayor atención, vióse un decorado completamente nuevo en el centro de la jaula. La mano invisible había organizado la escena. Los paquetes arrojados por el aviador colgaban ahora, del extremo de un cable, a unos cinco metros del suelo y a escasa distancia de este cable había otro que llegaba hasta el suelo. A cualquier hombre joven le hubiera sido fácil, con algo de esfuerzo trepar por el cable y alcanzar los paquetes que representaban la salvación. Infortunadamente, no cabía esperar que alguno de los venerables sabios —el más joven de ellos septuagenario— pudiera entregarse a esa difícil gimnasia. Daban vueltas alrededor del cable, calibraban su solidez, mas ninguno se arriesgó.

Así transcurrió un día entero. Vino la oscuridad. Poco a poco los curiosos se dispersaron. Alrededor de la medianoche un joven estudiante tuvo la ocurrencia de comprobar si la barrera de radiaciones continuaba allí. Con gran asombro suyo, no encontró nada, siguió avanzando y lanzó un grito de triunfo. Las potencias despiadadas que se habían burlado de los hombres durante dos días consentían en perdonar la vida a sus víctimas. Los sabios fueron alimentados, calentados y ninguno de ellos sucumbió.

Esos son los hechos principales que señalaron en la Tierra ese período, de experimentación uraniana. Ahora reproduciremos algunos fragmentos, los más importantes en opinión nuestra, del libro del ilustre A. E. 17. El lector comprenderá que nos hemos visto forzados a buscar para las palabras uranianas sus equivalentes terrestres, los cuales no las traducen literalmente. El tiempo uranio se compone de años mucho más largos que los nuestros; cuando ha sido posible lo hemos reducido a tiempo terrestre. Además, los uranianos emplean para designarnos una palabra que significa aproximadamente: bípedos ápteros, pero que, siendo inútilmente complicada, hemos substituido casi en todas partes por terrenos y hombres. Igualmente traducimos la palabra singular con la cual designan nuestras ciudades por la expresión hombreros, que sugiere bastante bien, a nuestro proceder, asociaciones de ideas análogas.

Finalmente, el lector no debe olvidar que el uranio, dotado de vista como nosotros, ignora los sonidos. Los uranianos comunican entre sí gracias a un órgano especial compuesto de una serie de diminutas lámparas de colores que se encienden y se apagan alternativamente. Al no ver a los hombres provistos de este género y no pudiendo imaginar qué cosa es la palabra, resulta natural que el uranio nos creyera incapaces de comunicar nuestras ideas. No podemos reproducir sino unos breves fragmentos del libro de A. E. 17, pero aconsejamos al estudiante que lo lea por entero. Existe una excelente edición escolar publicada, con notas y apéndice por el profesor Ah-Chu, de Pekín.

LA VIDA DE LOS HOMBRES

por A. E. 17

Cuando se examina, con ayuda de un telescopio ordinario, la superficie de los pequeños planetas y en particular la de la Tierra, se perciben grandes manchas mucho más abigarradas que las formadas por un mar o un lago. Si se observan esas manchas durante un largo espacio de tiempo, se ve que aumentan a lo largo de varios siglos terrestres, pasan por un estado máximo, luego menguan y algunas veces hasta desaparecen. Muchos observadores creyeron que se trataba de una enfermedad del suelo. Nada, en efecto, se parece más al desarrollo y a la reabsorción de un tumor en un organismo. Pero, desde la invención del ultra-telemicroscopio, se ha reconocido que nos hallamos en presencia de una aglomeración de materias vivas. Los primeros aparatos eran imperfectos y no permitían ver sino un hervor confuso, una especie de gelatina viviente, y excelentes observadores, como H. 33, sostenían entonces que esas colonias terrestres estaban formadas por animales unidos unos a otros que vivían una existencia común.

Con los aparatos actuales inmediatamente se percibe que no hay nada de eso. Se distinguen fácilmente los individuos unos de otros e incluso es posible seguir sus movimientos. Las manchas observadas por H. 35 son en realidad inmensos nidos que casi pueden compararse a las ciudades uranianas y que denominamos hombreras.

Los minúsculos animales que pueblan esas ciudades, los hombres, son bípedos ápteros, mamíferos, provistos de un sistema piloso reducido y generalmente cubierto de epidermis artificial. Se supuso durante mucho tiempo que segregaban esa piel suplementaria. Mis estudios me permiten negarlo; puedo afirmar que sus instintos les impulsan a recoger ciertas fibras animales o vegetales y a reunir las para formarse con ellas una protección contra el frío.

Digo *un instinto* y me importa señalar con precisión desde el comienzo de esta obra mi criterio acerca de una cuestión que no hubiera debido plantearse jamás y que ha sido tratada, especialmente de unos años a esta parte, con increíble ligereza. Se ha extendido entre nuestros naturalistas jóvenes la extraña

moda de atribuir a esos mohos terrestres una inteligencia de igual naturaleza que la del uranio. Dejemos para otros el cuidado de insistir en lo que esta doctrina tiene de chocante desde el punto de vista religioso.

En este libro expondré cuán absurda es desde el punto de vista estrictamente científico.

Sin duda, cuando por primera vez contempla uno al microscopio una gotita de gelatina y ve desarrollarse súbitamente mil escenas animadas e interesantes: largas calles por las que circulan los hombres, deteniéndose, a veces, y haciendo algo que nos parece como si hablaran; pequeños nidos individuales en los cuales una pareja cuida de su nidada de pequeños; ejércitos en marcha; constructores al trabajo; entonces, la belleza del espectáculo es tal que el entusiasmo resulta excusable. Pero para estudiar con provecho las facultades psíquicas de esos animales no basta con aprovechar las circunstancias que el azar depara al observador. Es preciso saber provocar el nacimiento de otras más favorables y hacerlas variar cuanto se pueda. Es menester, en una palabra, hacer experimentos y construir así la ciencia sobre la base sólida de los hechos. Es lo que hemos intentado hacer en el curso de la larga serie de experimentos sobre los cuales informamos en esta obra.

Antes de relatarlos, pido al lector que imagine y mida las enormes dificultades con que debía tropezar tal propósito. Sin duda la experimentación a distancia se ha convertido en relativamente fácil desde que podemos disponer de los rayos W que permiten asir, manejar e incluso transportar los cuerpos a través de los espacios interestelares.

Pero si se trata de seres tan pequeños y frágiles como los hombres, los rayos W resultan instrumentos toscos y brutales. En los primeros intentos ocurrió con excesiva frecuencia matar a los animalitos que pretendíamos estudiar.

Han sido precisos aparatos de una sensibilidad extraordinaria para permitirnos alcanzar exactamente el punto deseado y tratar la materia sensible con la delicadeza necesaria. En particular, cuando comenzamos a transportar hombres de un punto a otro de la superficie terrestre, descuidamos el tener en cuenta la anatomía de esos animales. Los hicimos mover demasiado de prisa a través de la leve capa de aire que rodea la Tierra y morían asfixiados. Tuvimos que crear una verdadera caja de rayos en el interior de la cual la rapidez del desplazamiento ya no producía ningún efecto nocivo. Del mismo modo, cuando quisimos por vez primera cortar en dos los nidos y cambiarlos de lugar, no tuvimos bastante en cuenta los procedimientos de construcción empleados por los hombres. La experiencia nos ha enseñado, luego, a apuntalar, por medio de ciertas personas, corrientes de rayos, los nidos una vez divididos.

El lector encontrará aquí un sumario mapa de la parte de la superficie terrestre en la cual se han realizado nuestros principales experimentos. Les rogamos, en particular, que observen los dos grandes hombreros, con los cuales

llevamos a cabo las primeras pruebas, y a los que hemos dado los nombres de *Hombrero Loco* y *Hombrero Rígido*, adoptados después por los astro-sociólogos. Elegimos estos nombres a causa de los aspectos tan diferentes de esos dos hombreros, uno de los cuales atrae inmediatamente la atención del observador por la regularidad de plan y el otro constituye una red muy complicada de caminos tortuosos. Entre el *Hombrero Loco* y el *Hombrero Rígido* se extiende una línea brillante que suponemos es un mar. El hombrero mayor del mundo es el *Hombrero Geométrico*, todavía más regular que el *Hombrero Rígido*, pero alejado de los dos precedentes y separado de ellos por una ancha superficie brillante.

PRIMERAS PRUEBAS

¿A qué punto de la Tierra convenía dirigir nuestros esfuerzos iniciales?

¿Cómo precisaba intervenir en la existencia de esos animales para obtener de ellos las reacciones reveladoras? Confieso que mi emoción fué grande cuando, por vez primera, pertrechado con un aparato de suficiente alcance, me preparé para operar sobre la Tierra.

Me hallaba rodeado de cuatro de mis jóvenes discípulos, también muy emocionados, y uno tras otro habíamos contemplado por el ultratelemicroscopio los encantadores y minúsculos paisajes. Dirigimos el foco del aparato al *Hombrero Loco* y buscamos un lugar descubierto a fin de ver con mayor claridad lo que seguiría a nuestra acción. Árboles diminutos brillaban al sol de primavera y se divisaban multitudes de insectos inmóviles, formando círculos irregulares, en el centro de los cuales se veía un insecto aislado. Procuramos por un momento explicarnos este juego y, al no lograrlo, decidimos aplicar los rayos. El efecto fué fulminante. Formóse un primer hoyo en el suelo; entre los escombros quedaron enterrados algunos insectos e inmediatamente se desencadenó una asombrosa actividad. Verdaderamente, se diría que esos animales organizábanse con inteligencia. Unos salvaban a sus compañeros sepultados, otros iban a buscar socorro. Pronto se halló reparado el daño causado por nosotros. Intentamos entonces aplicar nuestros rayos, escogiendo en lo posible puntos deshabitados, a fin de no poner en peligro a nuestros animalitos desde el comienzo mismo de la investigación. Aprendimos a reducir la potencia de los rayos y a adaptar con mayor habilidad.

En fin, seguros ya de nuestros medios de acción, decidimos comenzar la primera serie de experimentos.

Mi propósito consistía en coger individuos de un hombrero, señalarlos con una pincelada, trasladados a otro lugar y verificar si el individuo, traslaportado encontraba el camino del hombrero primitivo. Al principio, según ya he dicho, hallamos grandes dificultades, ante todo porque el animal moría durante el traslado; luego porque olvidamos tomar en cuenta esa epidermis artificial que se fabrican los hombres. Como se despojan de ella fácilmente, les perdíamos de

vista tan pronto les dejábamos en el suelo, en medio de un hombrero. Para los traslados siguientes, probamos a marcarles directamente sobre el cuerpo, arrancándoles la piel suplementaria; pero entonces, apenas llegado al hombrero, el animal se fabricaba una piel nueva.

En fuerza de costumbre mis discípulos consiguieron finalmente seguir a un animal con el ultramicroscopio sin perderle de vista. Establecieron que el noventa y nueve por ciento de los casos el hombre regresa a su punto de partida. Probé a trasladar dos machos del Hombrero Loco a otro muy alejado, el que llamamos Hombrero Geométrico. Después de diez días terrestres, mi querido discípulo E. X. 33, que los siguió día y noche con una perseverancia incomparable, me los enseñó entrando de nuevo en el Hombrero Loco. Habían regresado a pesar de desconocer los lugares a los cuales les transporté. Ahora bien (les habíamos observado en detalle), eran dos individuos de costumbres sedentarias, que veían evidentemente por primera vez el país al cual los habíamos transportado. ¿Cómo encontraron el camino? El trayecto de ida fué tan rápido para ellos que no pudieron observarlo.

¿Cuál es su guía? No es, ciertamente, la memoria, sino una facultad especial que hemos de limitarnos a constatar por sus asombrosos efectos, sin pretender explicarla por lo muy apartada que se halla de nuestra propia psicología.

Esos transportes planteaban otro problema. ¿Sería reconocido el individuo por los demás, a su regreso? Al parecer, sí. En general se presencia una gran excitación en el nido en el momento de entrar el ausente. Los demás le rodean con sus brazos y a veces ponen sus labios sobre los del recién llegado. En ciertos casos, sin embargo, el sentimiento manifestado pareció ser el furor o el descontento.

Estos primeros experimentos demostraban que los bípedos ápteros poseen un instinto que les permite reconocer sus hombreros. La segunda cuestión que nos planteamos tenía por objeto saber si podían existir en esos seres sentimientos parecidos a los de los uranianos y si, por ejemplo, existe en la Tierra el amor, ya sea maternal, ya sea conyugal. Tal suposición, al atribuir al hombre los sentimientos refinados a los cuales el uranio ha llegado a través de millones de años de civilización, no parece absurda. Pero el deber del científico consiste en abordar su tema con el espíritu libre y en hacer todos los experimentos sin prejuzgar los resultados.

Por la noche, el macho terrestre descansa generalmente al lado de su hembra. Pedí a mis discípulos que dividieran los nidos a fin de separar el macho de la hembra sin herir a ninguno de los dos, y luego que unieran una mitad A con una mitad B y vieran si los animalitos se percataban del cambio. Para que el experimento se haga en condiciones normales es indispensable que los nidos se parezcan. Por eso recomendé a mis discípulos que escogieran nidos con celdillas de las mismas condiciones y conteniendo igual número de

miembros en su camada. E. X. 33 me enseñó triunfalmente en el Hombrero Loco y en el Hombrero Rígido dos nidos casi iguales, cada uno de los cuales albergaba una pareja y cuatro pequeños. E. X. 33 realizó el corte de las casas y su transporte con una habilidad admirable. Los resultados fueron concluyentes. En ambos casos las parejas separadas artificialmente por nosotros manifestaron al despertar una ligera sorpresa que el movimiento y el choque bastan a explicar. Luego, en los dos casos, permanecieron en presencia, sin huir y en actitudes al parecer normales. Hecho casi increíble; desde el primer momento las dos hembras cuidaron la camada ajena sin dar muestras de horror ni de desagrado.

Evidentemente, eran incapaces de reconocer que no se trataba de sus pequeños.

Repetimos el experimento numerosas veces. En el noventa y tres por ciento de los casos, las dos parejas cuidan del nido y de los pequeños. La hembra del hombre conserva la impresión tenaz de las funciones que debe llenar sin tener idea de los individuos con los cuales tiene este deber. Le pertenezcan o no los niños, trabaja con idéntico fervor. Podría creerse que esta confusión tiene por causa la semejanza entre los dos niños, pero progresivamente fuimos uniendo las mitades de nidos muy distintos, por ejemplo la de un nido miserable con la de un rico de otra especie. Los resultados son aproximadamente los mismos: el hombre no nota la diferencia entre su celda y la de otro. Demostrado de este modo que, en lo tocante a los sentimientos, el hombre es un animal muy inferior en la escala de los seres, nos esforzamos en medir sus facultades intelectuales. Para lograrlo, decidimos aislar a cierto número de individuos dentro de una caja de rayos y poner a su disposición alimentos que sólo podrían alcanzar realizando actos cada vez más complicados. Tuve la coquetería de elegir para este experimento a los hombres en los cuales mi colega X. 38 pretendía haber descubierto señales de inteligencia científica. En el apéndice B se hallarán los detalles de este experimento.

Demostró, sin dejar lugar a dudas, que el tiempo en el cual vive el hombre es extraordinariamente limitado en lo pretérito y en lo futuro, que olvida inmediatamente y que es incapaz de imaginar los métodos más sencillos si se le plantean problemas algo diferentes de los que tiene el hábito de resolver.

Después de un largo período de experimentos, mis discípulos y yo nos familiarizamos bastante con los movimientos de esos animales para poder observarles en el curso de su vida ordinaria sin necesidad de intervenir. Nada más interesante que seguir, como yo he hecho, durante varios años terrestres, la historia de un hombrero.

El origen de las sociedades humanas es desconocido. ¿Por qué y cómo esos animales renunciaron a su libertad para convertirse en esclavos del hombrero? No lo sabemos. Puede suponerse que al agruparse encontraron un apoyo en su

lucha contra otros animales y contra las fuerzas de la Naturaleza, pero es un apoyo pagado a gran coste. Ninguna especie animal ignora como ésta el ocio y la alegría de vivir. En los grandes hombreros y particularmente en el Hombrero Geométrico, la actividad comienza con el alba y se prolonga buena parte de la noche. Si esta actividad fuera necesaria, todavía podría comprenderse, pero el hombre es un animal tan limitado, tan dominado por sus instintos, que produce y se afana mucho más allá de sus necesidades. Diez veces he visto en los almacenes de reserva del hombrero acumularse los objetos en tal cantidad que parecían estorbar al hombre; sin embargo, a poca distancia otro grupo seguía fabricando los mismos objetos.

Resulta también difícil de comprender la división de la humanidad en castas. Es cosa segura que entre esos animales unos trabajan la tierra y producen la casi totalidad de los alimentos; otros fabrican epidermis suplementarias o construyen nidos; otros, por fin, parecen no hacer nada salvo recorrer la superficie del planeta, comer y aparearse, ¿Por qué las dos primeras castas aceptan alimentar y vestir a la tercera? Es éste un hecho que sigue siendo oscuro para mí. E. X. 33 ha realizado un notable trabajo a fin de demostrar que esta tolerancia es de origen sexual; ha demostrado que por las noches, cuando se reúnen los individuos de la casta superior, los trabajadores acuden a la entrada de esas fiestas a contemplar a las hembras semidesnudas. Según E. X. 33, el placer estético procurado por este espectáculo es considerado por ellos como recompensa de las castas sacrificadas.

La teoría me parece ingeniosa, pero no está establecida con suficiente solidez para poder considerarla verdadera.

Por mi parte, busqué más bien la explicación en la asombrosa estupidez del hombre. Es una tontería querer explicar las acciones de los terrestres con los razonamientos de los uranianos. Error, profundo error.

El hombre no está guiado por una inteligencia libre. El hombre obedece a una incitación fatal, inconsciente; no le cabe elegir lo que ha de hacer; se desliza, por decirlo así, siguiendo un declive irresistible determinado de antemano para llevarle al fin previsto. Me he entretenido observando la existencia de ciertos hombres para los cuales las funciones del amor parecen ser lo esencial de la vida. Les he visto, a causa de la conquista de una primera hembra, atraer sobre sus hombros todas las cargas de un nido; no contento con esta carga, mi macho iba a buscar una segunda compañera a la cual instalaba otro nido. Estos amores simultáneos conducían al desgraciado animal a mil luchas que pude presenciar. Poco le importaba; sus infortunios sucesivos no parecían enseñarle nada y seguía viviendo sus míseras aventurillas sin ser más prudente en la décima que en la primera.

Una de las más poderosas pruebas de esta incapacidad de retener lo pasado y de imaginar lo por venir me ha sido ofrecida por las luchas espantosas entre individuos de una misma especie, a las cuales he podido asistir. Entre nosotros, la idea de que un grupo de uranianos pudiera atacar a otro grupo arrojándole objetos destinados a herirle e intentar asfixiarle por medio de gases envenenados, resulta absurda.

Esto es, sin embargo, lo que ocurre en la Tierra. Durante mis años de observación he podido ver, ora en un rincón de ese planeta, ora en otro, como se enfrentaban masas compactas de hombres. Unas veces combaten al aire libre; otras, protegidos por hoyos, intentan destruir los hoyos vecinos rodándolos con pesadas masas de metal; y otras se visten unas alas rudimentarias a fin de arrojar sus proyectiles desde el cielo. Observad que, al propio tiempo, ellos también se ven rociados de igual modo. Es un espectáculo espantoso y ridículo. Las escenas de horror a las cuales entonces se asiste son tales, que si esos animales tuvieran memoria, evitarían su repetición por lo menos durante varias generaciones. Pero en el curso de la vida de los mismos hombres, tan breve, sin embargo, se les ve lanzarse dos o tres veces en idénticas mortíferas aventuras. Otro ejemplo sorprendente de esa ciega obediencia del hombre a sus instintos es la perseverancia con que reconstruye sin cansarse los hombreros en ciertos puntos del planeta donde están condenados a ser destruidos.

He observado con atención una isla muy poblada en la cual, en ocho años, los nidos han sido derribados tres veces por otras tantas sacudidas de la corteza terrestre.

A todo observador con sentido común le parece evidente que los animales que viven en esos lugares deberían emigrar. Nada de eso; vuelven a coger con gestos rituales los mismos pedazos de hierro y de madera y reconstruyen con celo el hombrero que el año próximo será destruido de nuevo.

«Pero —dicen mis adversarios— por absurdo que sea el objeto de esta actividad, no es menos cierto que es ordenada, que demuestra la existencia de una fuerza dirigente, de un espíritu.»

¡Error también! El afán de los hombres que se ven perturbados por un temblor de tierra es parecido, según he demostrado, al movimiento de las moléculas gaseosas. Estas describen, si se las observa individualmente, trayectorias quebradas y complejas, pero por su gran número producen efectos de conjunto muy sencillos. Igualmente, si destruimos un hombrero, millones de insectos chocan, se molestan en sus movimientos, se agitan del modo menos metódico posible y, no obstante, al cabo de cierto tiempo, el hombrero se halla reconstruido.

¡Tal es esa singular inteligencia en la cual está de moda ver hoy una reproducción de la razón uraniana! Pero la moda pasa y los hechos quedan, los

hechos que nos vuelven a la anticuada concepción de un alma uraniana y de su destino privilegiado. En cuanto a mí, me considero satisfecho si con algunos experimentos realizados prudente y modestamente, he podido contribuir a apartar esas doctrinas perniciosas y a poner de nuevo en su sitio, en la escala de los seres, a esos animales, ciertamente curiosos y dignos de ser estudiados, pero muy propios, por la misma ingenuidad e incoherencia de sus actos, para hacernos medir el abismo abierto por el Creador entre el alma uraniana y el instinto bestial.

MUERTE DE A. E. 17

Afortunadamente, A. E. 17 murió oportunamente para no poder ser testigo de la primera guerra interplanetaria, del establecimiento de relaciones entre Urano y la Tierra y del fracaso, debido al conocimiento de los hechos, de toda su obra. Disfrutó, hasta el final, de su gloria, que fué grande. Era un uraniano sencillo y bueno, que no se irritaba sino cuando le contradecían. Cosa interesante para nosotros: el monumento levantado en Urano en honor de A. E. 17 tiene en el pedestal un bajo relieve, hecho según una telefotografía; representa una masa pululante de hombres y mujeres en un decorado que recuerda el de la Quinta Avenida.

SIEMPRE OCURRE LO INESPERADO



Always the unexpected happen...
Shakespeare

A Robert Poumier

«**A** LAS ONCE SE HA REUNIDO LA MINORÍA RADICAL. Ha votado por unanimidad una resolución de confianza a su presidente y ha encargado a la mesa que se ponga en relación con los demás grupos de la mayoría republicana, a fin de resolver la crisis lo más rápidamente posible. A mediodía, la minoría socialista...»

Lucila suspiró. ¿Cómo podía interesarse por aquella crisis ministerial? Si escuchaba las noticias era únicamente para oír en su soledad una voz humana. En aquel destartado castillo del Périgord en el cual su marido la hacía vivir con los niños, por razones de economía, se moría de tristeza y de aburrimiento. La noche antes, durante una tempestad, se hundió una parte de la techumbre de la gran escalera de piedra. La lluvia caía ahora en el ancho zaguán, y como Gilbert estaba ausente, no sabía qué hacer.

«*A las tres* —decía la voz, ahogada de vez en cuando por los estallidos de una lejana borrasca— *el presidente de la República ha hecho llamar al presidente de la Cámara y le ha confiado la misión de formar Gobierno. El señor Herriot ha pedido consultar antes con sus amigos... Ahora vamos a retransmitir las noticias del extranjero...*»

El extranjero... Pensó en el viaje que hizo a España con Gilbert. ¡Qué felices habían sido en Toledo, en la hostería donde les sirvieron bajo el parral una comida deliciosa recalentada por el sol! Ahora Toledo se hallaba en ruinas y su felicidad... No, su felicidad estaba casi intacta, pero traqueteada por la pobreza, por las ausencias de Gilbert, por la ansiedad.

«... PRAGA. —Esta mañana, en las proximidades de Nedzecz, en los montes de Bohemia, ha caído un avión francés, cuyos dos pasajeros, un hombre y una mujer, han resultada muertos. Un secretario de la Legación de Francia se dirige al lugar del accidente a fin de identificar los cadáveres...»

En el aparato redoblaron los estallidos. Lucila giró bruscamente el botón, y el silencio envolvió la vasta sala de guardias, de muros enjalbegados y cubiertos de raídos tapices, en la cual se pasaba el día, porque, descontando su dormitorio y el cuarto de los niños, era la única estancia habitable del castillo. Este accidente de aviación le hizo experimentar una breve sensación de angustia, aunque Praga quedaba lejos de la ruta de Gilbert, que era piloto de la línea París-Londres. Pero ¿sabía ella nunca dónde estaba Gilbert, lo que hacía, lo que pensaba? A los cuatro años de casados, ¡qué diferente se le aparecía del muchacho al que tanto amó! Cuando lo conociera, siendo él aviador militar, destinado cerca de Estrasburgo, donde ella vivía entonces con sus padres, se dejó conquistar por su valor y por su elocuencia. ¿Guapo? ¿Era guapo, Gilbert? Poco importaba: era viril, brillante; agradaba. En aquella época podía escucharle durante horas enteras mientras él hablaba de lo que debía hacerse para remediar los males de Europa. Gilbert forjaba planes militares, financieros, sociales. A menudo sus ideas violentas y osadas irritaban a los padres de Lucila, anciana pareja de funcionarios, pero a su hija le inspiraban una confianza y una esperanza inmensas. Gilbert se creía destinado a gobernar a Francia. ¿Quién más digno que él para tal cometido?

El viejo Leymarie, de manos temblonas (había tenido ya dos ataques y era una locura conservarlo como único hombre en aquel caserón enorme), anunció que la cena estaba servida.

—Tráigamela aquí —indicó Lucila— y ponga leña en la chimenea. Luego, mientras comía las castañas hervidas, continuaba su meditación... El valor de Gilbert... Constituía el único rasgo de su carácter que no le causara ninguna decepción. Gilbert poseía un valor sin límites e incluso una temeridad que a veces parecía hecha de desesperación y de asco por la vida. Pero a este gran valor físico no se aliaba en él ningún valor moral... El desorden de Gilbert... Su impotencia para organizar la vida, cuando ya no se trataba de acciones inmediatas y sencillas... Su flaqueza delante de una tentación... Esta radio, por ejemplo, comprada por tres mil francos, a plazos, en un momento en que a Lucila le faltaba dinero para amueblar el cuarto de los niños. Una noche la trajo de París, muy satisfecho, y durante todo el transcurso del permiso hizo bailar a su mujer al son del jazz de Londres o de los zíngaros de Budapest... Fué delicioso, divertido... Luego Gilbert partió, y Lucila hubo de arreglárselas para pagar los plazos... A menudo se privaba de lumbre, para economizar algunos leños, mientras Gilbert vivía espléndidamente en Londres o en París.

Toda la noche estuvo soplando el viento en la chimenea de las torres. Lucila

durmió mal, y a la mañana siguiente volvió a escuchar el noticiario radiado. La crisis no estaba resuelta. El señor Herriot rechazaba el encargo de formar Gobierno. Si Gilbert hubiese estado allí, estas noticias hubieran tenido cierto interés. A Gilbert le cuadraba la política. Descendiente de una larga estirpe de hidalgos en el Périgord, hablaba con frecuencia de «ir al pueblo», de presentarse candidato como socialista.

—Ya verás, Lucila —decía—, ya verás. Haremos grandes cosas... Ella ya no le creía y, por lo demás, no deseaba que hiciera grandes cosas. Hubiera preferido un poco de seguridad, un poco de bienestar, un poco de dicha para los niños, y tener más a menudo a su lado aquel cuerpo hermoso que ella amaba... Lejos de Gilbert, ¿qué importaban esas noticias de París? Tarde o temprano se formaría un Gobierno y la vida seguiría igual.

«... PRAGA. —*Los pasajeros del avión francés que cayó ayer en los montes de Bohemia han podido ser identificados. Se trata del aviador Gilbert de Peyrignac y de la señora Moreau-Verneuil, de soltera Vera Bezukov...* LONDRES—. *Los disturbios de Palestina tuvieron ayer eco en la Cámara de los Comunes...*»

Le pareció que una fuerza invencible oprimía su corazón y quería detenerlo. «*El aviador Gilbert de Peyrignac...*» Sólo había uno: su marido. Pero ¿cómo había ido a caer en los montes de Bohemia? Era imposible. Sin duda sería un error, una confusión de papeles de a bordo... ¿La señora Moreau-Verneuil?... Nunca había oído este nombre... Pero, Gilbert... Precisaba saber. El único medio era telefonear, y para esto ir a la central (en el castillo no había aparato), telefonear a París, a las oficinas de Air-France. Llamó. Tras larga espera presentóse el viejo de manos temblonas.

—Leymaire —dijo la mujer con una calma que la sorprendió a sí misma—, tráigame el impermeable... Voy a salir... Fuera, la lluvia caía ruidosamente. El viento se deslizaba por debajo de la poterna y barría el patio del castillo. Los pies resbalaban en la arcilla fangosa del camino, pero Lucila, insensible, inconsciente, corría. Cuando entró, el rostro chorreante, en las oficinas de correos, el empleado dejó escapar una exclamación:

—¡Ah! ¿Está ya enterada la señora condesa?... Acabo de enviar a mi pequeño a casa del alcalde, con el telegrama oficial... ¡Pobre señor conde! Siempre le dije que eran peligrosos esos aparatos... Él se reía... y ahora... Lucila se derrumbó, desmayada, en el embaldosado de la oficina. Cuando volvió en sí, halló a su lado, además del empleado, al viejo Leymarie y al doctor Leclerc, alcalde de Peyrignac. Le dolía el cuerpo a causa de la caída, y le sangraba algo la cabeza, debajo del cabello; pero, apenas recobróse, dió pruebas de un valor y de una resignación que admiró al doctor. Éste había recibido del Ministerio de Asuntos Exteriores un telegrama anunciándole la muerte, en circunstancias todavía no aclaradas, del conde Gilbert de Peyrignac, y solicitando que si la

condesa se hallaba en estado de viajar, se presentase en París lo antes posible.

—Naturalmente —dijo el médico—, con este magullamiento y esa herida contusa, no puede usted partir hoy.

—¿Por qué? —repuso ella—. Quiero enterarme... comprender... ¿Y si hubiera errores de nombre..., de papeles...?

—Desgraciadamente, no es probable... El Ministerio no nos habría avisado si no estuviera seguro.

—El Ministerio puede equivocarse... Mi marido... Nadie conoce a mi marido... ¡No!... Tomaré el tren de las once.

La necesidad de obrar, la maleta que debía ser preparada, las recomendaciones a la niñera, el trayecto hasta la estación, todo esto la sostuvo. Cuando se vió sola en su departamento del vagón, se sumió en un espantoso ensueño... Gilbert muerto... Mirando las colinas del Limosin, los prados húmedos y los lentos movimientos de los labriegos en los campos, no podía creer que este universo familiar fuera aquel en que había muerto Gilbert. Todavía escuchaba su voz: «¡Qué hermosa es esta región, mi Lucila! Si yo fuera ministro de Obras Públicas...»

En Châteauroux subió un oficial. De aviación... Gilbert muerto... ¿Y en qué incomprensible aventura?... Incomprensible, pero no increíble... Pronto había descubierto que ser la mujer de Gilbert equivalía a correr grandes riesgos... Extraño muchacho, tan seductor... ¡Cómo la sorprendió, a ella, pobre alsacianita apacible y sentimental! A Gilbert le gustaban las aventuras, la Aventura; a ella le gustaba la Certidumbre que reinaba en casa de sus padres. Gilbert tenía necesidad de pasiones, de violencia; ella se complacía en el amor, el descanso, la confianza. Ella aportó al matrimonio una pequeña fortuna y necesidades modestas; Gilbert se mostró a la vez pródigo y mísero. Desde hacía tres años, Lucila vivía, sin confesárselo, en el temor de un despertar como este de ahora. En la estación de Aubrais voceaban los periódicos de la noche. Contenían algunas líneas sobre la catástrofe:

«Gilbert de Peyrignac, de veintinueve años, excelente piloto, pidió y obtuvo, la semana pasada, un permiso de ocho días de la Compañía Air-France. Este permiso terminaba mañana. La señora Moreau-Verneuil, su pasajera, era la esposa de un profesor parisiense. Era de origen ruso, hija del coronel Bezukov. El avión, un aparato moderno de gran turismo, fué comprado por ella hace unos días. Circulan muchas conjeturas acerca de los motivos de ese doble viaje...»

De manera que Gilbert había pedido un permiso sin decírselo a su mujer.

Desde ocho días antes, mientras ella le creía alejado por su servicio, había vivido en París y encargado a sus compañeros que depositasen en los buzones de Londres sus cartas a Lucila. Luego partió, llevando a aquella desconocida por la Europa Central. ¿Cuál podía ser el significado secreto de esa aventura

incomprensible? Tal vez la desconocida le ofreció una suma enorme para conducirla hasta Praga. Gilbert, siempre escaso de dinero, pudo dejarse tentar. Pero entonces ¿por qué ocultar el viaje?... ¿Se trataba de una amante? En este caso, ¿por qué una escapatoria lejana, absurda? En la estación esperaban dos hombres: uno era el jefe de su marido en la Compañía Air-France; el otro, un funcionario del Quai d'Orsay. Mostráronse deferentes y útiles. Ella les hizo algunas de las preguntas que la obsesionaban.

¿Informó Gilbert a la Compañía de sus proyectos? No. La Compañía concedió el permiso y suponía a Peyrignac en su casa, en el Périgord... ¿Quién era aquella pasajera? ¿Se conocían los motivos de su viaje? Era la mujer de Moreau-Verneuil, un profesor del Instituto Fontanes, hombre de gran porvenir, muy apreciado por la Universidad. El Ministerio le había informado y el marido estaba tan sorprendido como la señora de Peyrignac y no sabía nada de los proyectos de su esposa. Esta había partido dos días antes diciendo que iba a casa de unos amigos, en el campo. No anunció a Moreau-Verneuil ni la compra del avión ni su marcha a Checoslovaquia.

—Pero ¿qué era para mi marido?... ¿Una pasajera? ¿Una amiga?

—Lo ignoramos tanto como usted, señora... La información abierta aclarará, sin duda, todo eso... En este momento lo conveniente es tomar una decisión: ¿desea ir usted misma a Praga, reconocer el cadáver y traerlo?... En tal caso, la Compañía se encargará de los gastos... ¿O prefiere que la Legación se ocupe de esos dolorosos deberes?... El señor Moreau-Verneuil ha decidido ir a Praga... Parte esta noche, en el tren de las diez, por la estación del Este.

—Si es posible, haré lo mismo.

—Es una decisión muy acertada, señora, pues es probable que su presencia resulte útil para la información... Nos encargamos de hacerles guardar plaza... Le quedan algunas horas de estancia en París... ¿Adónde desea ir?

—Deseo no ver a nadie... y comprar unos vestidos negros. A las diez, en el andén de la estación del Este, encontró al ingeniero de la Air-France, que le indicó su departamento del coche-cama y le habló con simpatía de su marido.

—Peyrignac era un excelente piloto, muy querido por sus compañeros, original y generoso...

En este momento vió llegar al funcionario del Quai d'Orsay, que acompañaba a un hombre, vestido de negro, como ella. Era evidentemente Moreau-Verneuil. Al pasar, avisado por su compañero, la saludó. Tenía el cabello gris, pero el rostro muy joven. Ella le encontró un cierto aire de bondad y de distinción. Viéndole encorvado bajo el peso de la ansiedad, Lucila sintió lástima del desgraciado.

Tras una noche sin sueño, durmióse al amanecer. En despertando, le costó

algo comprender dónde se hallaba. Llamó: «¡Gilbert!», y entonces recordó. ¿Sería una pesadilla? Alzando la pesada cortinilla de cuero, vió un paisaje de montañas, suizo o bávaro, con casas de madera y campanarios de sorprendentes formas... No, no había soñado; era *viuda*; esta palabra, en la cual pensaba por primera vez, le pareció extraña y amenazadora. Lloró largo rato y después se arregló suspirando. Cuando terminaba de vestirse, el revisor llamó y abrió: en la mano sostenía una tarjeta.

—Perdone, señora, pero este caballero pregunta si quiere recibirle un momento, cuando le venga a usted bien... Dice que ya sabe para qué... Miró la tarjeta: «Jaime Moreau-Verneuil». No vaciló.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Dígale que venga dentro de veinte minutos. Le recibiré.

Cuando él entró, Lucila volvió a sentir aquella misma impresión de bondad que experimentó en el andén, y esto la alivió.

—Señora —dijo él—, mi presencia puede parecerle sorprendente, pero nos encontramos, usted y yo, en una situación tan dolorosa, que quizá sea natural que...

—No diga más —interrumpió Lucila—. Yo también deseaba verle. Tengo necesidad de comprender. ¿Sabe usted, acaso, cómo a su mujer y a mi marido se les ocurrió la idea de ese viaje?

—No... Ayer por la mañana, en el teléfono, oí por vez primera el nombre del señor Peyrignac. Pero, si me lo permite, le diré cuanto sé... Usted hará lo propio... Y quizás en el curso de esta conversación descubramos algunos... —vaciló, suspiró—, algunos indicios que nos ayuden a comprender esa tragedia... Mi mujer, señora, era rusa y de admirable belleza... Vino a Francia con sus padres a raíz de la Revolución. Cuando la conocí no tenía por encima de los dieciséis años y ya era la persona más encantadora... Le pido perdón, señora, pero ni siquiera ahora puedo hablar de ella sin admiración. Y, no obstante... Se detuvo.

—No obstante, quizá sin saberlo, me ha hecho sufrir mucho... Ante todo he de decirle que este amor trastornó mi vida entera... Mi madre y mis hermanos criticaron que me casara con una extranjera sin fortuna. Mi familia pertenece a una vieja y sólida estirpe de burgueses parisienses. Mis hermanos son negociantes; yo, profesor... La señorita Bezukov era, ciertamente, de cuna noble, pero tenía algo de fantástica y de audaz que en seguida asustó a los míos... Este terrible desenlace demuestra que no iban errados... Hubiera querido hacer de Vera una francesa, y una francesa de mi familia... No fué posible... Mi madre, que no experimentaba por Vera ninguna simpatía, no hizo nada por conquistarla... Yo me hallaba muy ocupado en la preparación de mi tesis sobre Propercio...

Mi mujer se encontró lanzada hacia ambientes rusos que yo apenas conocía y en los cuales no poseía ningún dominio sobre sus actos... Aunque desterrada desde la infancia, sentía por Rusia una extraña nostalgia... Hablaba el ruso, escuchaba el ruso, leía a los poetas rusos, y esto le producía un placer auténtico y que a mí casi me parecía morboso... Dos o tres veces la encontré, al entrar en mi casa, en el centro de un círculo de jóvenes desconocidos, hablando con sorprendente animación su lengua, tan hermosa y tan difícil... Le pregunté el tema de su conversación... Vaciló, turbóse, dijo cualquier cosa... Los demás sonrieron... Fingí creerla.

Suspiró, sacó de la cartera una fotografía y dijo:

—Mírela, señora... Así comprenderá por qué me mostré indulgente y crédulo.

Lucila cogió la fotografía y contempló con doloroso y apasionado interés el rostro regular de la extranjera.

—¡Qué hermosa era!... ¡Y qué aire tan juvenil y cándido!

—Sí... Esa juventud, ese candor, han sido causa de mi pérdida... y de la suya... Delante de ese rostro infantil no podía creer en las misteriosas actividades que parecían denunciar sus ausencias y sus silencios... ¡Los seres humanos son tan secretos!... He vivido casi siete años con mi mujer. La amé locamente y hoy me pregunto si la conocí... Lucila contempló largo rato, a través de la ventanilla, el minúsculo torrente que corría, paralelo a la vía, por el fondo del valle.

—Es cierto —dijo ella finalmente. Yo también he vivido durante cuatro años con un hombre al que amaba y al que no comprendía... Y helo ahí muerto sin que yo haya sabido lo que quería, lo que era, para qué vivía... Este viaje a Checoslovaquia, por ejemplo... Nunca me habló de ese país... ¿No tiene usted idea de...?

—Ninguna... Ayer hablé con la familia de Vera; antes de marchar he visto a su hermano. Llegué a suponer (en la duda y la ansiedad se recurre a las más absurdas suposiciones), llegué a suponer que la organización benéfica rusa, en la cual se ocupaba, le encargó alguna misión secreta en Rusia... Al parecer, no hay nada de eso; sus amigos se han sorprendido tanto como yo; incluso están inquietos, pues Vera poseía, según dicen, ciertos papeles cuyas huellas les será difícil encontrar, una vez desaparecida mi mujer... No... He pasado la noche entera dando vueltas y más vueltas a toda clase de hipótesis... Todas son absurdas y desoladoras... ¡Pobre Vera! Me parece verla, con su ingenua temeridad, embarcándose en alguna empresa, descubrir luego sus peligros y persistir en ella por puntillo de honor.

—Así, exactamente así —dijo Lucila—, imagino la decisión de Gilbert... Él también era una persona temeraria y de los que se doblegan al puntillo de honor... ¡Pobre Gilbert!

Hablaron largo rato, encontrando un extraño consuelo en el examen de todos los aspectos del drama que, a pesar suyo, los unía. Sin embargo, cuando llegó la hora de comer, una especie de pudor cuyos elementos les habría sido difícil discernir, hizo que se separasen y se sentaran a mesas distintas, en el coche-restaurante.

En Praga los esperaba un secretario de la Legación; los hizo subir a un mismo coche. Para él eran personajes de un mismo drama administrativo; encontraba, pues, natural, reunirles. Los condujo al hotel, donde dejaron el equipaje, y luego a la Legación de Francia, en la cual el ministro, el señor de Boissier, esperaba verles. Era un hombre cortés y discreto. Dijo que, no deseando imponerles un penoso viaje al lugar del accidente, había dado órdenes de transportar los dos féretros hasta la capital.

—Por otra parte, me parece inútil toda nueva identificación. Los pasaportes y fotografías no dejan lugar a dudas... Uno de mis secretarios, el que acaba de acompañar a ustedes, fué a buscar los papeles encontrados en la carlinga. Helos aquí... Su carácter es tal qué he deseado ver a ustedes, a ambos, antes de enviarlos al Ministerio. En primer lugar, los pasaportes, que están intactos, no llevan ningún visado.

—No podía ser de otro modo —dijo Moreau-Verneuil— en lo referente al de mi mujer, porque para obtenerlo habría necesitado la autorización marital...

Ahora bien, yo no sabía nada de ese viaje...

—¿Ni usted, señora, de los proyectos de su marido?

—Absolutamente nada —aseguró Lucila.

—Eso es tanto más curioso cuanto que el viaje fué cuidadosamente preparado... He aquí cómo lo sabemos... De los papeles encontrados entre los restos del avión, dos están escritos en ruso... Los he hecho traducir... Uno es un contrato por seis años como piloto de pruebas, entre su marido, señora, y una gran fábrica soviética de aviones... El otro es una orden del Comisariado de Defensa, fechada en Moscú hace unas quince semanas, ordenando a todas las autoridades rusas que dejen aterrizar en territorio soviético al ingeniero francés Peyrignac y a su compañera Vera Bezukov, les presten ayuda y los dirijan lo más de prisa posible a la fábrica designada en el contrato.

—¡Un contrato y un salvoconducto de las autoridades soviéticas! —repitió Moreau-Verneuil con evidente incredulidad—. ¡Es imposible!... Si mi mujer estaba afiliada a alguna organización rusa (y creo que sí), era a una organización de rusos blancos.

—Usted lo creía —repitió el ministro—. Pero ahí están los hechos... y si el accidente fatal no hubiese ocurrido, los dos fugitivos habrían aterrizado en Rusia... ¿Cómo podían esperar ser acogidos si las autoridades soviéticas no les

hubieran sido favorables? La conversación continuó aún por mucho rato. A pesar de la prudencia del diplomático, se traslucía claramente la idea que del drama se forjaba Su Excelencia. El ministro opinaba que la señora Moreau-Verneuil y el señor de Peyrignac habían sido amantes; que desearon huir juntos sin dejar huellas; que una fuga en avión era la única que permitía a la señora Moreau-Verneuil pasar la frontera sin pasaporte; que Rusia era el único país del mundo donde una pareja tenía la posibilidad, con la ayuda de las autoridades, de sumergirse y reaparecer con una nueva identidad; que la señora Moreau-Verneuil, gracias a su conocimiento de la lengua rusa y quizás a amistades ignoradas por su marido, había entrado en relaciones con la Embajada soviética; que la gran competencia del aviador le hizo admitir en la U. R. S. S. y que, en suma, sin el funesto accidente, ese plan ingenioso hubiera obtenido éxito. Dijo todo esto rodeándolo de diplomáticos circunloquios, pero lo dijo, al fin y a la postre, mientras las dos víctimas de la tragedia le escuchaban aterrados, sin interrumpirle sino con alguna exclamación de sorpresa de cuando en cuando. Al terminar agregó que, si ambos lo deseaban, solicitaría del Ministerio que mantuviera secretos esos hechos y diera por terminada la información.

—El papel de la justicia —concluyó sentenciosamente— no consiste en crear escándalos inútiles, sino en ahogar los escándalos ya pasados. El señor Moreau-Verneuil agitó la cabeza y dijo que no creía hubiera en todo aquello un escándalo, sino un misterio que jamás sería aclarado. Sin embargo, convino en que era preferible el secreto. Luego acordaron que la Legación pediría a las autoridades checas un vagón para llevar a Francia los dos cadáveres y se fijó la marcha, a ser posible, para dentro de cuarenta y ocho horas. Entretanto, si el ministro de Francia podía ser útil, estaba a su disposición. Era una despedida cortés.

La señora de Peyrignac y el señor Moreau-Verneuil se encontraron solos en las calles de Praga. Ambos hallábanse aún aturridos por la sorpresa y la desesperación. Una especie de instinto de conservación les impidió separarse. El sol brillaba en el cielo puro. Vagaron al azar, atravesaron los barrios modernos y fueron a parar al viejo cementerio judío, cuyas tumbas les sumieron en una larga y silenciosa meditación. Cruzaron un hermoso puente adornado con figuras alegóricas y subieron por calles angostas a la ciudad antigua. Al pasar por delante de una vieja iglesia, el señor Moreau-Verneuil, profesor impenitente, se puso, sin casi darse cuenta, a explicar a su acompañante lo que había sido, en el siglo XV, el movimiento hussita de Bohemia.

—Juan Huss —dijo— era un predicador, discípulo del inglés Wycliffe... Su movimiento fué, a un tiempo, religioso y nacional... Le quemaron vivo en un prado que no debe de estar muy distante de aquí... Dicen que viendo a una vieja traer un haz de leña a su hoguera, murmuró: «¡Santa sencillez!» Este

castillo que corona la ciudad es el Hradshin, donde Chateaubriand vió a Carlos X «como fantasma dominando a las sombras»... Lucila siempre se había interesado por la historia. Escuchó, hizo incluso un par de preguntas, pero de súbito recordó su horrible infortunio y calló.

—Hemos de volver al hotel —dijo ella.

El regreso de Praga dejó para toda la vida, a la señora de Peyrignac y al señor Moreau-Verneuil, un recuerdo semejante a un remordimiento. En el tren que los llevaba a través de Alemania, insensibles en los féretros de roble se hallaban los cuerpos mutilados de los dos seres que tan ardientemente habían amado, y, sin embargo, en el curso de este viaje experimentaron, uno y otro, muchas veces, un incomparable, un fugitivo sentimiento de esperanza, pues los dos muertos, si bien habían sido adorados, fueron también tiernamente temidos. Viviendo junto a ellos y gozando de su maravillosa presencia, jamás pudieron evitar una confusa ansiedad. Siempre se mezclaron siniestros presentimientos al prestigio de su fuerza y de su belleza. Pero cuando Lucila de Peyrignac conversaba por encima de la estrecha mesa del coche-restaurant con Moreau-Verneuil, una misteriosa seguridad se aliaba a la tristeza fúnebre de sus palabras.

—Y ¿qué hará usted ahora? —preguntó él con solicitud.

—¿Qué puedo hacer?... Intentaré alquilar Peyrignac, que es un castillo inmenso y destartado, donde sería horrible vivir sola, e iré a París, a educar a mis hijos.

—Sí... Dentro de su desgracia, usted tiene la suerte de poseer hijos... Vera no quiso tenerlos... Pero la vida en París será para usted más difícil que en el Périgord, más cara... ¿No la asusta esto?

—No. Trabajaré... Si no encuentro nada, me iré a Alsacia, a casa de mis padres... Mas espero poder hacer algo en París... ¿Tal vez como secretaria?... Tenía acabado el bachillerato y me preparaba para licenciarme en inglés cuando encontré a Gilbert... Naturalmente, después de la boda abandoné todo eso... En Peyrignac era imposible trabajar... Lejos de la biblioteca, de los cursos, de todo... Y, además, tenía demasiadas preocupaciones... Pero, ahora... más adelante, me gustaría reemprender mi trabajo.

—Si puedo ayudarla —dijo él—, me consideraré feliz.

Fué en una vieja cartera de oficial donde Lucila encontró las cartas de Vera. Cerca de un centenar, con escritura fina y precisa. Buscaba unos títulos de propiedad, reclamados por el notario, cuando dió con aquel legajo atado por una cinta. Primero se propuso no leerlas. Luego algunas frases atraieron su atención. No pudo resistir a la necesidad de saber.

Durante una noche entera, en la estancia misma en donde se enteró de la

muerte de su marido, Lucila vió surgir de esas cartas a un Gilbert desconocido. Para ella había sido el «amo y señor», exigente, fantástico, temible. En otra vida parecía, por contra, que Vera lo dominó, fascinó y subyugó. Atenta a las fechas, hábil en descifrar los apuntes de un librito de notas, Lucila reconstituyó una aventura paralela a su vida conyugal, de la cual jamás supo nada.

Al alba, estremecida, subió al dormitorio y continuó su meditación.

—Estaba casada con un hombre inexistente... A no ser que hubiera dos Gilbert auténticos... En Peyrignac, entre mis brazos, por la noche, era sincero... Lejos, se embriagaba con sus propios discursos hasta llegar a creer cuánto decía... Soy la viuda de un desconocido... Sólo me queda una cosa por hacer: educar a sus hijos.

Muriendo por otra, Gilbert acababa de romper el lazo sentimental que le había unido a Lucila. Libertada del amor-suplicio, se sentía serena y libre, mientras Moreau-Verneuil, todavía saturado e invadido por Vera, experimentaba un confuso sentimiento de culpabilidad al convertirse en íntimo de otra mujer joven. Aunque Lucila fuese desgraciada, sufría mucho menos que él. Su descubrimiento la libraba de una promesa, la desligaba de un voto. Llevaba luto por su hogar deshecho, pero la certidumbre de la infidelidad la hacía considerarse manumitida del pasado. Al principio formó el proyecto de enseñar las cartas a Moreau-Verneuil, a fin de exorcizarle, pues él ponía en purificar a la pareja fantasma un encarnizamiento ingenuo y caballeresco.

—Empiezo a comprender —decía él—. Vera me abandonó para no traicionarme. No hubiera soportado, las hipocresías del adulterio. A su modo, era leal... Nada le habría sido más fácil que engañarme en secreto... La idea de una huida tan descabellada se le ocurrió porque era la única clase de novela compatible con su naturaleza.

Lucila atrevióse a preguntar:

—¿No ha encontrado ningún escrito de Gilbert, entre los papeles de su mujer? ¿No sabe usted nada?

Y él contestó:

—No quiero saber nada.

—Sin embargo —replicó Lucila—, saber es apaciguar.

—Tal vez... —dijo Moreau-Verneuil—. Pero saber... ¿Qué sabe usted, en suma? Usted no conoció a Vera... La juzga como una francesa razonable... cuando ella era ante todo rusa, esencialmente, extrañamente rusa... Sí, a despecho del destierro, pese a la Revolución... Mi locura fué creer que podía hacer de aquella figura de leyenda eslava una pequeña burguesa parisiense... ¡Saber!... ¿Sabe usted lo que su marido fué para ella?... Nada más, sin duda, que el aviador gracias al cual podría volver a ver el país cuya ardiente nostalgia la consumía.

—¿Cómo? ¿No cree que amara a Gilbert?

—¿De ningún modo!... ¿Cómo iba a amar a un francés?... Lo utilizó...

Lucila no dijo más. ¿Para qué destruir la imagen a la cual se aferraba desesperadamente aquel pobre hombre? Más adelante se preguntó si Moreau-Verneuil se dejaba engañar a sí mismo por sus propios argumentos. Pero ¿qué importaba? Cuando acabó calificando de *obstinación*, *nobleza* y después *heroísmo* lo que antes llamó obcecación, comprendió que se encariñaba singularmente con Moreau-Verneuil.

Graves molestias que les eran comunes les obligaron a verse con frecuencia y a ponerse de acuerdo. El avión había sido comprado a nombre de la señora de Peyrignac y el encargo iba firmado con este nombre. Fué preciso demostrar que la escritura no era la de Lucila. Moreau-Verneuil reconoció generosamente los trazos de Vera y se declaró responsable de la deuda. Más tarde, Lucila recibió la reclamación del alquiler atrasado de un piso de soltero que Gilbert había instalado el año anterior en los bajos de un edificio nuevo, haciéndolo amueblar por un decorador famoso. Encontró en él un surtido completo y variado de uniformes de corte impecable, un bar lleno de botellas vacías y un gran retrato de Vera con vestido de noche, muy escotada, pintado por Jacovleff. Moreau-Verneuil la ayudó a disponer del contenido del piso y en él sostuvieron largas conversaciones.

Al principio, Gilbert y Vera constituyeron los temas únicos de estas entrevistas. Ambos habían sido bastante misteriosos para que fuese posible evocar interminablemente sus gestos y sus palabras... ¿Cómo Vera, tan hostil por su cuna y por sus gustos a la nueva Rusia, se había acercado a la Embajada y obtenido el salvoconducto?... ¿Cómo Gilbert, que adoraba a sus hijos y a su país, se había decidido a abandonarlos para ir a vivir entre extranjeros cuya lengua ignoraba?... Jaime y Lucila disertaron todo un invierno sobre este tema. Sus pensamientos se movían en dos planos distintos, pero complementarios. Lucila, observadora y minuciosamente analizadora, aportaba hechos escuetos, que Moreau-Verneuil, con su habitual nobleza de alma, interpretaba sin malquerencia.

Cuando llegó la primavera, Jaime Moreau-Verneuil propuso algunos paseos a pie por el París viejo y Lucila notó que le resultaban placenteros. ¿Amaba a su compañero? No. Ese sentimiento de serena confianza amistosa no era el sentimiento ardiente y doloroso que le había inspirado Gilbert. Pero no por esto dejaba de ser, en su soledad, un apoyo precioso, incomparable. Sabía que Moreau-Verneuil, por su parte, se encariñaba con ella. Le hablaba de su tesis, le pedía que hiciera algunas búsquedas para él en las bibliotecas, se interesaba por los niños. Tan imperceptibles fueron las transiciones que les llevaron al matrimonio, que en el momento de tomar esta decisión, les pareció completamente natural.

Llevan ahora doce años de casados, y su hogar es uno de los más felices del mundo. Se trata de una dicha que otros considerarán sin brillo y monótona, pues está compuesta solamente de trabajo en común, de vacaciones en el campo, de conversaciones serias y suaves, pero les satisface por completo. Siguen fieles, sin amargura y ya sin pesar, al recuerdo de los dos seres deslumbradores que antaño pasaron por sus vidas, cual meteoros. A menudo todavía, durante los meses de verano, mientras pasean juntos con un paso que continúa siendo juvenil, por algún sendero del bosque, se les ocurre evocar su extraordinaria aventura.

—Siempre me hace pensar —dice Lucila— en lo que cuenta Goethe en las *Afinidades electivas*; dos parejas descubren con terror que sólo un intercambio las haría felices.

—Sí —dice su marido—, pero nuestro caso es mucho más asombroso todavía, porque yo no te conocía, y si el Destino y la Muerte no hubieran intervenido, nunca habría llegado a conocerte.

Ambos opinan que esto hubiese sido una lástima, pero no se atreven a decirlo por temor a despertar ciertas sombras errantes y celosas. Durante unos minutos siguen andando en silencio, mirando a lo lejos las brechas luminosas que abre el sol en el cielo anaranjado.

UN CUENTO DE HADAS EN EL PAÍS DE LAS 36000 VOLUNTADES



I. Michele

A Michèle

—El Fa-ra-ón tu-vo un sue-ño —dijo Olivier—. Le pa-re-cí-a-ha-llar-se a orillas del Ni-lo... Sie-te va-cas gor-das sa-lie-ron del rí-o...

—¡Cállate, Olivier! Estoy estudiando mi fábula y no entiendo lo que digo cuando tú hablas.

Y recomenzó por décima vez:

—Un de-sier-to —dijo Gérald— es u-na in-men-sa ex-ten-si-ón-de-tie-rra estéril... Un vol-cán es u-na mon-ta-ña que lan-za lla-mas y la-va fun-di-da por una a-ber-tu-ra lla-ma-da crá-ter.

—Gérald, cállate —gritó Michèle Estoy aprendiendo mi fábula..., con un queso en el pico.

No, mañana no sabría su fábula y la señorita Buvard se pondría hecha una furia. Aquellos dos muchachos eran insoportables. Por otra parte, no tenía ningún deseo de aprender una fábula: tenía deseos de arreglar los cajones de su cómoda. Le gustaba doblar los pedazos de tela, amontonar los programas y las minutas viejas.

—Es hora de acostarse... —dijo la señorita.

—El Fa-ra-ón —leía Olivier— tu-vo un sue-ño. Le pa-re-cí-a-ha-llar-se a orillas del Ni-lo...

—Un de-sier-to —decía Gérald— es u-na in-men-sa ex-ten-si-ón... con un queso en el pico —recitaba Michèle.

—Vamos, los tres a dormir... y de prisa —repitió la señorita, dando unas palmadas.

—No tengo sueño, señorita —dijo Michèle—, ni ganas de acostarme.

—Los niños no hacen sus treinta y seis mil voluntades —replicó la señorita—. ¡Vaya! A la cama.

Michèle desvistióse tristemente. El día había sido fastidioso. Antes de cenar, en vez de cortar un vestido para su muñeca, tuvo que escribir una carta de gracias a una anciana. Durante la cena quiso explicar una historia que encontraba divertida y papá, que había invitado a un amigo, impuso silencio a

Michèle y habló de las elecciones. Después de cenar intentó aprender una fábula; sus hermanos se lo impidieron. Y ahora la enviaban a la cama. No se enojarían poco las personas mayores si se las mandara de ese modo...

—¡Ay! —se decía al acostarse—. Quisiera saber si existe un país en el cual una pueda hacer sus treinta y seis mil voluntades.

Experimentó cierto placer al poner bajo su cabeza una almohada fresca y luego pensó, no sin temor, en el día siguiente. Con seguridad, Yvonne Lefèvre sabría su fábula y no tendría faltas en el dictado. Resultaba realmente irritante eso de que Yvonne siempre fuese la primera. Michèle trabajaba bastante bien, pero era distraída y, sobre todo, a veces experimentaba unos deseos tan grandes de jugar o de arreglar los cajones de su cómoda, que se olvidaba del trabajo. Permaneció con los ojos abiertos un largo rato, acaso diez minutos; luego le pareció que el rayo de luz, allí, debajo de la puerta del cuarto de sus padres se dilataba y se convertía en un sol.

Al mismo tiempo la blanca sábana del lecho se cubría de arena y Michèle encontróse sola, de pie, en medio de una inmensa extensión de tierra estéril.

—¡Toma! —se dijo—. ¡Si es un desierto!

Miró a su alrededor. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo percibía montañas de arena bastante altas. Parecía una playa en un día de sol fuerte, pero sin mar. La arena era blanca y brillante, demasiado seca, para hacer pasteles con ella y, además, Michèle no tenía pala ni cubo. —He de salir de aquí lo más de prisa posible— pensó. —Si no, pronto tendré hambre y sed. Quizá más allá encuentre algún poste indicador. Después de andar durante un cuarto de hora, divisó a lo lejos una colina de arena que tenía un agujero en la cima y humeaba.

—¡Ah! —se dijo—. ¡Si es un volcán!... Y una abertura llamada cráter.

Se acercó y vio que la lava ardiente había dibujado una inscripción en la ladera del volcán. Michèle descifró, letra a letra, lo siguiente:

PAIS DE LAS 36000 VOLUNTADES

Recinto Mágico

2448 Kil.

—¿Kil? —se preguntó—. ¿Serán kilómetros o kilogramos? Vete a saber... Es estúpido —agregó en voz alta—. Si por lo menos encontrara a un guardia... Siempre le recomendaban dirigirse a un guardia, si alguna vez se perdía. Al pronunciar esa frase oyó un ruido y vio venir hacia ella a un hombre extraño. Andaba con los brazos extendidos hacia adelante y las manos abiertas. Llevaba sobre la cabeza un gorro muy alto, con aspecto de ser de piedra, y se volvía a cada momento, de tal modo que sólo se le veía de perfil. Cuando estuvo algo más cerca, Michèle le oyó farfullar:

—Tres gallinas blancas, tres gallinas negras... ¡Ah, ese sueño, ese sueño!...

—Señor —empezó a decir Michèle.

—Llámeme Faraón —replicó el anciano en tono seco.

—Faraón —repitió Michèle—. Me he perdido.

—A cinco minutos de aquí hallarás una parada de camellos —dijo él encogiéndose de hombros—. Siete camellos gordos y siete camellos flacos... Yo mismo te llevaré allí, si sabes explicarme un sueño.

—¿Qué sueño? —preguntó Michèle, resignada, sentándose al pie del volcán.

—Escucha —dijo Faraón—. He visto primero la gran escalinata de granito rosa de mi palacio...

—¿Granito? ¿Qué es eso? —quiso saber Michèle.

—Una clase de piedra —dijo Faraón, encogiéndose de hombros—. Pero no hagas preguntas. Eres tú quien explica... En esa escalinata he visto tres gallinas blancas que, saltando de peldaño en peldaño, han llegado a lo alto y penetrado en mi palacio... Luego he vuelto a ver la gran escalinata de granito rosa y tres gallinas negras que, saltando de peldaño en peldaño, han llegado a lo alto y penetrado en mi palacio... Este ha sido mi sueño. ¿Qué quiere significar? Michèle, muy turbada, reflexionó un momento. Opinaba que el sueño no significaba nada, pero no quería decirlo por temor a enojar al Faraón. Buscaba la respuesta que podría agradarle.

—Creo —dijo por fin— que eso significa que tendrá usted primero tres niños blancos, y luego tres niños negros.

—¡Ah! ¡Gracias! —exclamó Faraón, al parecer aliviado de una gran inquietud.

La condujo alrededor de las montañas de arena y torció un sendero hacia la izquierda. De camino, le preguntó:

—¿Estamos soñando ahora?

—No lo sé —repuso Michèle—. Si lo supiera me hallaría despierta y entonces ya no soñaría.

—¡Ah! ¡Gracias! —repitió Faraón.

Pronto Michèle avistó una larga hilera de camellos agachados uno tras otro.

—¿Qué camellos tan viejos y sucios! —dijo Michèle—. ¿Dónde están los conductores?

—¿Conductores? Tú misma conducirás —indicó Faraón.

—Pero ¿y si yo no hubiera venido? —preguntó Michèle.

—Entonces no habría sido necesario un conductor —explicó Faraón.

Sube al primero de la fila, porque son muy celosos, y cuando estés sentada baja la oreja derecha del animal, para indicar que está alquilado... Luego dile: «Al Recinto Mágico».

—Preferiría volver a casa —dijo Michèle.

—No, no —replicó Faraón—. Te aconsejo que vayas al Recinto Mágico. Es un país maravilloso, en el cual se hace cuanto se quiere.

—¿Cuánto se quiere? —repitió Michèle—. ¿Se puede jugar todo el día? ¿Comer castañas confitadas una tras otra? ¿Acostarse a medianoche?

—Sí —dijo Faraón—. Cuanto se quiere... Tranquilízate.

Añadió la media voz, tristemente:

—Y allí no se sueña.

—Probaré —decidió Michèle.

Subió al primer camello, inclinóse hacia adelante y le bajó la oreja derecha, lo cual resultó algo difícil porque la oreja estaba oxidada. Luego gritó:

—¡Al Recinto Mágico!

El camello se levantó penosamente y partió al trote ligero. Al marcharse, Michèle oyó al Faraón que murmuraba:

—Cuatro tigres verdes, cuatro tigres azules...

Y tuvo miedo de verse obligada a explicar también aquello. Pero el camello se alejó aprisa y pronto perdió de vista al Faraón. Además no podía pensar mucho, porque buen trabajo le costaba mantenerse en la silla. El trote del camello la hacía bajar y subir como las olas del mar hacen bailar a una barca. El paisaje era triste en torno suyo; la arena blanca brillaba hasta donde alcanzaba la vista.

II. Honteuzekonfu

Después de un paseo que a Michèle le pareció muy largo y que quizá duró dos o tres horas, aparecieron algunos árboles. Luego vió una mancha oscura en la lejanía y el camello se detuvo en el lindero de un bosque.

Michèle bajó y descubrió un rótulo clavado en un abeto.

Leyó lo siguiente:

RECINTO MÁGICO

Dirigirse al Sr. Honteuzekonfu

Cuervo de Servicio

Cuando estaba más cerca observó que en la corteza del abeto aparecía abierta una especie de taquilla semejante a las de las estaciones o de los teatros. Dió unos golpes en la taquilla. No contestó nadie. Llamó más fuerte y oyó:

—Cre-o, cre-o. Ya va, ya va. Abrióse la taquilla y Michèle vió a un cuervo viejo que llevaba antiparras sobre el pico, un casquete de paño negro en la cabeza y una chaqueta de alpaca negra.

—¿Es usted el señor Honteuzekonfu? —preguntó Michèle.

—Así lo cre-o —dijo el cuervo.

Michèle tenía unos deseos locos de recitarle aquello de «con un queso en el pico...», pero temió molestarle y dijo simplemente:

—Señor Del Cuervo, no acabo de entender lo que me ocurre. Estaba en mi cama, en casa de mis padres, y de repente me he encontrado en el desierto... Entonces he visto a un señor de piedra que me ha dicho que era Faraón y me ha aconsejado venir al Recinto Mágico... Entonces he subido a un camello...

Entonces he venido y ya no sé qué he de hacer... ¿Puede usted darme entrada?

—Pero ¿acaso eres hada, tú?

—¿Yo? No, señor Del Cuervo.

—¡Qué fastidio! —exclamó Honteuzekonfu—. Solamente las hadas pueden

entrar en el bosque mágico. ¿Quieres volverte hada?

—Claro está. ¿Puede hacerse?

—Así lo cre-o. Has de contestar a tres preguntas qué te haré... Si tus respuestas me gustan te inscribiré en el registro de hadas; si me desagradan, volverás a subir a tu camello y te invitaré a desaparecer en el desierto... ¿Estás pronta?...

Michèle se sentía muy emocionada. Quiso repasar cuanto sabía, pero las ideas escapábansele y se perseguían unas a otras dentro de su cabeza.

«Evidentemente —pensó—, si me pidiera que le hablase del Faraón o del desierto, todo iría bien; pero si es de Historia de Francia...» Y comenzó a recitar mentalmente:

—Los galos eran paganos... Adoraban el fuego, el sol, el trueno... Honteuzekonfu había abierto un librito. Se quitó los lentes, los limpió, lanzó tres «cre-o» para aclararse la voz y anunció:

—Aritmética: ¿cuánto son ocho por seis?

—Cincuenta y cuatro —dijo Michèle.

—¿Estás segura? —insistió Honteuzekonfu.

—Bastante segura...—replicó Michèle—. ¿Está bien?

—Así lo cre-o —afirmó Honteuzekonfu.

—¿Cómo! ¿Lo cree? ¿No lo sabe?

—Señorita —dijo el cuervo con dignidad—, parece usted olvidar que estoy aquí para hacer preguntas y no para contestarlas.

Luego murmuró:

*Además, en el país mágico
ocho por seis hacen lo que se quiera.*

Después anunció:

—Ortografía: ¿cómo deletrea la palabra gallinero?

—¡Eso sí que es fácil! —exclamó Michèle—. Así: g-u-a-y-i-n-e-r-r-o.

Se sentía muy orgullosa de haber pensado en la «u», y agregó:

—¿Está bien?

—Así lo creo —sentenció Honteuzekonfu.

—Si usted supiera con certeza sería mucho más cómodo —opinó Michèle.

—Eso no alteraría el resultado del examen —dijo el cuervo con tono severo

—. Ahora ¿quieres recitarme una fábula?

—Sí —se apresuró a contestar Michèle—. Sé la del Cuervo y el Zorro.

—No me gusta ésa —cortó secamente Honteuzekonfu.

—También sé la de la Cigarra y la Hormiga.

—Recítala —ordenó Honteuzekonfu.

Hacía mucho tiempo que la había aprendido. Michèle comenzó:

*La codiciosa hormiga,
ocultando a la espalda
las llaves del granero,
respondió a la cigarra:
«¿Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso?
Dime, pues, holgazana,
¿qué has hecho en el buen tiempo?
«Yo —dijo la cigarra— a todo pasajero
cantaba alegremente
sin cesar ni un momento.»
«¡Hola! ¿Conque cantabas
cuando yo anclaba al remo?
Pues ahora que yo como,
baila, pese a tu cuerpo.»*

—Creo que he olvidado algo al principio —indicó Michèle.

—No me he fijado —dijo el cuervo—. Esa fábula me gusta.

—A mí también —aseguró Michèle—, porque es corta.

—Tienes buen gusto —aprobó Honteuzekonfu—. El mismo gusto que yo...

Voy a inscribirte en el registro de hadas. ¿Cuáles son tus apellidos y patronímicos?

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Michèle.

—Esto quiere decir: ¿cómo te llamas?

—¿Por qué no lo decía antes?

—Ya lo digo —replicó el cuervo—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Michèle —dijo ella.

—¿Edad? —inquirió el cuervo.

—Siete años —dijo Michèle.

—¿Tienes hermanos?

—Dos hermanos y una hermana.

—¿Qué puesto ocupas en la clase? ¿Eres alguna vez la primera?

—¡Nunca! —aseguró Michèle.

—Bueno —indicó el cuervo, al parecer tranquilizado—. Voy a inscribirte en el registro de las hadas niñas. Cogió una tarjeta, aseguróse los lentes en el pico y se puso a escribir trabajosamente. Luego tendió la tarjeta a Michèle. Honteuzekonfu tenía una primorosa escritura que casi se parecía a las letras de imprenta, y la niña pudo leer sin dificultad:

La señorita Michèle, hada de segunda clase, tiene autorización para circular por todo el Reino Mágico y para hacer en él sus treinta y seis mil

voluntades.

Por la Reina: Hontezekonfu,
Cuervo de Servicio.»

III. La señorita celeste

—Y ahora —dijo el señor Hontezekonfu—, ahora has de ir a buscar tu vestido, tus alas y tu varita.

—¿Tendré alas y una varita mágica? —se asombró Michèle.

—Naturalmente —dijo el cuervo—. Mi enhorabuena —acabó, tendiendo una pata a la niña.

—¿Por qué? —preguntó Michèle.

—Por haber sido nombrada hada... Es un gran honor.

—Pero es usted quien me ha nombrado —dijo Michèle.

—Precisamente —explicó el cuervo—. Te felicito por haber sido nombrada por mí. Es el mayor de los honores.

—Entonces, ¿por qué no se nombra usted a sí mismo?

—Porque prefiero ser cuervo —afirmó Hontezekonfu.

Salió de la taquilla, saltó al suelo, se quitó las antiparras, se las puso bajo el ala e indicó con un signo a Michèle que le siguiera. Anduvieron un rato en silencio por entre los árboles, hasta llegar a un enorme roble en el cual se leía.

PAIS DE LAS 36000 VOLUNTADES

Dirección del material

Varitas Piso 1.º Puerta W

Aviación Piso 2.º Puerta L

Alta Costura Celeste Piso 3.º Puerta X

El señor Hontezekonfu apretó un pequeño resorte oculto en la corteza del árbol y se abrió una puertecita.

—¡Oh! —exclamó Michèle—. ¡Qué ascensor más precioso! ¡Qué contento estaría mi hermano Olivier, con lo que le gustan los ascensores!

—¿Y a ti no? —preguntó el cuervo.

—¿A mí? A mí me gustan los cuervos —dijo Michèle, que ya comenzaba a conocer a su acompañante.

El cuervo negro se ruborizó de placer y acarició con su ala los pies de Michèle.

—Eres un hada deliciosa —dijo Hontezekonfu—. Escucha: entrarás en ese

ascensor, cerrarás cuidadosamente la puerta y apretarás donde dice: Alta

Costura. Cuando el ascensor se detenga, tú sales y... —Vuelvo a enviar hacia abajo el ascensor— dijo Michèle.

—Si quieres —repuso el cuervo—. Eres hada y harás cuanto quieras... A la derecha verás una puerta con un rótulo que dice: «Señorita Celeste.» Llama... la señorita Celeste es la costurera de las hadas.

—¿Es amable? —preguntó Michèle.

—Es costurera —replicó el cuervo.

E hizo entrar a Michèle en el ascensor.

Todo sucedió a pedir de boca. Cuando estaba en un ascensor, Michèle siempre temía que pasase de largo el último piso y reventara el tejado de la casa. Pero el ascensor del enorme roble se detuvo al llegar al tercer piso. Michèle salió. Vió la puerta de la señorita Celeste. Llamó.

—¡Adelante! —gritó una voz cascada.

Michèle entró y encontróse con una señora vieja, vestida de seda negra y tocada con una cofia blanca sobre sus plateados rizos.

—Buenos días, señorita —dijo la anciana—. ¿Quién es usted?

Michèle le tendió la tarjeta que le diera el cuervo.

—Soy el hada Michèle —anunció.

—Muy bien —dijo la señorita Celeste—. En seguida la atenderé.

Michèle siguió a la señorita Celeste, que subió por una estrecha escalera en espiral, abrió una puerta y de repente las dos se hallaron en una vasta plataforma situada en lo alto del roble. Alrededor de la plataforma sólo se veían hojas; por encima, sólo se veía el cielo.

—¿Dónde están las telas? —preguntó Michèle, sorprendida.

—Ahí —indicó la señorita Celeste, señalando el cielo—. Los vestidos de las hadas pueden hacerse de cinco telas distintas: cielo azul, cielo azul con nubes blancas, puesta de sol (pues tenemos existencias de todos los matices), color de alba y cielo estrellado.

—Pero —quiso saber Michèle—, ¿cómo corta usted esas telas?

—Ahora lo verá —dijo la señorita Celeste—. ¿Quiere cielo azul?

—Sí —asintió Michèle—. No me gustan las nubes.

La señorita Celeste llamó:

—¡Júpiter!

Una gran águila que Michèle no había visto, vino a posarse a sus pies.

—Júpiter, corta un vestido de cielo azul para el hada Michèle... En seguida, por favor.

El águila emprendió el vuelo, remontóse, desapareció y, cinco minutos después, reapareció llevando en el pico un pedazo de cielo cuidadosamente doblado.

—¡Oh! —gritó Michèle—. ¡Qué gracioso!

No había visto nunca nada tan bonito como aquel tejido de cielo. Era azul, mas de un azul muy pálido. No se veía en él ni un resto de blanco y, sin embargo, se adivinaba que una imperceptible nube había flotado por el cielo un momento antes de cortarlo Júpiter. No se veían estrellas y, sin embargo, se adivinaba que contenía estrellas invisibles.

—Al tacto —dijo la señorita Celeste— es como agua tibia. Pruebe y verá. Desdobló el pedazo de cielo, que ondeó a su alrededor, y arropó con él a Michèle con tanta maña que al momento hallóse la niña dueña del más precioso de los vestidos de hada, sujeto a un lado por un creciente de luna y al hombro por una estrella.

—Es usted hábil —le dijo a la señorita Celeste—, hábil como...

Iba a decir como un hada, pero pensó que acaso no sería esto muy modesto, y se contuvo.

—¿Y mis alas?

—Ahora nos ocuparemos de ellas. Están en el segundo piso... Pero antes hemos de ir a las balanzas, a pesarla.

—¿Por qué?

—Porque —explicó la señorita Celeste— las dimensiones de las alas dependen del peso del hada. Un hada rechoncha necesita unas alas mucho mayores que un hada ligera como usted.

En la sala de la balanza, Michèle vió un cartelón:

PESO y ALAS

15 kilos, alas: 0,55 m.

16 kilos, alas: 0,56 m.

17 kilos, alas: 0,57 m.

18 kilos, alas: 0,58 m.

La balanza indicó que Michèle pesaba 25 kilos, y el cartelón señaló para ella unas alas de 0,65 m.

—Ahora iremos al almacén de alas —dijo la señorita Celeste— ¿Qué desea? ... Tenemos alas de modelo antiguo, hechas con plumas de avestruz, o alas última moda, de tela de seda y bastidor de aluminio.

—¿Cuáles son mejores? —preguntó Michèle.

—Las modernas van más rápidas —explicó la Señorita Celeste—. Las antiguas son más elegantes.

—Prefiero ir aprisa —concluyó Michèle.

La señorita Celeste suspiró.

—¡Ay! —dijo—. Así opinan casi todas las nuevas hadas. Mis plumas de avestruz se están echando a perder... Bueno... Mírelas... Alas del 65... monoplanas. También tenemos alas biplanas, pero no se las aconsejo... A su

edad, sería demasiado peso... Espere, se las pondré yo misma. Fijó las alas a los hombros de Michèle y luego le explicó cómo debía hacerlo para subir, bajar y posarse.

—Sobre todo —aconsejó—, mucho cuidado al aterrizar.

—¿Qué es aterrizar? —preguntó Michèle.

—Posarse sobre el suelo —dijo la señorita Celeste.

—¿Y cuando se va por encima del mar?

—Entonces se dice «amerrizar» —afirmó la señorita Celeste.

—¿Y si se llega a un lago?

La señorita Celeste pareció turbarse.

—No lo sé —dijo—. Hágalo, pero no lo diga... En todo caso, en ese momento lleve las alas a medio plegar, señorita, y sin velocidad... Al comienzo todas nuestras hadas sufren accidentes porque quieren aterrizar demasiado aprisa. Y, cuando pase por encima de ciudades, preste atención a los hilos del telégrafo... Ahora, su varita.

Las varitas mágicas eran listones de madera semejantes en todo a los que usan los niños para hacer rodar el aro en los Campos Elíseos. La señorita Celeste cogió una y se dirigió hacia un enorme pozo que Michèle no había notado y en el cual se hallaba pegado un marbete: Agua Imaginativa. Sumergió la varita en su interior. Se volvió transparente como el cristal y adquirió un reflejo dorado.

—Tómela —dijo la anciana señora alargando la varita a Michèle—. Ahora puede hacer aparecer al instante cualquier objeto que desee, en el lugar que toque con la varita.

—¿Es muy frágil? —preguntó Michèle.

—No, en absoluto.

—¿Puedo probarla?

—Claro está.

—Mis hermanos y yo deseábamos un pequeño automóvil de persona mayor; uno de esos de verdad, ¿sabe usted?, con moto...

—Muy bien —dijo la señorita Celeste—. Apoye la varita contra el suelo y describa el auto tal cual lo desea.

—¿Y saldrá del suelo? —preguntó Michèle.

—No saldrá —fué la respuesta—. Estará aquí, sencillamente.

—¡No es posible! —exclamó Michèle.

—Pruebe.

Michèle apoyó en el suelo la punta de la varita e inmediatamente un precioso coche encarnado se perfiló delante de sus ojos. En efecto, no había salido de la tierra: se formó en el aire.

—¡Oh! ¡Estoy contentísima!... —dijo Michèle encantada—. ¿Podré llevármelo conmigo al Recinto Mágico?

—¡Ni pensarlo! —afirmó la señorita Celeste—. Irá volando al Recinto

Mágico y no le sería posible transportar ese objeto tan voluminoso. Pero eso no tiene importancia, puesto que cuando esté allí con la varita podrá crear uno, dos, diez automóviles iguales a éste.

—¿Ah, sí? —dijo Michèle con un dejo de tristeza—. Pero no será ya el mismo. ¿Cuándo partiré?

—En seguida —decidió la señorita Celeste.

Voy a conducirla al campo de la salida.

IV. El viaje aéreo

Era un vasto prado rodeado de algunos árboles. En la entrada había un rótulo:

AVIACION DE LAS HADAS
Campo de prácticas

Dos altos tilos montaban la guardia a este cartel. En el de la izquierda se abría una taquilla sobre la cual leíase:

PARA VUELOS DE PRUEBA
Dirigirse al Sr. Dulceamor
Pichón de Servicio

La señorita Celeste llamó. Se oyó desde el otro lado de la taquilla un:

—Rrrrrrrrru... Rrrurru... Rurrurru...

—¡Señor Dulceamor! Soy la señorita Celeste.

La taquilla se abrió y asómose un pichón que saludó muy amablemente y dijo:

—Rrrurru... ¿En qué puedo servirla, querida y deliciosa señorita Celeste?

—Señor Dulceamor, le traigo a la joven hada Michèle, que va a salir hacia el Recinto Mágico. Se la confío. Necesita algunos minutos de prácticas. No ha volado nunca... Bien, hada Michèle, hasta la vista... y buenas voluntades...

—¿Por qué dice usted «buenas voluntades»?

—Porque en el Recinto Mágico no se puede decir «Buena suerte»; aquí cada uno hace su suerte como le viene en gana.

—¡Es verdad...! —repuso Michèle—. Bueno, pues... buenas voluntades, también.

Después de la marcha de Celeste, Michèle se volvió hacia el pichón.

—Rrrrrrru... —dijo éste—. Encantadora y linda hada azul. ¿Has volado ya alguna vez?

—Nunca —contestó Michèle.

—Bueno —agregó el pichón en tono muy amable—, voy a darte tu primera

lección, chiquilla.

Salió de su árbol y se posó en los hombros de Michèle, a fin de comprobar si las alas estaban bien sujetas.

—Muy bien —dijo—. Muy bien... Tienes unas alitas espléndidas y pareces hecha para volar... Pero has de poner cuidado, chiquilla... Todos los accidentes suceden por imprudencia... Vosotros, hombres o mujeres, decís: «Pichón, vuela», como si tal cosa..., como si fuera natural. Todo es natural y nada es natural. El pichón vuela porque aprende a volar. Y le explicó cómo vuelan los pájaros. Había en el campo un gran número de gaviotas blancas dedicadas a la instrucción de las hadas. El señor Dulceamor, que era su jefe, explicó a Michèle que algunas de ellas volaban sin mover siquiera las alas.

—¿Cómo se las arreglan? preguntó Michèle.

—¡Ah! —repuso el señor Dulceamor—. Saben aprovechar las corrientes de aire. —Te habrán enseñado que en el agua hay fuertes corrientes que pueden arrastrarte lejos sin necesidad de nadar... Lo mismo ocurre en el aire... A petición del señor Dulceamor, una golondrina enseñó a Michèle cómo se hace para posarse en una rama, cómo se entra en un agujero del muro, en un nido.

—Quiero probar —dijo Michèle.

—Para eso has venido —asintió el pichón—. Da algunos aletazos y vuela algunos metros... No vayas lejos por ser la primera vez. Michèle agitó las alas como había visto que lo hacían los pájaros, y de súbito sorprendióse de hallarse a diez metros por encima del suelo. Entonces cesó de volar y se sintió caer tan bruscamente que tuvo miedo. —Bate las alas antes de aterrizar— le gritó desde lejos el pichón. Lo hizo y posóse suavemente en el césped.

—No está mal —opinó el señor Dulceamor—. Tienes aptitudes y vuelas con elegancia. —Algunas pruebas más y ya podrás irte al Recinto Mágico.

—¿Y cómo encontraré el Recinto Mágico? —preguntó Michèle.

—Es muy sencillo —explicó el pichón—. El Recinto Mágico está exactamente al Sur. Ahora es mediodía. Con seguir al sol te bastará. ¿Te han enseñado cuáles son los puntos cardinales?

—Sí —dijo Michèle— Cuando estoy de cara al sol, el Este lo tengo a la derecha y el Oeste a la izquierda.

—Exacto —dijo el pichón—, pero al revés. De todos modos, no podrás equivocarte, porque el Recinto Mágico está cubierto de manzanos en flor. Volarás en dirección al sol, por encima de un gran bosque, y cuando divises a lo lejos una mancha blanca, allí estará el Recinto Mágico... No intentes aterrizar en los árboles, porque si te rompes un ala no habrá nadie para ayudarte... Y sigue la ruta aérea del Recinto Mágico, que está señalada en las copas de los árboles con telas color de otoño; es la ruta seguida por las palomas que llevan los mensajes de la Reina.

—¿Qué Reina? —se asombró Michèle.

—La Reina de las Hadas —aclaró el señor Dulceamor—. Nuestra Reina...

Nuestra loca y encantadora Reina... Rrrurrru... Rrrurrru... Dió a Michèle una completa lección de vuelo y la autorizó a partir. Apenas se hubo elevado por encima del campo y luego del bosque, vió a otras muchas hadas volando. Algunas iban muy bajas, se posaban en las ramas, daban unos saltitos y luego echaban de nuevo a volar. Eran probablemente hadas ya ancianas. Otras, al contrario, como Michèle, volaban con bastante torpeza. A veces dejaban de avanzar durante varios minutos porque encontraban una corriente de aire contraria. En ocasiones caían bruscamente diez metros seguidos, cual si hubieran tropezado con un pozo: es que habían caído en un bache de aire.

Michèle acababa de dar una de estas caídas y procuraba penosamente recobrar el equilibrio y el aliento, cuando le pareció oír gritar a sus espaldas:

—¡Michèle! ¡Detente! ¡Espéranos!

»¡Vaya! —pensó—. Ya me zumban los oídos de tan cansada como estoy.

Dentro de poco no podré seguir volando y me ahogaré.»

Porque tenía mucho más la impresión de nadar que de volar. Pero oyó otra vez los gritos de:

—¡Michèle! ¡Michèle!

Volvióse y se asombró al ver a dos de sus amigas de la escuela. Odette Semblefeuille y Eliana Cloarec. Eran las dos últimas de la clase, pero Michèle las quería mucho. Disminuyó la velocidad del vuelo a fin de dejarse alcanzar y les dijo en seguida:

—¿Cómo estáis aquí?

—Como tú —replicó Odette.

—¿Habéis pasado por el examen del señor Honteuzekonfu?

—¡Naturalmente!

—¿Habéis contestado?

—Así lo creo —dijo Eliana riendo—. Si no hubiésemos contestado no estaríamos aquí. Lo extraordinario es que Yvonne ha sido rechazada..., no la han dejado entrar. ¡Yvonne, que es siempre la primera...!

—¿De veras?... ¿Qué le ha preguntado?

—Le ha preguntado: «¿Cuántos son seis por ocho?»

—Y ella ¿qué ha contestado?

—Ha respondido: «Cuarenta y ocho».

—¡Ah! —exclamó Michèle—. ¡Ya me parecía a mí que eran cincuenta y cuatro!... Sin embargo, no hay duda de que Yvonne sabe de sobra la tabla de multiplicar.

—Hemos de creer que no —dijo Odette—, porque el señor Honteuzekonfu la ha rechazado con mucha severidad. ¡Qué chasqueada ha quedado!

—No encuentro muy divertido esto de volar —comentó Eliana.

—No —dijo Michèle.

—¿Qué pájaro es ese tan grande de ahí arriba?

—Un águila, me parece... ¿No habéis visto a Júpiter? —preguntó Michèle.

—¡Oh, sí! —dijo Eliana—. Y al señor Dulceamor... muy amable... Me ha dicho que era deliciosa.

—Y a mí adorable —añadió Odette.

—Y a mí encantadora —agregó Michèle.

—Es un excelente maestro —aseguraron todas.

Hablaron largo rato de su extraordinaria aventura y charlando olvidaron el fastidio del viaje. Al cabo de cosa de hora y cuarto de vuelo, percibieron a lo lejos la mancha blanca de la cual les había hablado el señor Dulceamor.

—¡El Recinto Mágico! —exclamaron las tres a un tiempo. Al acercarse, vieron un espectáculo hermosísimo. El Recinto estaba cubierto por entero de manzanos en flor que formaban como un inmenso mar blanco en el que se mecían las olas.

—Lo que resultará difícil —dijo Eliana— será aterrizar.

—Mirad —gritó Michèle—. Allá, en el centro, hay un gran campo sin manzanos.

—Sí —confirmó Eliana—, pero está lleno de gente. Les gritaremos que se aparten... Y no olvidemos la lección del señor Dulceamor: Alas plegadas y un par de aleteos antes de posarnos... Rrrurru... rrru... Dejáronse deslizar suavemente hacia el centro del Recinto, y cuando llegaron a cinco metros del suelo vieron una apretada masa de chicos y chicas sobre el terreno en el cual querían aterrizar.

—¡Apartaos! —gritó Michèle.

Pero nadie se movió. Aquellos niños parecía que estuviesen peleándose: vociferaban, gesticulaban, no escuchaban.

—Por favor —gritó Eliana—, apartaos o aterrizaremos sobre vuestras cabezas.

No hicieron caso de aquellas tres hadas nuevas. Era como si no las viesen.

—¡Qué malos son! —comentó Odette.

Y fué a posarse sobre la cabeza de una muchachita que lanzó un grito, y de un gesto hizo caer a Odette. Esta, en la caída, se rompió un ala. Michèle se las arregló para «espaldizar» sobre las espaldas de un chico, y Eliana para «amanzanizar» bien que mal en un manzano. Cuando Michèle saltó de las espaldas del muchacho, le miró con asombro muy explicable porque era su hermano Gérald.

—¡Cómo! ¿Tú aquí?

—Claro. Y Olivier también... Me has hecho daño, Michèle —agregó frotándose las espaldas con furor.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó Michèle.

—Desde anoche —repuso Gérald.

—¿Habéis pasado el examen? No es posible... ¡Pero si ni uno ni otro sabéis nada!... A no ser que os hayan preguntado si los galos eran paganos...

—Nada de eso. Me han preguntado cuántos son seis por ocho...

—¿Y qué has respondido?

—Cuarenta y cinco.

—No me extraña —dijo Michèle—. La única tabla que sabes es la del cinco... ¿Y lo ha encontrado bien?

—Sí, muy bien.

—¡Qué cuervo más chocante! —opinó Michèle—. A mí me dijo que cincuenta y cuatro también era justo... En fin, espero que aquí seréis más amables que en casa, ¿no?

—Aquí no se es amable, Michèle. Aquí se hace cuanto se quiere.

—Precisamente..., y si se quiere ser amable, es posible serlo —replicó Michèle en tono severo.

—Sí, pero no se quiere, ¿sabes? —dijo Olivier—. Nadie quiere ser amable.

—Entonces, ¿qué hacen?

—Se pelean —explicó Gérald con una mueca.

Michèle miró inquieta la agitada multitud de niños.

—Me romperán las alas —dijo.

—No —aseguró Gérald—. Déjalas en el guardarropa. Se halla allí, al fondo, ¿ves?, al lado de la casa de la Reina de las Hadas.

—¿Es verdad! La Reina de las Hadas está aquí. ¿Se la puede visitar?

—Si quieres...

—Pero ¿no es la costumbre?

—No hay costumbre. Aquí cada uno hace lo que quiere.

En aquel momento, Eliana vió acercarse a su grupito a un hombre muy alto. Su rostro era rosado y liso, sus cabellos blancos como la natilla. Vestía una chaqueta arrugada de basta tela color de brezo, con calzón corto y medias a cuadros verdes y encarnados. Tenía aspecto benévolo, pero su presencia sorprendía porque en el recinto entero no se veían sino niños.

—¡Dios mío! —dijo Eliana a Gérald—. ¿Quién es ese señor?

—¡Bah! contestó Gérald, llevándose las manos a la cabeza. —¿Ese? Es el señor Knockbottom, un escocés... muy amable, pero algo peligroso. Hace un momento le rompió tres dientes al hada Francisca.

—¿Cómo?

—Juega con una pelotita a la cual da golpes con un gran bastón y la pelotita salta a veces hasta cien metros... Si uno se encuentra en el camino de la pelota, es menester guardarse.

—¿Qué han hecho —preguntó Michèle— con Francisca y sus tres dientes?

—¿La han llevado al dentista?

—¡Oh, no! Los han reparado con la varita mágica. Han apoyado la punta en

la encía y han dicho: «Que salga un diente», y el diente ha salido... Es muy sencillo... Francisca se ha divertido haciéndose dientes nuevos, y ahora tiene cuarenta.

Michèle, en esto, miró a su hermanos y se dió cuenta de que ellos también tenían en la mano sendas varitas mágicas.

—¿Las habéis hecho servir ya? —preguntó.

—¡Claro! Tenemos un garaje lleno de autos y esta mañana, nos hemos preparado un desayuno excelente: chocolate, pastel de fresas, un pan, mantequilla, mermelada de naranja... Pero me he visto obligado a hacer dos veces el chocolate, porque la pelota del señor Knockbottom ha roto la taza.

—Venid conmigo —dijo Michèle—, voy a dejar mis alas en el guardarropa y, al mismo tiempo, haré una visita a la reina.

V. Nuestra loca y encantadora Reina

El palacio de la Reina de las Hadas era una gran casa de vidrio sostenida por columnas de cristal y cubierta por entero de rosas.

—¡Toma! —dijo Michèle—. En este país las rosas florecen al mismo tiempo que los manzanos.

—Todo florece cuando se quiere —dijo Olivier—. La Reina de las Hadas cambia su casa dos veces por día; esta mañana se parecía a la del tío Pedro; ayer a la de la Cenicienta; hoy no se parece a nada.

—¿Podemos entrar? —dijo Michèle.

—Si quieres... —aseguró Olivier.

No había nadie guardando la entrada del palacio. En el zaguán se veían montañas de cartas sin abrir. Aunque estaban en pleno día, todas las lámparas hallábanse encendidas. Los niños pasaron por una biblioteca en la cual millares de libros habían sido arrojados al azar, de modo que formaban una especie de túnel bajo el cual transitaron.

—Es como el cuarto de papa —comentó Michèle.

—Todavía hay más desorden aquí —afirmó Gérald.

—¡Imposible! —concluyó Michèle.

Luego entraron en el salón donde estaba la Reina. Era muy bonita. Ostentaba sobre la cabeza una pequeña corona y tenía en la mano una varita mágica más brillante que las demás, con la cual se ocupaba, entonces, en transformar todos sus muebles. Lo hacía tan rápidamente que resultaba cómico mirarla. Por ejemplo, contemplaba un cuadro que representaba una ciudad llena de coches; apoyaba la varita y el cuadro se convertía en el retrato de una mujer. Contemplaba a esta mujer durante diez segundos, volvía a apoyar la varita y la mujer desaparecía y era reemplazada por un palacio indio delante del cual se bañaban elefantes, negros y encarnados. Gérald echóse a reír.

La Reina se volvió.

—¡Ah! —dijo al verle—. Me has traído a tu hermana. Buenos días, hada Michèle. Te esperaba. Tu madre vino cuando era niña, se quedó con nosotros una temporada y después, claro está, tuvo que abandonarnos.

—¿Por qué está claro? —preguntó Michèle.

—¡Oh! —dijo la Reina, apoyando su varita en una mesilla que al momento se convirtió en una lámpara—, porque nadie puede permanecer siempre aquí. Salvo el señor Knockbottom, nadie pasa de los doce años en el Recinto.

—Excepto Vuestra Majestad —dijo Michèle.

Estaba orgullosa de saber que debía decirse Vuestra Majestad.

—¡Oh! Para mí es diferente. Yo estoy loca —repuso la Reina.

—¿Cómo? —exclamó sorprendida Michèle.

—Sí —dijo la Reina, apoyando su varita sobre una silla, que quedó convertida en un soplo en cómoda.

Los niños se miraron unos a otros.

—Señora Reina —dijo tímidamente Eliana—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó la Reina.

—Quiero decir que adónde hemos de ir —explicó Eliana—. ¿Cuáles son las reglas?

—¿Cuáles son —intervino Michèle— las órdenes de Vuestra Majestad?

La Reina dirigió su varita hacia el techo, donde se formó en seguida una hermosa cubierta de cristal, y entretanto tarareó con una música muy bonita:

*Sólo una regla aquí debe regir:
autorizar cualquier tontería,
pues son únicos cuerdos en vivir
los locos, y descortés la cortesía.*

Las niñas se miraron entre sí.

—¿Qué es eso? —dijo Eliana.

—Es una fábula —repuso Odette.

—¿Quién ha escrito esa fábula? —preguntó Michèle a la Reina.

—Quien queráis —contestó la Reina.

Y añadió:

—¿Os gustaría un bombón?

Extendió la varita hacia un velador y sobre él apareció al instante un enorme estuche lleno de gruesos bombones. Pero tan pronto los vió, mudó de parecer, apoyó la varita, los cambió en caramelos y se olvidó de ofrecerlos. Luego, cantó, llevando el grupo en dirección a la puerta:

*Cantad, hablad, gritad, luchad con brío,
chillad y aullad, mis jóvenes queridas.
Cuanto más libre dejéis el albedrío,
más gracia encontraréis en vuestras vidas.*

Delante de la puerta, les dijo:

—Esta tarde hay fiesta en Palacio. Confío en vuestra asistencia.

Al despedirse de los niños, agregó:

—Si queréis...

Y Michèle contestó:

—Buenas voluntades.

VI. Melania

Cuando los niños se encontraron afuera, miráronse algo turbados. ¿Qué harían? No sabían siquiera la hora.

—¿Y si nos hiciéramos servir una merienda por nuestras varitas mágicas?

—sugirió Olivier.

—Sí —dijo Michèle—, pero tengo una idea... Vamos a pedir una mesa baja y podremos sentarnos en la hierba.

—¡Ca! —replicó Gérald—. Será mucho más divertido pedir una mesa de verdad y fabricar también sillones y sillas.

Michèle y su hermano comenzaron a discutir. Gérald extendió su varita diciendo:

—¡Que venga una mesa grande!

Y, cuando la mesa comenzaba a aparecer, Michèle extendió su varita y exclamó:

—No, que venga una mesa pequeña.

Entonces ya no vieron nada. Los dos niños se miraron.

—¡Vaya! Las varitas mágicas no funcionan —dijeron. Una chiquilla que les estaba contemplando se puso a cantar riendo:

*Más por más aquí hace más,
y menos por menos, menos;
pero más por menos también es menos
y menos por más no hace más.*

Aquella niña era pelirroja y tenía cara de mala.

—¿Qué ha recitado? —preguntó Gérald.

—No sé —repuso Michèle—. Algo de Aritmética... Oye, Gérald: déjame pedir la mesa y yo te dejaré pedir los cubiertos. Entonces trabajaron en buena armonía. Michèle pidió una mesa de roble, porque no quería poner manteles, sino pequeñas servilletas de colores que obtuvo tan pronto las encargó, con sus iniciales bordadas, lo cual motivó grandes protestas de los demás.

Luego Gérald pidió platos y vasos, y, como las servilletas eran de color violeta pálido, hizo los platos de amarillo naranja. Olivier se encargó de la

merienda y pidió naranjada, café helado y chocolate caliente. Eliana ocupóse de los pasteles y las confituras. Odette, a la cual concedieron los bocadillos, los hizo de pollo, de jamón, de tomate y, sobre todo, de una deliciosa mezcla de anchoa y queso.

Los chiquillos brincaban en torno a la mesa, palmoteando de gozo. Luego Gérald hizo sillas y se sentaron. Cuando Michèle extendía la mano para servir chocolate a sus amigas, la muchacha pelirroja, que no había cesado de mirar, extendió su varita y dijo:

—¡Qué todo desaparezca!

Los cinco niños cayeron brutalmente al suelo, donde quedaron sentados, y, cuando se repusieron de la sorpresa, la mesa y sillas ya no estaban allí. Todos se volvieron con furor hacia la chica pelirroja.

—¿Quién eres? —preguntó Michèle.

—Soy el hada Melania.

—¿Por qué nos has quitado la merienda?

—Porque me da la gana —contestó.

—Pero no te hemos hecho nada.

—Yo no digo que me hayáis hecho nada —replicó Melania.

—Entonces ¿por qué nos combates?

—Porque me da la gana —dijo Melania.

—Pues yo no quiero —gritó Michèle.

—Tú tienes el derecho de no querer —replicó Melania— y yo el de querer.

*Sólo una regla aquí debe regir:
autorizar cualquier tontería,
pues son únicos cuerdos en vivir
los locos, y descortés la cortesía.*

—Esa fábula me disgusta —dijo Michèle.

Extendiendo su varita, ordenó:

—¡Que vuelva la mesa!

—¡Que no vuelva! —mandó Melania, extendiendo la suya.

No apareció mesa alguna.

—¡Esto es injusto, muy injusto! —exclamó Michèle, volviéndose hacia sus amigos—. Tendría que haber por lo menos media mesa.

Pero Melania se puso a bailar, cantando:

*Más por más aquí hace más,
y menos por menos, menos;
pero más por menos también es menos
y menos por más no hace más.*

La situación se ponía grave. Los cinco niños se reunieron en consejo de guerra.

—¿Qué hacemos? —dijo Gérald.

—Pegarle —propuso Odette.

—Sí; pero ¿y si ella también nos pega? —observó Gérald.

—Además, no se puede pegar mientras se come —objetó Michèle.

—Evidentemente —indicó Eliana—, ella se vengaría.

—Hemos de echarla de aquí —afirmó Odette.

—O invitarla —sugirió Gérald.

Los demás se miraron con asombro.

—A veces tienes buenas ideas —dijo Michèle—. Si la invitásemos —No hay otro modo de apaciguarla.

—Pero no es amiga nuestra —repuso Eliana.

—Será amiga nuestra cuando la hayamos invitado —aseguró Gérald.

Michèle se acercó a Melania, que les miraba desde lejos con ojos furiosos.

—¿Quieres merendar con nosotros? —le dijo.

—No —contestó Melania.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana —repuso Melania.

—Entonces, vámonos —gritó Olivier—. Es demasiado mala.

Se fueron, seguidos a distancia por Melania. Llevarían andando dos o trescientos metros bajo los manzanos cuando se encontraron frente al señor Knockbottom, que, de pie en el centro del prado, se preparaba cuidadosamente a golpear la pelotita colocada delante de sus pies. Michèle y sus amigos se apartaron. El señor Knockbottom tomó carrerilla y dió un golpe a la pelota. Se oyó un grito. La pelota había chocado contra el estómago del hada Melania, la pelirroja.

—¡Ha caído! —gritó triunfante Olivier.

—¡Quizás haya muerto! —supuso Michèle.

—Ha detenido mi pelota —dijo el señor Knockbottom—. Este terreno es muy malo para jugar.

A fin de consolarse, con la contera de hierro de su bastón (que le servía de varita mágica) hizo salir a lo largo de los manzanos un hermoso seto de velosillas y tulipanes encarnados. Luego se sentó en el césped y bostezó.

—Estas flores crecen demasiado de prisa —dijo—. Es fastidioso.

—Cierto. Todo es fastidioso en este país —opinó Michèle.

—Vamos al palacio de la Reina —propuso Eliana—. Está loca, pero es muy linda.

—Sí, vamos a Palacio —asintió Michèle.

—Vamos a Palacio —repitió el señor Knockbottom.

Y los siguió, balanceando su bastón con contera, bajo el cual nacían, en la hierba, incontables jacintos silvestres.

VII. Fiesta en palacio

El vestido de la Reina estaba hecho de filamentos eléctricos, a lo largo de los cuales corrían veloces luces formando dibujos que cambiaban sin cesar; ora se leía en ellos «36000 voluntades» en letras de fuego; ora ofrecía el aspecto de una fuente luminosa, ora de una tempestad en el campo.

—Se parece a la Torre Eiffel —comentó Olivier.

—¡Qué manera más extraña de recibir! —dijo Michèle.

En efecto, la Reina corría a derecha y a izquierda, comenzaba frases que dejaba sin terminar y organizaba un juego a cada minuto, de modo que nadie jugaba. Centenares de niños tropezaban unos con otros y se pegaban. Había una orquesta, que estaba compuesta por doce músicos cada uno de los cuales tocaba lo que se le ocurría, y así resultaba imposible entender nada. Sin embargo, Michèle distinguió las tres primeras notas de «Al claro de luna» y unos compases de «La Marsellesa».

—¡Es horrible! —le dijo a Eliana.

—Sí —corroboró Gérald—. Sería necesario que la señorita viniera a poner un poco de orden.

En un rincón encontraron un corrillo de muchachitas que jugaban a reconocer retratos e intentaron adivinarlos.

—¿Es un hombre? —preguntó Michèle.

—Sí —dijo una de las niñas.

—¿Vive?

—Sí —contestó otra.

—¿En París? —siguió inquiriendo Michèle.

—Sí —repuso la tercera niña.

—¿Es poderoso?

—Mucho —dijo la cuarta.

—¿Es el Presidente de la República?

—¡No! Es Juana de Arco —aclaró la quinta.

—¡Cómo! Si dijiste que era un hombre —protestó Michèle.

—Es lo que se quiere —afirmó la tercera.

Michèle murmuró a media voz al oído de Eliana:

—¿Si nos fuéramos a jugar, nosotros cinco?

Los cinco niños subieron muchas escaleras y en el tercer piso encontraron una sala vacía. Se instalaron en los sillones y Olivier dijo:

—¿Qué haremos?

—Tengo una idea —indicó Michèle—. Juguemos a la Escuela...

—¡Sí! ¡Va! —gritó Olivier, palmoteando.

Y en seguida comenzó:

—El Faraón tuvo un sueño... Le parecía hallarse a orillas del Nilo...

—¡Cállate, Olivier! —ordenó Michèle.

—Un volcán —dijo Gérald— es una montaña que lanza llamas y lava fundida por una abertura llamada cráter.

—¡Cállate, Gérald! —dijo Michèle—. Voy a haceros preguntas. Yo haré de maestra.

—No —atajó Odette—. Lo haré yo.

—¿Por qué? —dijo Michèle.

—Porque quiero —dijo Odette.

Pero los cuatro restantes empezaron a gritar.

—¡Basta! —dijeron—. Vamos a establecer unas reglas para nosotros.

Michèle hará de maestra. Después le tocará a Odette. Michèle, haznos preguntas.

—Veamos, Gérald —dijo Michèle—. ¿Quién fué el hombre que defendió las Galias contra los romanos?

—César —contestó Gérald.

—¡Muy bien! —exclamó la Reina de las Hadas, que se hallaba detrás del grupo.

—Veamos, Eliana —dijo Michèle—. ¿Quién fué el padre de Luis XIII?

—Luis XII —contestó Eliana.

—¡Muy bien! —exclamó la Reina de las Hadas. En este momento el señor Knockbottom entró en la sala.

—Hacedle una pregunta —dijo la Reina.

Pero Knockbottom sacó una pelota del bolsillo y la puso frente a él.

—¡Ah, eso sí que no! —gritaron los niños tapándose los ojos con temor.

—¿Por qué? —preguntó la Reina— dejadle hacer... es mi invitado.

—Pero no el nuestro —replicó Michèle.

—Entonces, dirigidme una pregunta —propuso el señor Knockbottom.

Michèle reflexionó largo rato. Por fin le dijo:

—¿Cuál es la capital de la Gran Bretaña?

—Edimburgo —fué la respuesta del señor Knockbottom.

—¡Muy bien! —exclamó la Reina de las Hadas.

Cuando, una hora después, las niñas dijeron «Buenas voluntades» a la Reina, Michèle le preguntó:

—Y ahora, ¿adónde nos aconseja Vuestra Majestad que vayamos a dormir?
—Adonde queráis —contestó la Reina.

VIII. El regreso

—Yo —dijo Michèle a sus amigos apenas hubieron salido de Palacio— ya no tengo treinta y seis mil voluntades. No tengo más que una.

—¡Yo también! —dijo Eliana.

—¡Yo también! —dijo Odette.

—¡Yo también! —dijeron a un tiempo Gérald y Olivier.

Los cinco niños se miraron y echáronse a reír.

—Pero —observó Gérald— para volver necesitamos las alas y he perdido el número del guardarropa.

—No necesitamos las alas para nada —opinó Michèle—. Tenemos las varitas mágicas. Con decir: «Quiero volver a encontrarme en mi cama», todo arreglado.

—Probemos... Olivier primero, porque es el más pequeño.

Olivier extendió su varita y dijo:

—¡Quiero volver a encontrarme en mi cama!

Y al momento desapareció.

Michèle, a su vez, extendió la varita, cerró los ojos y dijo:

—¡Quiero volver a encontrarme en mi cama!

Entonces vió de nuevo, muy de prisa, como si se hiciera girar una película rápidamente y al revés, el gran camino color de otoño sobre las olas verdes del bosque, luego la arena blanca del desierto y percibió, a lo lejos, la llama roja del pequeño volcán.

La llama fué aumentando de tamaño. Michèle abrió los ojos.

Estaba en su cuarto. Alguien había abierto los postigos y un rayo de sol iluminaba alegremente las sábanas. Nada aparecía cambiado. En el sillón vió su gran muñeca vestida de seda azul pálido; sobre la chimenea, el barco de vidrio blanco y rojo que ganó en la feria; en las paredes, las fotografías de sus padres y sus hermanos. La señorita estaba junto a la puerta y decía:

—Vamos, chiquilla, levántate. Llegarás tarde a la escuela.

Michèle se frotó los ojos y se levantó. Sentíase muy contenta de haber vuelto a encontrar su casa y hasta su trabajo. Sólo que intentaba en vano repasar de memoria las lecciones para la mañana. Pensaba en Honteuzekonfu,

en la señorita Celeste, en la Reina, y hubiera deseado ir a la escuela volando por encima de las casas.

—¿Dónde están mis alas? —preguntó Michèle.

—¿Tus alas? —dijo la señorita—. Tienes dos piernas bastante fuertes para andar.

En la escuela encontró a Eliana y a Odette; pero como no se sentaban a su lado, no pudo hablarles del Recinto Mágico.

—¿Michèle? —gritó la voz serena de la señorita Buvard—. ¿En qué estás pensando?

—En nada, señorita.

—Levántate y recita tu fábula.

Michèle se puso en pie y se balanceó levemente buscando el primer verso.

Por fin lo encontró:

*Maese Cuervo, sentado en su taquilla,
antiparras tenía sobre el pico...*

—¿Te has vuelto loca, Michèle? —exclamó la señorita Buvard—. Siéntate. Te pongo un cero. No me gusta que las niñas se burlen de mí.

Michèle se sentó muy turbada. ¿Cómo era, pues, aquella fábula? Estaba segura de que decía eso de «Maese Cuervo» y más allá lo de «tímido y confuso»... Pero ¿dónde había visto ella a aquel señor Hanteuzekonfu? Todo se volvía brumoso, impreciso... Una hora más tarde ya no se acordaba de nada.

Transcurrieron muchos días. Michèle había olvidado por completo el Recinto Mágico. Crecía. Procuraba mostrarse más amable con sus hermanos. Comenzaba a hastiarse de las muñecas y a preferir los libros. Así llegó a los ocho años, luego a los nueve.

El día en que cumplió nueve años fué muy triste. Lo había esperado impaciente, como una gran fiesta, y nada sucedía según supuso. Sus hermanos le hicieron un lindo regalo, pero después se pusieron a fastidiarla; ella les contestó en el mismo tono y durante todo el día no quisieron hablarle. Había invitado a Eliana y a Odette a venir a jugar por la tarde, pero las dos tenían el sarampión. Incluso la velada fué un fracaso.

—Señorita —dijo Michèle—, hoy es mi cumpleaños. No me acostaré hasta las diez.

—¡Ni pensarlo! —había contestado la señorita—. Estás cansada, se te cierran los ojos. Tienes que irte a la cama temprano.

«¡Qué fastidioso es todo eso! —pensaba Michèle al apoyar la cabeza en la almohada—. Quisiera regresar al País de las Treinta y Seis Mil Voluntades.» Recordó el viaje y las alas; se dijo que sería delicioso volar otra vez por encima de las grandes olas verdes del bosque y de súbito volvió a ver el gran desierto

blanco y el Faraón con su sombrero de piedra. Se le dirigió directamente.

—Buenos días, Faraón —le dijo—. ¿Me reconoce usted?

—Sí —contestó Faraón—. Eres la muchacha que me explicó el sueño de las tres gallinas negras y las tres gallinas blancas.

—¿Se ha realizado lo que le anuncié?

—No —dijo Faraón—. No, ni por asomo... Pero espero confiado. Siéntate.

Se sentó al pie del pequeño volcán y Faraón se inclinó misteriosamente hacia ella.

—Esta noche —murmuró— he tenido otro sueño... ¿Quieres explicármelo?

—¿Qué ha soñado? —preguntó Michèle, suspirando.

—Escucha. Me parecía hallarme a orillas del Nilo... De súbito, he visto salir del río seis tortugas de color naranja y seis tortugas de color violeta... ¿Qué significa eso?

—Eso no significa nada —afirmó Michèle, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo? —exclamó Faraón, sorprendido.

—Nada en absoluto —replicó Michèle—. Los sueños no significan nunca nada. Los sueños no existen. Yo, ahora, sueño que le veo a usted... Pero usted no existe.

—¿Cómo que no existo! —dijo Faraón—. Soy el Rey del Egipto Medio y del Alto Egipto.

—Su Egipto tampoco existe —aseguró Michèle.

Entonces Faraón elevó al cielo sus brazos de piedra. Michèle tuvo mucho miedo y huyó. Faraón la persiguió, pero afortunadamente su traje de piedra era tan estrecho que no podía correr. Faraón vióse obligado a rodear montículos de arena y perdió de vista a la niña. Esta divisó pronto la parada de camellos. El primero de la fila era el viejo camello bonachón que antaño la había llevado al Recinto Mágico.

Subió a su lomo, bajó la oreja del animal, que estaba todavía algo más enmohecida, y ordenó:

—¡Al Recinto Mágico!

El camello partió. Habría hecho unos doscientos metros cuando Michèle oteó, en el lindero del desierto, muy atrás, a Faraón que, puesto de perfil, gritaba:

—¿Conque no existo, eh? Ya te enseñaré yo, ya...

Luego le perdió de vista.

Tres horas después llegó delante de la taquilla del señor Honteuzekonfu. Se acercó y dijo:

—¿Puedo entrar?

—¿Quién eres? —preguntó el cuervo, que tenía la voz todavía algo más cascada.

—Soy el hada Michèle.

—El hada... —rezongó el cuervo— el hada... No tienes cara de hada...

—¡Cómo! —exclamó Michèle—. ¿No se acuerda de mí? Y tendió al cuervo una vieja tarjeta que por milagro había encontrado en el bolsillo de su delantal.

“La señorita Michèle, hada de segunda clase, tiene autorización para circular por todo el Reino Mágico y para hacer en él sus treinta y seis mil voluntades.”

*Por la Reina: Honteuzekonfu,
Cuervo de Servicio.»*

El cuervo miró a Michèle con mucha desconfianza.

—¡Bah! —dijo—. Esta tarjeta ha prescrito.

—¿Prescrito? —repitió Michèle—. ¿Qué quiere decir eso?

—No lo sé —contestó el cuervo—, pero sé que se dice así... No, no, señorita, con esta tarjeta no se entra. Tienes que pasar un examen.

—Bueno —aceptó Michèle con valor.

Porque ahora estudiaba mucho más. Había sido dos veces primera de clase y una vez segunda. Se sentía segura de sí misma.

—Aritmética —anunció el cuervo—. ¿Cuántos son doce por doce?

—Ciento cuarenta y cuatro —contestó Michèle.

Pero el cuervo balanceó la cabeza sin decir como ella esperaba: «Así lo creo».

—Historia: ¿Quién era el padre de Luis XIII?

—Enrique IV —contestó Michèle—. ¿Está bien?

Pero Honteuzekonfu parecía cada vez más triste y no respondió.

—No vale la pena de continuar —dijo—. Creo que el Recinto Mágico está ya definitivamente cerrado para ti, Michèle.

Afortunadamente, el camello había esperado y Michèle pudo regresar a su casa aquella misma noche.



ANDRÉ MAUROIS (Elbeuf, Normandía, 26 de julio de 1885 - Neuilly-sur-Seine, 9 de octubre de 1967) es el seudónimo de Émile Herzog, novelista, ensayista y biógrafo francés, que fue miembro de la Academia Francesa y autor de una cuantiosa producción literaria que aborda diversos géneros.

Durante la II Guerra Mundial luchó por la Francia libre como capitán del ejército francés, y debió refugiarse en Estados Unidos al negar su obediencia al gobierno pro-nazi de Vichy.

Estuvo asimismo con las fuerzas aliadas en África del norte en 1943 y a su regreso a Francia le fue otorgada la Gran Cruz de la Legión de Honor. Autor inteligente y ameno, que gustaba de documentar rigurosamente sus obras, André Maurois fue además, un profundo conocedor del alma humana y recibió en vida el homenaje del mundo intelectual y la admiración del público.

Inteligente, desapasionadamente objetivo, escritor de fama por sus novelas y sus biografías, en las que destacó gracias a una profunda documentación y amenidad, André Maurois fue un profundo conocedor del alma humana; leerle constituye un verdadero placer.